envío a nuevos mundos

KEITH LAUMER

GALAXIA
Ciencia Ficción

Esta novela es en realidad un
fix-up
compuesto por seis narraciones que se publicaron anteriormente por separado.

Keith Laumer

Envío a nuevos mundos

Galaxia - 47

ePub r1.0
Titivillus 13.06.16

Título original: *Wnvoy to new worlds*
Keith Laumer, 1962
Traducción: Leoncio Sureda Guytó
Diseño de cubierta: Scholler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

COSMOS CONFIDENCIAL

La autorizada historia de los mundos limítrofes del siglo XXIX es fácilmente asequible a toda persona que quiera escudriñar los archivos oficiales del Cuerpo Diplomático Terrestre.

Pero los estudios de la historia, sin embargo, sería conveniente que procuraran leer entre líneas lo que ha sido anotado para la posteridad. Los registros, por ejemplo, no abarcan la entera significación del trabajo efectuado por un diplomático de profesión llamado Jame Retief, en sus esfuerzos para aliviar las contiendas entre los planetas de nuestra galaxia.

Están incluidas aquí varias relaciones de la aportación de Retief a la paz del universo, compuestas con la esperanza de que la injusticia cometida por los libros de historia será de este modo rectificada.

«… en la caótica escena política galáxica de la época del postconcordato, surgió el CDT para continuar la antigua tradición diplomática como una gran organización supranacional dedicada a la contravención de la guerra. Como mediadores en disputas entre los mundos colonizados por los terráqueos y defensores de los intereses terrestres en sus contactos con civilizaciones extrañas, los diplomáticos del Cuerpo, adiestrados en las cancillerías de incontables burocracias fenecidas, mostraban una enciclopédica comprensión de los matices de los adicionales puntos extraterrestres opuestos al intrincado contexto social, político y económico galáxico. Nunca fue más brillantemente exhibida la maestría de un decano diplomático del Cuerpo que en la gestión del embajador Spradley en la delicada cuestión sirénida…».

—Extracto de la Official History of the Corps Diplomatique,
Vol. I, rollo 2. Solarian Press, Nueva New York,
479 A. E.
(AD 2940).

PROTOCOLO

En la oscuridad del achaparrado edificio de recepción de color de barro, el consejero, dos primeros secretarios y los superiores agregados se reunieron alrededor de la rolliza figura del embajador Spradley, Sus engalanados uniformes diplomáticos brillaban en la inmensa y sombría sala. El embajador echó un impaciente vistazo al reloj de su dedo.

—Ben, ¿está usted enteramente seguro de que se aclaró la cuestión de nuestra hora de llegada?

—Insistí en el punto, señor embajador —el segundo secretario Magnan inclinó la cabeza enfáticamente en señal de asentimiento—. Me comuniqué con el señor
T'Cai-Cai
poco antes que la nave ligera hendiera la órbita, y específicamente recalqué…

—Espero que usted no se mostró truculento, señor Magnan —interrumpió repentinamente el embajador.

—No, de veras, señor embajador. Solamente…

—¿Está usted seguro que no hay una cámara aquí para personas muy importantes? —El embajador dio un vistazo alrededor de la cavernosa sala—. Es raro que ni siquiera se hayan habilitado sillas.

—Si quisiera sentarse sobre una de esas jaulas para mercancías, ya usaré el pañuelo…

—De ninguna manera —el embajador volvió a mirar el reloj y carraspeó.

—Puedo también utilizar estos pocos momentos para bosquejar nuestro acercamiento para los miembros más jóvenes del cuerpo. Es esencial que toda la misión diplomática obre en armonía con la presentación de la figura. Nosotros los terrestres somos una raza

benigna y amante de la paz —el embajador sonrió de un modo pacífico.

—Pretendemos sólo una razonable repartición de esferas de influencia con los Yill —extendió las manos, con un gesto de equidad—. Somos una gente de alta cultura, de un nivel ético, sinceros.

»Empezaremos pidiendo todo el sistema sirénido —la sonrisa fue sustituida de repente con un fruncimiento de los labios—, y haremos arreglos para la mitad. Nos estableceremos firmemente en todos los mundos más selectos y, con sagaz manejo, dentro de una década, estaremos en situación para sostener un más amplio derecho —el embajador dio una ojeada alrededor—. Si no hay preguntas que…

James Retief, vicecónsul y tercer secretario del cuerpo diplomático y miembro más joven de la Embajada Terrestre en Yill, se adelantó.

—Ya que mantenemos la precedente pretensión al sistema, ¿por qué no ponemos todas las cartas sobre la mesa para empezar? Quizás si tratáramos francamente con los Yill, ello nos sería provechoso a la larga.

El embajador Spradley hizo un guiño al hombre más joven. Al lado de él, Magnan carraspeó en silencio.

—El vicecónsul Retief simplemente quiere decir…

—Soy apto para interpretar la observación del señor Retief —dijo Spradley con voz fuerte, tomando una expresión paternal.

—Joven, usted es nuevo en el servicio. Todavía no ha aprendido el juego de equipo, eltoma y daca de la diplomacia. Espero que observe atentamente el trabajo de los expertos gestores de la misión y que aprenda la importancia de la sutileza. Una confianza excesiva en los métodos directos tendería con el tiempo a atenuar el papel del diplomático profesional. Me estremece pensar en las consecuencias.

Spradley retrocedió hacia los miembros más antiguos del cuerpo. Retief fue paseándose hacia una puerta con paneles de cristal y echó un vistazo adentro de la sala al otro lado. Varias docenas de altos yills de piel gris se recostaban cómodamente en hondos canapés, sorbiendo bebida de espliego con delgados caños de vidrio. Unos criados con oscuras blusas iban de un lado a otro de

un modo indiscernible, ofreciendo bandejas. Retief miraba con atención mientras un grupo de yills brillantemente ataviados se dirigía hacia una ancha puerta de entrada. Uno del grupo, un alto varón, tendió a dar un paso antes que otro yill, el cual levantó una mano lánguidamente, con el puño cerrado. El primer yill retrocedió y colocó las manos encima de su cabeza con una seña. Ambos yills continuaron sonriendo y parloteando mientras cruzaban la puerta.

Retief se reunió con la comisión terrestre, agrupada alrededor de un montículo de toscas jaulas apiladas sobre el raso pavimento de hormigón, en el momento en que aparecía un bajo yill de correosa piel.

—Soy
P'Toi.
Por aquí… —indicó el yill.

Los terrestres se pusieron en pie con el embajador Spradley a la cabeza Mientras el rollizo diplomático llegaba a la puerta, el guía yill pasó adelante como una flecha, apartándolo de un codazo. Luego vaciló esperando. El embajador casi echaba fuego por los ojos, después recordó el protocolo. Sonrió, haciendo señas al yill para que prosiguiera. El yill musitó en lengua vernáncula, miró azorado, luego pasó por la puerta. El grupo terrestre siguió.

—Quisiera saber qué estaba diciendo ese sujeto —dijo Magnan, alcanzando al embajador—. El modo en que ha empujado a su Excelencia fue ignominioso.

Un número de yills estaban esperando fuera del edificio. Mientras Spradley se acercaba al lujoso coche abierto que esperaba en la orilla de la acera, los yills cerraron filas, impidiéndole el paso, Spradley se aproximó, abrió la boca; luego la cerró de golpe.

—Es sorprendente —dijo Magnan, trotando cerca de Spradley mientras retrocedía para reunirse con el cuerpo, ahora mirando a su alrededor, inseguro—. Uno creería que estas personas no conocen las atenciones debidas a un jefe de misión.

—¡No conocen las atenciones debidas a un novicio tratante en pieles! —soltó Spradley.

Alrededor de los terrestres, los yills se arremolinaban nerviosamente, musitando en lengua vernácula:

—¿Adonde se ha ido nuestro maldito intérprete? —Gruñó el embajador—. Me atrevo a decir que están conspirando

abiertamente…

—Lástima que tengamos que confiar en un intérprete nativo.

—Si hubiera sabido que tendríamos esta recepción —dijo obstinadamente el embajador—, habría asistido a las clases de idiomas de oyente, durante el viaje.

—Oh, no se ha pensado hacer ninguna crítica, por supuesto, señor embajador —se apresuró a decir Magnan—. Dios mío, ¿quién habría imaginado…?

Retief subió, situándose al lado del embajador.

—Señor embajador —dijo—. Quisiera…

—Más tarde, joven —soltó el embajador. Hizo señas al consejero, y los dos se fueron, marchando juntos.

Un sol azulado brillaba en un cielo oscuro. Retief observó que su aliento formaba una escarchada nube en el frío aire. Un abierto vehículo de sólidas ruedas paró en la plataforma. Los yills hicieron gestos al grupo terrestre, hacia la abierta portezuela de atrás. Luego retrocedieron, esperando.

Retief miró curiosamente el carromato pintado de gris. La inscripción escrita en un lado con extraños caracteres parecía decir «caldo de la reina». Infortunadamente tampoco tuvo tiempo para aprender la escritura durante el viaje. Quizás más tarde tendría una ocasión para decir al embajador que podía servir de intérprete para la misión.

El embajador entró en el vehículo, siguiendo los otros terrestres. Estaba tan desprovisto de asientos como el edificio terminal. En el centro del pavimento, entre un revoltillo de papel y un calcetín morado y amarillo hecho para un ancho pie de yill, estaba lo que parecía ser un gastado chasis electrónico. Retief echó un vistazo atrás. Los yills estaban hablandc acaloradamente. Ninguno de ellos entró en el coche. La portezuela fue cerrada, y los terrestres se aseguraron bajo el abatido techo mientras el motor empezaba a funcionar con un quejido de usadas turbinas antes de arrancar el carromato.

Fue un viaje incómodo. Las pocas flexibles ruedas batían desiguales guijarros. Retief sacó un brazo mientras el vehículo daba vuelta a una esquina, y asió al embajador en el momento en que éste perdía el equilibrio. El embajador le miró enfurecido, se ajustó el grueso tricornio y se mantuvo tieso hasta que el coche cabeceó

otra vez.

Retief intentó ver al exterior por la única y polvorienta ventanilla. Parecían estar en una ancha calle guarnecida de bajos edificios. Pasaron por una maciza entrada, subieron una rampa y se pararon. La portezuela se abrió. Retief vio una fachada gris y sin adorno, con diminutas ventanas a irregulares espacios. De un vehículo escarlata parado en frente, salía la comisión de recepción de los yills. Por las anchas ventanas Retief vio una preciosa tapicería y vislumbró vasos afianzados en un menudo mostrador.

P'Toi, el intérprete yill, se adelantó, haciendo gestos, hacia una pequeña puerta de la grisácea pared. Magnan avanzó apresuradamente para abrirla y la sostuvo para que pasara el embajador. Mientras daba unos pasos hacia ella, un yill se lanzó hacia adelante y titubeó. El embajador Spradley se paró, echando fuego por los ojos. Luego torció la boca con una helada sonrisa y se apartó. Los yills se miraron el uno al otro y pasaron por la puerta en orden. Retief fue el último que entró. Mientras pasaba adentro, un criado vestido de negro se deslizó más allá de él, quitó la tapa de una gran caja junto a la puerta y soltó dentro una bandeja de papel llena de desechos. Sobre la caja habían extraños caracteres con pintura que formaban hojuelas. Restief observó que parecían significar «caldo de la reina».

Las chillonas gaitas y los gimientes caramillos se habían estado calentando durante una hora cuando Retief salió de su pequeña alcoba y bajó la escalera hacia la sala del banquete. Parándose junto a las abiertas puertas encendió un delgado cigarro y atisbó mientras serviciales criados pasaban rápidamente por lo largo del bajo y ancho pasillo, llevando cargadas bandejas hacia la amplia sala, poniendo la vajilla en orden sobre una gran mesa de cuatro lados que formaba un hundido cuadro que casi ocupaba la sala. Preciosos brocados estaban extendidos por el centro del lado más cercano a la puerta, rodeados de blancos paños profusamente adornados. Al otro lado, un sencillo mantel blanco se extendía hacia abajo de los dos costados hasta la distante tabla, donde unos platos de metal estaban colocados sobre la lisa superficie de la mesa. Un yill magníficamente ataviado se acercó, se hizo a un lado para dejar pasar a un criado y entró en la sala.

Retief se volvió al oír voces conocidas tras de él. Apareció el

embajador, seguido de dos diplomáticos. Miró a Retief de soslayo, se ajustó la golilla y examinó la sala del banquete.

—Al parecer, se nos va a tener esperando otra vez —soltó—. Después de haber sido informados al principio que los yill no tienen intención de ceder ni una pulgada, uno casi se asombra…

—Señor embajador —dijo Retief—. ¿Ha notado usted…?

—No obstante —dijo el embajador Spradley, mirando a Retief—, un habituado diplomático no debe hallar ningún serio impedimento en estos pequeños desaires. Al fin… Ah, ahí están Magnan… —se desvió, hablando.

En alguna parte sonó un gong. En un momento el pasillo se llenó de locuaces yills que pasando más allá del grupo de terrestres entraron en la sala del banquete. Apareció
P'Toi,
el intérprete yill, y levantó una mano.

—Esperen aquí…

Más yills entraron en fila en el comedor, ocupando sus sitios. Una pareja de guardas con casco se acercó e hizo señas a los terrestres para que retrocedieran. Un inmenso yill de grises carrillos se dirigió hacia las puertas zarandeándose, con sartas de joyas chocando suavemente, y entró seguido de más guardas.

—El jefe del Estado —Retief oyó decir a Magnan—. El admirable F'Kau-Kau-Kau.

—Aún he de presentar las credenciales —dijo el embajador Spradley—. Uno espera un poco de laxitud en los usos del protocolo, pero confieso… —Meneó la cabeza ligeramente.

El intérprete yill habló en voz alta.

—Ustedes ahora se tenderán nariz abajo y se arrastrarán hacia la mesa festiva. —Señaló al otro lado de la sala.

—¿Nariz? —El embajador Spradley miró alrededor desatinadamente.

—No me extrañaría que el señor
P'Toi
quiera decir boca abajo —dijo Magnan—. Exactamente, quiere que nos echemos y nos arrastremos hasta nuestros asientos, señor embajador.

—¿De qué diablos se está usted sonriendo, imbécil? —soltó el embajador.

La cara de Magnan se ensombreció.

Spradley miró de refilón las medallas sobre su panza.

—Esto es… Nunca he…

—Respeto a los dioses —explicó el intérprete en aquel momento.

—Oh… oh… religión —dijo alguno.

—Bien, si es una cuestión de creencias religiosas… —El embajador miró a su alrededor dudosamente.

—En realidad, está sólo a un par de centenares de pies —dijo Magnan.

Retief se dirigió hacia
P'Toi.

—Su Excelencia, el embajador terrestre no se arrastrará —dijo llanamente.

—Eh, joven, no he dicho nada…

—¿No se arrastrará? —El intérprete tenía una indescifrable expresión de yill.

—Es contra nuestra religión —dijo Retief.

—¿Contra?

—Somos adoradores de la Diosa Culebra —dijo Retief—. Es un sacrilegio arrastrarse.

Pasó apresuradamente más allá del intérprete y marchó hacia la distante mesa. Los otros le siguieron.

Resoplando, el embajador se situó junto a Retief mientras se acercaba a la docena de vacíos taburetes alineados al lado del cuadrado frente al puesto del admirable
F'Kau-Kau-Kau.

—Señor Retief, tenga la amabilidad de dejarme cuidar de este asunto —siseó—. En el ínterin, espero que reprima cualesquiera nuevos impulsos precipitados. Permítame recordarle que yo soy el Jefe de la Misión aquí.

Magnan surgió de detrás.

—Permítame que añada mis felicitaciones, Retief —dijo—. Fue una buena decisión. Y rápida.

—¿Está usted loco, Magnan? —Gruñó el embajador—. Estoy sumamente disgustado.

—Estaba hablando mordazmente, por supuesto, señor embajador —tartamudeó Magnan—. Naturalmente yo, también, he quedado desconcertado por su presunción.

Los terrestres ocuparon sus sitios, Retief en la extremidad. La mesa frente a ellos era de lisa madera cruda, con un orden de someros platos de peltre sobre ella.

Los yills sentados junto a la mesa, unos de simple gris, otros de negro, los observaban silenciosamente. Había un continuo meneo entre ellos mientras uno u otro se levantaba y desaparecía y otros se sentaban. Las gaitas y los caramillos de la orquesta estaban chillando furiosamente y el susurro de conversación yilliana, de las otras mesas se elevaba siempre más alto. Un talludo yill de negro estaba ahora al lado del embajador. Todos los yills cercanos enmudecieron mientras el criado echaba una blancuzca sopa con un cucharón en el mayor de los cuencos situado frente del enviado terrestre. El intérprete estaba suspenso, observando.

—Es suficiente —dijo el embajador Spradley, mientras el cuenco rebosaba.

El criado yill dejó caer mas cantidad de sopa dentro del cuenco y ésta fluyó por la superficie de la mesa.

—Tenga la amabilidad de servir a los otros miembros del cuerpo —ordenó el embajador.

El intérprete dijo algo en voz baja. El criado pasó vacilante al siguiente y sirvió más sopa.

Retief observaba, escuchando los susurros alrededor de él. El yill de la mesa se estaba estirando ahora para atisbar. El criado estaba sirviendo la sopa rápidamente, moviendo los ojos de lado. Llegó al sitio de Retief y alargó el brazo con el cucharón lleno para echar en el cuenco.

—No —dijo Retief.

El criado vaciló.

—Nada para mí —dijo Retief.

El intérprete subió e hizo señas al criado, el cual alargó el brazo otra vez, con el cucharón lleno hasta el borde.

—¡No quiero! —dijo Retief, con voz alta en el repentino silencio.

Miró con fijeza al intérprete, el cual por un momento le devolvió la mirada. Luego hizo señas al criado para que se alejara y siguió adelante.

—Señor Retief —siseó una voz.

Retief miró a la mesa. El embajador se estaba inclinando hacia adelante, mirándole enfurecido, su rostro de un moteado rojo.

—Le estoy avisando, señor Retief —dijo roncamente—. He comido ojos de carnero en el Sudán, «ka swe» en Birmania, «cug» de cien años en Marte, y toda otra cosa que me hayan puesto delante en el curso de mi carrera diplomática, y por las sagradas reliquias de San Ignacio, usted hará lo mismo.

Agarró un utensilio semejante a una cuchara y lo sumergió en el cuenco.

—No coma eso, señor embajador —dijo Retief.

El embajador miró asombrado y con los ojos dilatados. Abrió la boca, dirigiendo la cuchara hacia ella.

Retief se levantó, asió la mesa debajo del canto, y la alzó con esfuerzo. La tabla de madera se elevó y se inclinó; los platos cayeron al suelo con estrépito. La mesa también, con un tremendo golpazo. Lechosa sopa se esparció por el pavimento; un par de raros cuencos rodaron por la sala. Resonaron gritos de los yills, mezclados con un ahogado grito del embajador Spradley.

Retief anduvo más allá de los aturdidos miembros de la misión, hacia el farfullante jefe.

—Señor embajador —dijo—. Quisiera…

—¡Quisiera! ¡Lo degradaré, joven tunante! ¿Se da cuenta…?

—Por favor… —El intérprete se paró al lado de Retief.

—Le ruego que me dispense —dijo el embajador Spradley, limpiándose la frente—. Lo siento…

—Cállese —dijo Retief.

—¿Qué?

—No se disculpe —dijo Retief.

—Por favor, vengan —Indicó
P'Toi,
haciendo señas.

Retief se volvió y le siguió.

La parte de la mesa en que fueron acomodados estaba cubierta con una recamada tela blanca, preparada con finos platos de porcelana. Los yills ya sentados allí se levantaron, y se pusieron más abajo para dejar sitio a los terrestres. El yill vestido de negro de la mesa del extremo cerró filas para ocupar los asientos vacíos. Retief se sentó, encontrándose a Magnan a su lado.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo el segundo secretario.

—Nos estaban dando comida de perros —dijo Retief—. He oído

a un yill por casualidad. Nos han colocado en la parte de la mesa destinada a los criados.

—¿Quiere decir que usted entiende su lenguaje?

—Lo aprendí a la salida; lo suficiente, al menos…

La música prorrumpió en un estrepitoso ruido, y un tropel de juglares, danzarines y acróbatas afluyeron al centro del cóncavo cuadrado, haciendo juegos de manos, danzando y saltando frenéticamente. Los criados bullían, juntando montículos de olorosa comida en los platos de yills y terrestres por igual, echando licor de un color morado claro en delicados vasos. Retief cató la comida de los yills. Era deliciosa. La conversación era imposible con el ruido. Observó la vistosa exhibición y comió mucho.

Retief se inclinó, agradecido por el momento de calma de la música. Fueron quitados de prisa los últimos platos, y llenados más vasos. Los agotados juglares se pararon para recoger las macizas monedas cuadradas que arrojaban los comensales, Retief suspiró. Había sido un raro festín.

—Retief —dijo Magnan en el relativo silencio—. ¿Qué estaba usted diciendo acerca de comida de perros en el momento en que empezó la música?

—¿No ha notado usted la cosa, señor Magnan? —dijo Retief, mirándole—. ¿La serie de premeditadas afrentas?

—¡Premeditadas afrentas! Un momento, Retief. Son toscos, ciertamente, agolpándose en las entradas y todo eso. Pero… —Magnan miró a Retief inseguramente.

—Nos metieron como ganado en un depósito de bagaje del edificio terminal y luego nos transportaron aquí en un camión de la basura.

—¡Camión de la basura!

—Sólo simbólico, por supuesto. Nos introdujeron en la entrada de los mercaderes, y nos asignaron pequeñas alcobas en el ala de los criados. Después se nos colocó entre los barrenderos de la condición de los peones indios, en el fondo de la mesa.

—¡Usted debe estar equivocado! Quiero decir que, al fin y al cabo, somos la comisión terrestre; sin duda estos yills han de darse cuenta de nuestra autoridad.

—Justamente, señor Magnan, Pero…

Con un metálico sonido de címbalos, los músicos lanzaron un

renovado ataque. Seis altos yills que llevaban yelmos saltaron al centro del pavimento, se aparearon en una violenta representación, medio danza, medio combate. Magnan tiró de la manga a Retief, y éste movió la cabeza. Nadie podía hablar frente a una orquesta de yills en pleno clamor. Retief probó un vino tinto y observó el espectáculo.

Había una viva acción; dos de los danzarines tropezaron y se desplomaron, sus parejas se alejaron para aparearse de nuevo, para representar el primoroso ritual de pre-combate, y de repente ponerse a luchar, entrechocando sables. Dos yills más cayeron, aturdidos por un golpe. Era una danza violenta. Retief miraba con atención, olvidando la bebida.

Los dos últimos yills se acercaron y se retiraron, saltaron, se movieron con sacudidas y giraron, hicieron fintas y se pusieron en una peculiar postura. Y en seguida uno estaba resbalando, cayendo, el yelmo sesgado, y el otro, un gigantesco y musculoso yill, se alejaba con rápidos giros, acompañado de un furioso clamor de gaitas mientras las monedas caían con profusión; luego quedaba inmóvil frente a una vistosa mesa, levantaba el sable, y lo dejaba caer con un resonante golpe por medio del llamativo mantel frente a un yill ataviado con encajes y lazos, La música paró con un retumbar estruendoso de címbalos.

En completo silencio el danzarín-luchador fijó la vista hacia el otro lado de la mesa. Con un grito el sentado yill se levantó de un salto y alzó un cerrado puño. El danzarín inclinó la cabeza, extendió las manos sobre el yelmo y reanudó la danza mientras la música iniciaba otra vez. El encintado yill movió una mano negligentemente y echando un puñado de monedas por el pavimento, se sentó.

Entonces el danzarín se puso en una tiesa postura frente a la espolinada mesa, y la música paró en seco mientras el sable descendía de golpe frente a un grueso yill con ornados rollos metálicos. El acosado yill se levantó, alzó un puño, y el otro agachó la cabeza, poniendo las manos sobre el yelmo. Rodaron unas monedas, y el danzarín pasó adelante.

Rodeó el ancho pavimento, el sable girando, los brazos moviéndose rápidamente con un complicado simbolismo. Luego de repente estaba descollando frente a Retief con el sable sobre la

cabeza. La música se cortó, y en el repentino silencio, el macizo sable se elevó y descendió velozmente con un fulminante impacto que hizo danzar los platos por la superficie de la mesa.

Los ojos del yill retuvieron la mirada de Retief. En el silencio Magnan reía entre dientes ebriamente. Retief echó el taburete atrás.

—Cálmese, muchacho —voceó el embajador Spradley.

Retief se levantó, el yill sobrepujando su estatura de seis pies y tres por una pulgada. Con un movimiento demasiado rápido para observarlo, Retief echó mano al sable y lo arrebató al yill, haciéndolo girar en un silbante círculo. El yill se agachó, saltó hacia atrás y agarró un sable echado por otro danzarín.

—¡Detengan a este loco! —gritó Spradley.

Retief saltó al otro lado de la mesa, poniendo los frágiles platos en un movimiento giratorio.

El otro danzó de nuevo, y sólo entonces la orquesta se avivó con un chillido y un furioso redoblar de estridentes tambores.

No haciendo ningún esfuerzo para seguir los trenzantes movimientos del ritmo yilliano, Retief acosó al yill, parando malignos cortes con la embotada arma, devolviendo golpe por golpe implacablemente. Con la mano izquierda en la cadera, Retief se defendía y pegaba, rechazando al otro.

De repente el yill abandonó el doble papel. Olvidada la danza, se serenó, tajando, embistiendo, parando golpes. Ahora los dos se tocaban con la punta del pie, los sables chocando en un rápido cambio. El yill cedió un paso, dos; luego se reanimó, rechazando a Retief más y más…

Retief hizo una finta, descargó un fuerte golpe en medio del yelmo gris. El yill dio un traspié, el sable cayó al suelo con repiqueteo. Retief se apartó mientras el yill pasaba más allá de él tambaleándose y se desplomaba.

La orquesta enmudeció con un descendente gemido de instrumentos de viento. Retief hizo una honda aspiración y se secó la frente.

—¡Vuelva aquí, joven necio! —gritó roncamente Spradley.

Retief sopesó el sable, mirando a la mesa adornada con brocado. Cruzó el pavimento. El yill permanecía inmóvil, como si estuviera paralizado.

—¡No, Retief! —gritó Spradley.

Retief fue directamente hacia el Admirable
F'Kau-Kau-Kau.
Se detuvo, alzando el sable, ante él.

—¡Al jefe del Estado no! —voceó alguien de la misión terrestre.

Retief bajó el sable con celeridad. La embotada hoja hendió el grueso brocado y rajó la mesa de dura madera. Hubo un completo silencio.

El Admirable
F'Kau-Kau-Kau
se levantó; siete pies de corpulenta y gris figura yilliana. Alzó un puño semejante a un jamón tachonado de piedras preciosas. Su ancho rostro no tenía expresión para los ojos del terrestre.

Retief se mantuvo tieso por un largo momento. Luego, graciosamente, inclinó la cabeza y puso las puntas de los dedos sobre sus sienes. Detrás de él hubo un alboroto mientras el embajador Spradley se desvanecía. Después el Admirable
F'Kau-Kau-Kau
voceó, alargando los brazos a través de la mesa para abrazar al terrestre, y la orquesta se desenfrenó. Grises manos ayudaron a Retief a pasar al otro lado de la mesa, fueron apartados unos taburetes para hacerle sitio junto a
F'Kau-Kau-Kau.
Retief se sentó, cogió un alto frasco conteniendo una especie de coñac negro como carbón que le había acercado su vecino, y brindó con el Admirable.

—El festín acaba —dijo
F'Kau-Kau-Kau
—. Ahora usted y yo, Retief, hemos de ponernos a horcajadas en el escabel del Consejo.

—Será un honor para mí, Su Excelencia —dijo Retief—. Debo informar a mis colegas.

—¿Colegas? —dijo
F'Kau-Kau-Kau
—. Es para los jefes el parlamentar. ¿Quién hablará por un rey mientras él aún tenga lengua para hacerlo?

—El sistema yilliano es sensato —dijo Retief.

—Trataré con usted, Retief, como virrey, puesto que usted dice que su rey es viejo y la distancia entre los mundos es mucha —

F'Kau-Kau-Kau
vació un achaparrado vaso de rosada cerveza—. Pero no habrá intrigantes subordinados enterados de nuestros tratos —sonrió con una sonrisa de yill—. Después nos divertiremos, Retief. El escabel del Consejo es duro, y las doncellas deliciosas; esto contribuye a un rápido acuerdo.

—El Admirable habla con discernimiento —Retief sonrió.

—Por supuesto, un ser prefiere mozas de su propia clase —dijo F'Kau-Kau-Kau.
Eructó—. El Ministerio de Cultura ha importado varias muchachas de placer terrestres; dice que son excelentes ejemplares… Al menos, tienen buenas figuras.

—Su Excelencia es muy considerado —dijo Retief.

—Concedámosnoslo, pues, Retief. Yo mismo puedo aventurarme a un tumbo con una de sus terrestre. Me gusta una ocasional perversión —
F'Kau-Kau-Kau
metió un codo en el costado de Retief y rió estrepitosamente.

Mientras Retief se dirigía hacia la puerta al lado de
F'Kau-Kau-Kau,
el embajador Spradley miró ceñudo desde su sitio detrás del sencillo mantel.

—Retief —voceó—, tenga la amabilidad da disculparse. Deseo unas palabras de usted —su voz era fría. Magnan estaba detrás de él, abriendo extremadamente los ojos.

—Perdone mi aparente rudeza, señor embajador —dijo Retief— No tengo tiempo para explicarlo ahora…

—¡Rudeza! —exclamó Spradley—. No tiene tiempo, ¿eh? Permítame decirle…

—Por favor, baje la voz, señor embajador —dijo Retief—. La situación es todavía delicada.

Spradley temblaba, su boca abierta.

—Usted… usted… —dijo.

—¡Silencio! —soltó Retief.

Spradley levantó la vista hacia el rostro de Retief, mirando por un momento los pardos ojos del joven. Cerró la boca y engulló.

—El yill parece haber recibido la impresión de que yo estoy encargado de eso —dijo Retief—. Tendremos que mantener el

engaño.

—Pero… pero… —tartamudeó Spradley. Luego se enderezó—. Eso es el colmo —susurró roncamente—. Yo soy el Embajador Terrestre Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. Magnan me ha dicho que desde el momento de nuestra llegada, se nos ha premeditado y repetidamente ultrajado; se nos ha tenido esperando en el almacén, transportado en camiones de la basura, juntado con los criados, servido bazofia en la mesa. Ahora a mí, y al cuerpo de decanos, se nos hace esperar hasta consumirnos, sin siquiera concedernos una audiencia, mientras que este… este múltiple individuo, bebe y tiene intimidad con… con…

»Puede que yo haya sido un poquito precipitado, Retief, tratando de refrenarlo. —La voz de Spradley se quebró—. Menos preciar a los dioses del lugar y vaciar de golpe la mesa del banquete son más bien medidas extremas, pero su resentimiento estaba quizás justificado en parte. Estoy dispuesto a ser indulgente con usted —fijó airadamente la vista en Retief.

»Salgo de esta reunión, señor Retief. No admitiré ninguna más de estas afrentas personales…

—Basta —dijo vivamente Retief—. Estamos teniendo al Admirable esperando.

El rostro de Spradley se tino de púrpura.

—¿Qué va a hacer usted, Retief? —preguntó Magnan de repente.

—Voy a dirigir la negociación —dijo Retief. Entregó el vacío vaso a Magnan—. Ahora me voy a sentar y a trabajar en el proyecto.

En su escritorio de la serie de piezas para personas muy importantes, a bordo de la nave del Cuerpo, el embajador Spradley frunció los labios y miró severamente al vicecónsul Retief.

—Además de eso —dijo—, ha mostrado una completa falta de conocimiento de la disciplina del Cuerpo, del respeto debido a un funcionario más antiguo, hasta de las básicas atenciones. Sus agravadas manifestaciones de mal genio, los inoportunos arranques de violencia, y la casi increíble arrogancia en la toma de autoridad, hacen imposible su ulterior retención como funcionario comisionado del cuerpo diplomático terrestre. Es por tanto mi triste deber recomendar su inmediata…

Hubo un apagado zumbido del transmisor. El embajador

carraspeó.

—Diga.

—Una comunicación de la oficina principal del sector, señor embajador —dijo una voz.

—Bien, léala —profirió vivamente Spradley—. Omita los preliminares…

«Felicitaciones por el inaudito buen éxito de su misión. Los términos del acuerdo transmitidos por ustedes constituyen una muy favorable resolución de la difícil situación sirénida, y formarán la base de prolongadas y amistosas relaciones entre los Estados Terrestres y el Imperio Yill. A usted y a su cuerpo, se les debe entero crédito por una tarea bien ejecutada. Firmado: Sternwheeler, Secretario Ayudante Comisionado».

Spradley interceptó la voz impacientemente. Revolvió unos papeles y luego miró a Retief con severidad.

—Superficialmente, por supuesto, un no iniciado observador podría juzgar sin reflexión que los… los resultados que se produjeron a pesar de estas… de estas irregularidades justifican las tales —el embajador sonrió, con una triste y discreta sonrisa—. Está lejos de ser el caso —dijo—. Yo…

El transmisor ronroneó.

—¡Caramba! —musitó Spradley—. Diga.

—Ha llegado el señor
T'Cai-Cai
—dijo la voz—. ¿Lo hago…?

—Hágalo entrar, en seguida —Spradley miró a Retief de soslayo —. No es más que un hombre de dos sílabas, pero procuraré rectificar estas falsas impresiones, dar cumplida satisfacción…

Los dos terrestres estuvieron esperando silenciosamente hasta que el jefe del protocolo yill llamó a la puerta.

—Espero —dijo el embajador—, que usted resista al impulso de aprovecharse de su insólita posición —miró a la puerta—. Entre.

T'Cai-Cai entró en la sala, miró a Spradley de refilón, luego se volvió para saludar a Retief en voluble yill. Rodeó la mesa-escritorio, hacia el sillón del embajador, y le hizo señas desde desde allí, sentándose.

—Tengo una sorpresa para usted, Retief —dijo en terrano—. Yo mismo me he servido del aparato instructor que usted tan

amablemente nos prestó.

—Excelente —dijo Retief—. Estoy seguro que el señor Spradley se interesará por escuchar lo que tenemos que decir.

—No importa —dijo el yill—. Estoy aquí sólo en plan social. — Miró alrededor de la sala.

—Ustedes adornan su cámara muy sencillamente; pero tiene cierto austero atractivo —el yiil rió con una risa particular.

—Oh, ustedes los terrestres son una extraña rasa. Nos sorprendieron a todos. Ustedes ya lo saben, uno oye historias tan raras. Les digo, en confianza, que habíamos supuesto que eran sobreimpulsivos.

—Superimpulsivos —corrigió Spradley con voz falta de tono.

—¡Semejante refrenamiento! Qué gozo causaron a aquellos de nosotros, como a mí mismo por supuesto, que apreciamos su comprensión del protocolo. ¡Semejante tacto! Cuan delicadamente parecían pasar por alto cada insinuación, al mismo tiempo que hábilmente evitaban la efectiva contaminación. Puedo decirles que había quienes creían —pobres necios— que ustedes no tenían ninguna comprensión de la etiqueta. ¡Cuan complacidos estábamos, nosotros los profesionales, que pudimos apreciar su maestría, cuando ustedes pusieron las cosas sobre una cómoda base rechazando la carne de gato! Fue puro placer entonces, esperar, para ver qué forma tomaría su cumplido.

El yill ofreció cigarros anaranjados, luego embutió uno en la ventana de su nariz.

—Confieso que ni siquiera había esperado que ustedes honraran a nuestro Admirable tan señaladamente. Oh, es un placer tratar con colegas profesionales, que comprenden la significación del protocolo.

El embajador Spradley hizo un ruido con la garganta.

—Este hombre ha cogido un resfriado —dijo
T'Cai-Cai.
Miró a Spradley dudosamente—. Retroceda, hombre, soy muy sensible —le pidió.

»Hay un pequeño asunto que me complacerá atender, Retief — prosiguió
T'Cai-Cai.
Sacó un extenso papel de su retícula—. Su Excelencia está resuelto a

que nadie mas que usted sea autorizado aquí. Traigo el exequátur de mi gobierno estableciendo a usted como cónsul general terrestre en Yill. Esperaremos con placer su pronto regreso.

Betief miró a Spradley.

—Estoy seguro que el Cuerpo estará de acuerdo —dijo éste.

—En tal caso, me iré —dijo
T'Cai-Cai.
Se levantó—. Apresúrese a volver a nosotros, Retief. Hay mucho que quisiera enseñarle del gran Imperio de Yill —hizo un expresivo guiño—. Juntos, Retief, veremos muchas cosas grandes y espléndidas.

… Frente a las muchas amenazas a la paz que surgen naturalmente de la complicada situación galáxica, las pulidas técnicas ideadas por los teóricos del Cuerpo demostraron su valía en un millar de difíciles confrontaciones. Hasta los anónimos funcionarios más jóvenes, equipados con carteras que contenían detalladas instrucciones, pudieron calmar las agitadas aguas con la habilidad de experimentados gestores. Uno de los casos en cuestión fue el agudo manejo de Passwyn en el asunto del contratiempo de los terrestres en Adobe…

Vol. II, rollo
91 480 A.
E. (AD 2941).

INSTRUCCIONES SELLADAS

—Es cierto —dijo el cónsul Passwyn—, pedí una designación como funcionario de base en un pequeño puesto. Pero tenía en consideración uno de esos agradables mundos de visita, con sólo un ocasional problema de visado, o acaso uno o dos apurados cosmonautas al año. En vez de ello, soy guardián de estos detestables colonos, y no para un mundo sólo, fíjese, sino ocho — miró al vicecónsul Retief con aire malhumorado.

—No obstante —dijo Retief—, ello ofrece una oportunidad para viajar.

—¡Viajar! —Gruñó el cónsul—. Odio los viajes. —Hizo una pausa, miró a Retief con los ojos entreabiertos, y carraspeó—. No es que viajar un poquito no sea una excelente cosa para un funcionario más joven. Una maravillosa experiencia, pero yo ya no soy joven.

Se dirigió hacia la pantalla de la pared y apretó un botón. Apareció un triagrama del sistema: ocho luminosos puntos verdes se ajustaron en torno a un disco mayor que representaba el primario. Passwyn cogió un puntero, señalando el planeta más interior.

—La situación en Dobe se está acercando a la crisis. Los malditos colonos —un simple puñado de ellos— se las han arreglado, como de costumbre, para suscitar disturbios con unainteligente forma de vida indígena, los jaq. No puedo imaginar por qué molestan, simplemente por unos cuantos oasis entre los interminables desiertos. Sin embargo, he, al fin, recibido autorización de la oficina principal del Sector para tomar alguna medida.

»Le introduzco para que maneje la situación, Retief, bajo instrucciones selladas —dijo, volviéndose para encararse con el vicecónsul. Cogió un grueso y sólido sobre—. Es lástima que no

consideraran conveniente mandar salir a los colonos terrestres hace semanas, como sugerí. Ahora es demasiado tarde. Se espera de mí que haga un milagro, una reconciliación entre los terrestres y los jaqs y una partición del territorio. Ello es una imbecilidad. Sin embargo, el fracaso sería un borrón muy grande en mi hoja de servicios. Por tanto, esperaré resultados —pasó el sólido sobre a Retief.

—Entiendo que Dobe estuvo inhabitado —dijo Retief—, hasta que llegaron los colonos terrestres.

—Evidente eso fue una falsa impresión. Los jaqs están allí —Passwyn fulminó a Retief con una mirada—. Usted seguirá las instrucciones al pie de la letra. En una situación tan delicada como ésta, no debe introducirse ningún elemento impulsivo e impremeditado. Este acercamiento ha sido urdido en detalle en el sector; usted, simplemente, tiene que complementarlo. ¿Está eso enteramente claro?

—¿Alguien de la oficina principal ha visitado alguna vez Dobe?

—No, por supuesto. Todos odian los viajes también. Si no hay otras preguntas, más vale que se ponga en camino. La nave correo sale de la cúpula antes de una hora.

—¿Cómo es esta forma de vida indígena? —preguntó Retief levantándose.

—Cuando regrese —dijo Passwyn—, lo explica.

El piloto de la nave correo, un coriáceo veterano con unas barbas de un cuarto de pulgada, escupió hacia un manchado rincón del compartimento, y se acercó a la pantalla.

—Están tirando allá abajo —dijo—. Hay blancas humaredas sobre el borde del desierto.

—Tengo como deber evitar la guerra —dijo Retief—. Parece ser que llego un poco tarde.

—¿Guerra? —La cabeza del piloto giró de un modo repentino—. Nadie me dijo que había guerra en Dobe. Si eso es lo que hay, salgo de aquí.

—Pare —dijo Retief—. Tengo que bajar. No dispararán sobre usted.

—Seguro que no, hijito. No les daré la oportunidad —dijo el piloto.

Echó mano a la consola y empezó a aporrear conmutadores,

Retief alargó el brazo, asiendo la muñeca del piloto.

—Quizás no me ha oído. He dicho que tengo que bajar.

El piloto se arrojó hacia el freno y lanzó un puñetazo que Retief paró casualmente.

—¡Está usted loco! —chilló el piloto—. Hay mucho tiroteo para que yo no lo considere, cincuenta millas afuera.

—El correo debe pasar, usted lo sabe.

—No soy ningún ansioso cartero. Si usted está tan resuelto a que lo maten, coja el esquife. Les diré que recojan los restos en el viaje siguiente, si ha cesado el tiroteo.

—Usted es un compañero. Aceptaré su ofrecimiento.

El piloto saltó hacia la escotilla de la lancha salvavidas y la abrió.

—Métate. Terminemos aprisa. A esos pájaros pudiera darles por hacer una descarga en esta dirección.

Retief se deslizó hacia el interior del estrecho espacio del esquife. El piloto desapareció y volvió inmediatamente, entregando a Retief una pesada y anticuada pistola.

—Mientras que usted está entrando, pudiera también coger esto.

—Gracias —Retief metió la pistola en su cinturón—. Espero que se equivoque.

—De un modo u otro, veré de recogerle cuando haya cesado el tiroteo.

La portezuela se cerró con rechinamiento; un momento después hubo una sacudida mientras el esquife se alejaba, seguida de un fuerte embate del aire por la saliente nave correo. Retief observaba la menuda pantalla, las manos sobre los mandos. Estaba bajando rápidamente: cuarenta millas, treinta y nueve…

A cinco millas, Retief disminuyó al máximo la velocidad del ligero esquife, Comprimido en el rellenado asiento, observaba la pantalla y rectificaba el rumbo minuciosamente. La superficie planetaria estaba subiendo con aterradora velocidad. Retief movió la cabeza y empujó el mecanismo de retropulsión de emergencia. Puntos de luz se elevaban de la superficie del planeta más abajo. Si eran ordinarios artefactos químicos de guerra, las pantallas meteóricas del esquife debieran dar cuenta de ellos. La pantalla del tablero de los instrumentos destelló un blanco brillante, luego se oscureció. El esquife saltó y dio una viva sacudida en la parte de

atrás; una humareda llenó el diminuto compartimento. Hubo una serie de sacudidas y un quebrantador impacto final. Después silencio, roto por el silbido de caliente metal que se contraía.

Tosiendo, Retief se libró de la cincha parachoques, buscó la portezuela tentando debajo de los pies, y la abrió de un tirón. Lo golpeó el caliente aire de la selva. Bajó hacia un lecho de roto follaje, se puso de píe… y cayó tendido mientras una bala silbando pasaba más allá de su oreja.

Estuvo escuchando. Podían percibirse furtivos movimientos a la izquierda. Se abrió camino hacia adelante avanzando por pulgadas y alcanzó el resguardo de un bajo árbol de ancho tronco. En alguna parte se deslizaba una especie de lagarto. Quejumbrosos insectos daban vueltas, husmeando vida extraña; luego se alejaron zumbando. Hubo otro crujido de follaje en la maleza a cinco yardas de distancia. Un arbusto tembló, derpués una pequeña rama se inclinó hacia abajo. Retief rodeó el tronco marchando de lado y se tendió detrás de un derribado leño. Apareció un hombre rechoncho con una tiznada blusa de cuero y pantalones cortos que andaba cautamente, con una pistola en la mano.

Mientras pasaba, Retief se levantó, atacándole, y cayeron juntos. El hombre dio un pequeño grito, luego forcejeó en silencio. Retief le sacudió la espalda, alzó un puño…

—¡Eh! —vociferó el colono—. ¡Usted es tan humano como yo!

—Quizás tendré mejor aspecto después de una afeitada —dijo Retief—. ¿Qué se proponía disparando sobre mí?

—Déjeme levantar. Me llamo Potter. Siento eso. Me figuraba que era una lancha de los jacks; se parece exactamente a ellas. Hice un disparo cuando vi algo que se movía; no sabía que fuera un terrestre. ¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí? Estamos bastante cerca del borde del oasis. Eso de ahí arriba es el país de los jacks —movió una mano hacia el norte, donde estaba el desierto.

—Me alegro de que usted sea un mal tirador, sin embargo, algunos de esos proyectiles me pasaron demasiado cerca.

—Proyectiles, ¿eh? Debería ser la artillería de los jacks. Nosotros no tenemos nada parecido a eso.

—Oí decir que había una activa guerra en ciernes —dijo Retief —. No esperaba…

—¡Bien! —dijo Potter—. Nos figurábamos que unos cuantos de

ustedes, los muchachos de Ivory, se estarían juntando cuando lo supieran. ¿Usted es de Ivory?

—Sí.

—¡Eh! Usted debe ser primo de Lemuel. ¡Adiós! Por poco no he cometido un serio error. Lemuel es un hombre terco para explicarle nada.

—Soy…

—Mantenga la cabeza gacha. Esos malditos jacks tienen malignas armas de mano. Vamos…

Potter empezó a arrastrarse por el matorral, seguido de Retief. Atravesaron doscientas yardas de escabroso terreno antes que Potter se pusiera de pie, sacara un empapado pañuelo de hierbas, y se fregase la cara.

—Usted se mueve bien a pesar de ser un hombre de la ciudad. Imaginaba que ustedes, los de Ivory, no hacían más que estarse sentados bajo las cúpulas y descifrar carátulas. Pero supongo que siendo primo de Lemuel…

—En realidad…

—Tengo que traerle verdadera ropa, sin embargo. Esas cosas de la ciudad no aguantan en Dobe.

—Retief miró su requemado y roto ropaje empapado de sudor, una chaqueta ligera de seda azul y pantalones anchos con pliegues, el sencillo uniforme de un tercer secretario y vicecónsul del cuerpo diplomático terrestre.

—Este equipo parecía bastante bueno y resistente allá en mi país —dijo—. Pero supongo que el cuero tiene sus peculiaridades.

—Sigamos y volvamos al campamento. Llegaremos allí hacia la puesta del sol. Y tenga cuidado, no diga nada a Lemuel tocante a que yo creía que usted era un jack.

—No; pero…

Potter estaba de camino, subiendo por un suave declive muy aprisa. Retief se quitó la empapada chaqueta y la echó sobre un arbusto, agregó la corbata de presilla, y siguió a Potter.

—Nos alegramos mucho de que usted esté aquí, señor —dijo un hombre grueso, con dos revólveres ceñidos en su cintura—. Podemos emplear a todo hombre. Estamos mal. Chocamos con los jacks hace tres meses y no hemos hecho una hábil jugada desde entonces. Primero, creíamos que eran una forma de vida indígena

con la que no habíamos topado antes. El hecho es que uno de los muchachos acribilló a uno; creyó que era una buena caza, Supongo que eso fue el comienzo de ello —hizo pausa para avisar la lumbre.

»Y entonces un puñado de ellos atacaron la hacienda de Swazey. Mataron dos de sus reses, y se retiraron —dijo.

—Nos figuramos que creían que las vacas eran personas —dijo Swazey—. Cuidaban de la venganza.

—¿Cómo podía ninguno creer que una vaca fuera gente? —interpuso otro hombre—. No se parecen en nada…

—No seas tan estúpido, Bert —dijo Swazey—. Nunca antes habían visto terráqueos; distinguen mejor ya.

—Ciertamente —Bert rió entre dientes—. Les enseñamos la vez siguiente, ¿no es verdad, Potter? Alcanzamos a cuatro…

—Se acercaron derechamente a mi finca un par de días después de la primera vez —dijo Swazey—. Estábamos preparados para ellos. Los acribillamos bien.

»Se desplomaron. Eran las criaturas de aspecto más deforme que uno haya visto nunca. Parecen cabalmente un retal viejo de manta sucia andando por ahí como un encorvado fantasma.

»La cosa ha seguido así desde entonces. Ellos hacían una incursión y en seguida nosotros hacíamos lo mismo. Pero recientemente han estado metiendo voluminoso material en ello. Tienen alguna clase de naves aéreas y rifles automáticos. Hemos perdido cuatro hombres ya y una docena más con los hielos, esperando la nave de auxilio médico. No podemos hacer frente a ello. La colonia tiene menos de trescientos hombres de cuerpo sano.

—Pero permanecemos en nuestras haciendas —dijo Potter—. Todos estos oasis son antiguos fondos de mares; de una milla de profundidad. Y hay un par de centenares de otros que todavía no hemos tocado. Los jacks no los cogerán mientras haya un hombre con vida.

—Todo el sistema necesita el alimento que podemos producir —dijo Bert—. Estas haciendas que estamos tratando de poner en marcha no bastarán pero sí ayudarán.

—Hemos estado pidiendo asistencia al SDT a gritos, allá en Ivory —dijo Potter—. Pero usted sabe cómo son estos señores de la Embajada.

—Tuvimos noticia de que estaban enviando alguna clase de

burócratas aquí, para ordenarnos que saliéramos y entregáramos los oasis a los jacks —dijo Swazey. Apretó la boca—. Les estamos esperando…

»Mientras tanto recibimos refuerzos que no aparecen. Extendemos el aviso allá a nuestro país; todos tenemos parientes en Ivory y Verde…

—¡Cállate, maldito necio! —Chirrió una voz.

—¡Lemuel! —dijo Potter—. Ningún otro podría obrar con tal bajeza para con nosotros…

—Si yo hubiera sido un jack, me habría librado de vosotros —dijo el recién llegado, entrando en el círculo de la lumbre.

Era un hombre alto y cariancho, cubierto con un tiznado cuero. Miró a Retief.

—¿Quién es ese?

—¿Qué quieres decir? —profirió Potter rompiendo el silencio—. Es tu primo.

—No es ningún primo mío —dijo Lemuel. Dio un paso hacia Retief.

—¿Por quién está usted espiando, extranjero? —dijo con voz estridente.

—Creo que debiera explicar… —empezó Retief, poniéndose de pie.

Una automática de cañón corto apareció en la mano de Lemuel, una chocante nota frente a las orladas pieles de ante.

—Omita el habla. Conozco a un demonio en cuanto le veo.

—Sólo por variación, quisiera terminar una frase —dijo Retief—. Y le sugiero que reponga el coraje en su bolsillo antes que le muerda.

—Usted habla con demasiada maldita gracia para satisfacerme.

—Se equivoca. Hablo para satisfacerme a mí. Pero, por última vez: apártelo.

—¿Me está dando órdenes…? —Lemuel miró a Retief de hito en hito.

El puño izquierdo de Retief salió con ímpetu y se estrelló en el exacto centro del rostro de Lemuel. El huesudo colono dio un traspié, comenzando a manar sangre de su nariz. La pistola disparó a tierra mientras Lemuel la soltaba. El hombre se preparó, trató de agarrar a Retief… y recibió un directo puñetazo con la derecha que

lo tumbó de espaldas, dejándolo frío.

—¡Sensacional! —dijo Potter—. El extranjero ha vencido a Lem… con dos puñetazos…

—Uno —dijo Swazey—. El primero no ha sido más que una caricia.

—Quietos, muchachos —susurró Bert, pasmado.

En el repentino silencio un saurio nocturno gritó. Retief puso atención; no oyó nada. Estrechó los ojos, atisbando más allá de la lumbre.

Con una rápida arremetida agarró el cubo de agua para beber y lo arrojó sobre la lumbre, y se tendió plano. Oyó a los otros dar en tierra un segundo después de él.

—Usted se mueve de prisa a pesar de ser un nombre de la ciudad —susurró Swazey cerca de él—. Usted ve bastante bien, además. Nos separaremos y los cogeremos por dos lados. Usted y Bert desde la izquierda, yo y Potter desde la derecha.

—No —dijo Retief—. Ustedes esperan aquí. Salgo yo solo.

—¿Cuál es el plan…?

—Después lo sabrá. Esperen y vigilen.

Retief se orientó con la copa de un árbol tenuemente visible frente al cielo y siguió avanzando.

Una cauta marcha de cinco minutos llevó a Retief a una ligera elevación del terreno. Con suma cautela siguió hasta lanzar una mirada por encima de un crestón de roca. Los achaparrados árboles terminaban justamente al frente. Más allá, podía distinguir el oscuro contorno del ondulado desierto: el país de los jacks. Se puso de pie, trepó por la roca, todavía caliente después de un día tropical, y avanzó veinte yardas. Alrededor de él no veía nada más que amontonada arena, pálidamente clara a la luz de las estrellas, y la ocasional sombra de sobresalientes losas de esquisto. Detrás de él la manigua estaba silenciosa. Se sentó en el suelo esperando.

Pasaron diez minutos antes de que un movimiento llamara su atención; algo se había separado de una oscura masa de piedra, y se deslizaba a través de unas yardas de raso terreno hacia otro resguardo. Retief observaba. Transcurrían los minutos. La figura avanzó de nuevo, se introdujo en una sombra a diez pies de distancia. Retief tocó la culata de la pistola con el codo. Más valía que su suposición fuera cierta…

Hubo un repentino sonido estridente, parecido al roce de cuero contra hormigón, y una ráfaga de arena mientras el jack atacaba, Retief se apartó bamboleando. Luego embistió, echando el peso de su cuerpo contra el jack, de una yarda en cuadro, tres pulgadas de grueso en el centro, y todo músculo. El extraño ser, semejante a una raya, se levantó y bajó alternativamente, retrocediendo, agitando su extremidad para adherirse al achatado borde de su circundante esfínter. Forcejeó con sus prehensiles tentáculos de orla para agarrar los hombros de Retief. Retief arrolló los brazos alrededor del animal. El animal, o lo que fuese, era pesado; un centenar de libras por lo menos. Defendiéndose con el vigor que lo hacia, parecía más bien de quinientas.

El jack invirtió su táctica, volviéndose flojo. Retief atacó y sintió que su pulgar se introducía en un orificio.

El animal se desencadenó. Retief persistió, metió el pulgar más hondamente.

—Lo siento, compañero —musitó Retief entre sus cerrados dientes—. Sacar los ojos no es cortés, pero es eficaz…

El jack quedó inmóvil; sólo sus orlas agitándose lentamente, Retief aflojó la presión del pulgar. El animal dio un tirón; el pulgar ahondó. El jack se ablandó otra vez, esperando.

—Ahora que nos comprendemos —dijo Retief—, condúceme a vuestro cuartel general.

Un paseo de veinte minutos hacia el interior del desierto llevo a Retief a una baja muralla de ramas de espino: la exterior línea defensiva de los jacks contra las irrupciones de los terrestres. Sería un sitio tan bueno como cualquiera para esperar al siguiente movimiento de los jacks. Se sentó, aligeró de su espalda el peso del cautivo, manteniendo firme el pulgar en la misma posición. Si su análisis de la situación era exacto, un piquete de jack debía llegar pronto…

Un penetrante rayo de luz roja hirió a Retief en el rostro. Luego se extinguió. Se puso en pie. El cautivo jack ondeó su orla agitadamente. Retief atiesó el pulgar.

—Tente firme —dijo—. No intentes hacer nada precipitado…

Sus advertencias estaban cayendo en oídos sordos —o en ningunos oídos en absoluto— pero el pulgar hablaba tan fuerte como las palabras.

Hubo un escabullimiento de arena, luego otro. Retief era consciente de un anillo de presencias que se cerraban más y más.

Retief apretó su agarro del animal. Podía ver una oscura figura ahora, descollando casi de sus propias seis pulgadas y pico. Parecía que los jacks eran de todos tamaños.

Sonó un ruido sordo, semejante a un hondo gruñido gutural. Continuó por unos momentos y luego se apagó. Retief ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Pruébalo dos octavas más alto —dijo.

—¡Aurrp! Lo siento. ¿Vale eso más? —dijo una clara voz procedente de la oscuridad.

—Excelente —dijo Retief—. Estoy aquí para concertar un canje de prisioneros.

—¿Prisioneros? Pero no tenemos prisioneros.

—Ciertamente que tienen. Yo. ¿Es un trato?

—Ah, sí, por supuesto. Muy equitativo. ¿Qué garantías pide?

—La palabra de un caballero es suficiente.

Retief soltó al cautivo. El cual se meneó una vez y desapareció en la oscuridad.

—Si usted quisiera acompañarme hasta el cuartel general —dijo la voz—, podemos tratar nuestros mutuos intereses con comodidad.

—Encantado.

Unas luces rojas destellaron brevemente. Retief, vislumbrando una abertura en la espinosa barrera, pasó por ella. Siguió a oscuras figuras a través de caliente arena hacia una baja entrada semejante a una cueva, débilmente iluminada con un brillo rojizo.

—Debo disculparme por el desgarbado diseño de nuestra cúpula de comodidad —dijo la voz.—. Si hubiéramos sabido que se nos honraría con una visita…

—No le dé usted importancia —dijo Retief—. Los diplomáticos estamos acostumbrados a arrastrarnos.

Adentro, con las rodillas dobladas y la cabeza agachada bajo el techo a cinco pies, Retief observó las paredes de nácar de tono rosado, el pavimento semejante a cristal de color de borgoña cubierto de sedosas alfombrillas, y una baja mesa de pulido granito rojo equipada con platos de plata y vasos de vidrio de color rosa.

—Permítame felicitarle —dijo la voz. Retief se volvió. Un inmenso jack, ataviado con adornos rojos, se agitaba a su lado. La

voz salía de un disco atado a su espalda por correas—. Sus figuras de escaramuza se baten bien. Creo que hallaremos los unos en los otros a dignos adversarios.

—Gracias. Estoy seguro que la comprobación sería interesante, pero espero que podamos evitarla.

—¿Evitarla? —Retief oyó un débil zumbido procedente del altoparlante—. Bien, comamos —dijo finalmente el enorme jack—. Podemos resolver luego estos asuntos. Me llamo Hoshick del Mosaico de las Dos Auroras.

—Yo soy Retief —Hoshick estuvo esperando con expectación—, del Monte del Balduque —agregó Retief.

—Tome asiento, Retief —dijo Hoshick satisfecho—. Espero que no encuentre nuestros toscos canapés incómodos. —Otros dos gigantescos Jacks entraron en la cámara y se comunicaron silenciosamente con Hoshick—. Le ruego perdone nuestra carencia de mecanismos interpretantes —dijo a Retief—. Permítame que le presente a mis colegas.

Un menudo jack entró en la pieza con ondulante movimiento, llevando a lomos una bandeja de plata, cargada de aromática comida. El criado sirvió a los comensales y llenó los vasos con vino blanco.

—Espero que encuentre estos platos sabrosos —dijo Hoshick—. Nuestros metabolismos se asemejan mucho, creo.

Retief probó la comida; tenía un delicioso sabor de nueces. El vino era, indiscutiblemente, del Chateau
d'Yquem.

—Ha sido un inesperado placer encontrarnos con su partida aquí —dijo Hoshick—. Confieso que al principio lo tomamos por una harapienta figura indígena, pero pronto nos sacamos de ese error.

Alzó un vaso, manipulándolo diestramente con los tentáculos de orla. Retief devolvió el saludo y bebió.

—Por supuesto —continuó Hoshick—, tan pronto como nos dimos cuenta que ustedes eran deportistas como nosotros, procuramos corresponder proporcionándoles un poquito de actividad. Hemos mandado salir nuestro equipo más fuerte y unos cuantos especialistas en escaramuzas, y pronto podremos darles una adecuada demostración, o por lo menos así lo espero.

—¿Especialistas? —dijo Retief—. ¿Cuántos, si no tiene

inconveniente en que lo pregunte?

—Por el momento, quizás sólo unos cientos. De ahí en adelante… bien, estoy seguro que podemos arreglar eso entre nosotros. Personalmente, preferiría una lucha de limitada extensión; nada de armas nucleares o de efectos de irradiaciones. Qué fastidio, proteger el resultado para desvíos. Aún cuando confieso que hemos dado con algunos ejercicios de destreza notablemente útiles: la forma como usted hace cautivos, por ejemplo. Poco sutil, por supuesto, pero es un rastreador fantásticamente perspicaz.

—Oh, sin duda —dijo Retief—. Nada de proyectiles atómicos. Como usted ha señalado, todo es un fastidio, y además, es ruinoso para las tropas.

—Ah, bien, de todos modos la tropa es una cosa de que puede hacerse gasto. Pero estamos de acuerdo, nada de armas atómicas. ¿Ha probado los huevos de la región gwack? Son más bien una especialidad de mi Mosaico…

—Deliciosos —dijo Retief—. Me pregunto si usted ha pensado eliminar las armas del todo.

Un cascante sonido salió del disco.

—Perdone mi risa —dijo Hoshick—, pero seguramente usted bromea.

—En verdad —dijo Retief—, nosotros tratamos de evitar el uso de las armas.

—Me parece recordar que nuestro primer contacto con especialistas en escaramuzas implicó el uso de un arma por una de sus unidades.

—Le ruego que me dispense —dijo Retief—. La… figura de escaramuza no reconoció que estaba tratando con un deportista.

—No obstante, ya que hemos comenzado tan alegremente con las armas… —Hoshick hizo señas y el criado rellenó los vasos.

—Hay un aspecto que todavía no he mencionado —continuó Retief—. Espero que usted noadmitirá esto personalmente, pero el hecho es que nuestras figuras de escaramuza piensan en las armas como algo que se emplea únicamente tratando con determinadas formas de vida específicas.

—¿Oh, si? Curioso. ¿Qué formas son esas?

—Los bichos. Mortales enemigos, pero faltos de casta. No quiero que nuestros especialistas en escaramuza piensen en adversarios tan

dignos como usted mismo, como bichos.

—¡Dios mío! No me había dado cuenta, por supuesto. Ha sido muy considerado señalándolo —Hoshick cloqueó con consternación —. Veo que los especialistas en escaramuzas son casi iguales entre ustedes que entre nosotros: carentes de percepción —rió ruidosamente.

—Lo cual nos lleva a lo esencial del asunto —dijo Retief—. Usted sabe, estamos enfrentados con un serio problema tocante a las figuras de escaramuza: una baja natalidad. Por tanto nos hemos puesto de mala gana a buscar sustitutos para las «acciones de masas» tan del agrado del deportista. Hemos procurado poner fin a estas luchas para siempre…

—¿Qué está usted diciendo? —profirió Hoshick con voz entrecortada. Tosió ruidosamente, enviando una rociada de vino al aire—. ¿Está proponiendo que Hoshick, del Mosaico de las Dos Auroras, el honor?

—¡Señor! —dijo severamente Retief—. Usted pierde el tino. Yo, Retief del Balduque, simplemente hago una recíproca propuesta más en armonía con los más nuevos principios deportivos.

—¿Nuevos? —exclamó Hoshick—. ¡Qué grata sorpresa, querido Retief! Estoy esclavizado con los métodos modernos. Uno está desplazado. Deme detalles, por favor.

—Es muy sencillo, realmente. Cada bando elige un representante, y los dos individuos arreglan la cuestión entre ellos.

—Umm… Temo que no lo entiendo. ¿Qué posible significación se podría dar a las actividades de un par de fortuitas figuras de escaramuza?

—No me he expresado con claridad —dijo Retief—. Tomó un sorbo de vino —No involucremos a las figuras de escaramuza en absoluto; eso está muy anticuado.

—Usted no querrá decir…

—Justamente. Usted y yo.

Afuera, en la arena iluminada por las estrellas, Retief echó la pistola a un lado y también arrojó la blusa de cuero que le había prestado Swazey. A la débil luz, apenas podía distinguir la elevada figura del jack que se alzaba ante él, ahora desprovista de adornos. Una silenciosa hilera de criados jacks estaban agrupados detrás suyo.

—Temo que debo prescindir del aparato repetidor ahora, Retief —dijo Hoshick. Suspiró y agitó los tentáculos de orla—. Mis compañeros no creerán esto. El estilo de la lucha ha dado un giro tan extraño. Cuánto más
agra-ble
es observar la acción de lejos.

—Sugiero que practiquemos nuestras reglas de Tennesse —dijo Retief—. Son muy liberales: morder, arrancar, tronchar, hincar la rodilla y, por supuesto, estrangular. Además de las usuales de dar puñetazos, empujar y dar patadas o puntapiés.

—Ummm. Estos gambitos parecen ser propios de luchadores que emplean rígidas armaduras; temo que estaré en desventaja.

—Por supuesto —dijo Retief—. Si usted prefiriera un tipo de lucha más plebeyo…

—De ningún modo. Pero quizás podríamos excluir el retorcimiento de los tentáculos, sólo para nivelar la balanzar.

—Muy bien. ¿Empezamos?

Con una acometida Hoshick se echó sobre Retief, el cual se agachó, y saltó sobre el lomo del jack; y se sintió rechazado de golpe por un fuerte temblor del liso cuerpo del extraño semejante a una losa. Retief rodó a un lado mientras Hoshick se volvía contra él, se puso en pie de un brinco, y lanzó un puñetazo al ombligo de Hoshick. El extraño batió su orla izquierda alrededor, en un arco de círculo que se unió a la mandíbula de Retief, y continuó girando hacia su espalda. El peso de Hoshick chocó con Retief como una camionada de hormigón. Retief se revolvió, tratando de rodar. El plano cuerpo del animaloide lo cubría como una manta. Retief logró tener un brazo libre y redobló golpes sobre el coriáceo lomo. Hoshick se acercó más.

Retief sentía que le faltaba el aire. Se levantó y bajó alternativamente contra el asfixiante peso; no logró moverlo. Estaba disipándose su fuerza.

Recordó al «ranger» que había apresado. El sensible orificio había estado situado ventralmente, en lo que sería la región torácica…

Tantaleó, tocando correosa piel armada de córneos granulos. Estaría perdiendo el pellejo mañana, supuesto que hubiera un mañana. Su pulgar halló el orificio y exploró.

El jack reculó. Retief se mantuvo firme, exploró más hondamente, tentaleando con la otra mano. Si el extraño ser fuese bilateralmente simétrico habría una clase de ya hechas asas de manos…

Estaban. Retief ahondó y el jack se contorció y se separó con violencia. Retief persistió, se levantó de prisa, echó el peso de su cuerpo contra Hoshick, y cayó encima de él, todavía hurgando. Hoshick agitó la orla desatinadamente, se meneó con dolor, luego quedó flácido. Retief se mitigó, soltó su mano y se levantó, respirando con dificultad. Hoshick se dobló hacia su costado ventral, se alzó y se apartó cuidadosamente hacia un lado. Los criados se adelantaron y lo ayudaron a ponerse los aderezos, atando el aparato repetidor con correas. Hoshick suspiró lentamente, ajustándose el equipo.

—Hay mucho que decir a favor del antiguo sistema —dijo.

—Ha sido una gran diversión, ¿verdad? —dijo Retief—. Pero, comprendo que usted estará ansioso de continuar. Si quiere esperar mientras vuelvo atrás y traigo algunos de nuestros especialistas en escaramuza…

—¡Que las garrapatas destruyan a las especialistas en escaramuza! —vociferó Hoshick—. Usted me ha causado un dolor tan fuerte que me acordaré en cada desove durante un año.

—Hablando de garrapatas —dijo Retief—, nosotros hemos desarrollado una forma viviente mordedora.

—¡Basta! —Hoshick rugió tan ruidosamente que el aparato repetidor saltó sobre su pellejo—. De repente suspiro por las amontonadas arenas amarillas de Jak. Había esperado… —se interrumpió, resollando roncamente— Había esperado, Retief —dijo, hablando con tristeza ahora—, encontrar una nueva tierra aquí donde podría trazar mi propio mosaico, estas ajenas arenas, y producir una tal cosecha de liquen del paraíso que inundara los mercados de un centenar de mundos. Pero mi ánimo no puede hacer frente a la perspectiva de formas mordedoras y especialistas en desgarrar. Me avergüenzo ante ustedes.

—Para decirle la verdad, yo mismo estoy chapado a la antigua —dijo Retief—. Preferiría observar la acción de lejos también.

—Pero seguramente sus compañeros no condenarían tal actitud.

—Mis compañeros no están aquí. Y además, ¿no lo he

mencionado? Nadie que realmente lo sepa pensaría en luchar trabando batalla si hubiera algún otro medio. Pero, usted ha hablado de labrar la arena, cultivar liqúenes…

—Eso es lo que nos ha sustentado —dijo Hoshick—, y de lo cual se hace el vino.

—La gran tendencia en la diplomacia de buen tono actualmente es cultivar la competencia. Pero, si usted quisiera coger estos desiertos y criar liquen, prometemos permanecer en los oasis y producir legumbres.

—Retief, ¿habla enteramente en serio? —Hoshick encrespó el lomo y puso atención—. ¿Nos dejaría todas las tersas colinas de arena?

—Todo el sistema, Hoshick. Yo cogeré los oasis.

—Otra vez usted me ha vencido, Retief —exclamó Hoshick, agitando las orlas con embeleso—. Ahora, con generosidad.

—Discutiremos los detalles más tarde. Estoy seguro de que podemos establecer una serie de arreglos que satisfagan a ambas partes. Ahora he de regresar. Creo que algunos de los especialistas en escaramuzas están esperando para verme.

Era casi al amanecer cuando Retief dio un silbido, señal que había convenido con Potter, luego subió y entró en el círculo del campamento. Swazey se levantó.

—Ya ha llegado usted —dijo—. No sabíamos si salir en su busca.

Lemuel se adelantó, un ojo amoratado hasta el pómulo, tendiendo su huesuda mano.

—Siento haberle atacado, extranjero. Para decirle la verdad, creía que usted era alguna especie de soplón del CDT.

—¿Cómo saben ustedes que no es tal cosa, Lemuel? —dijo Bert, surgiendo de detrás de Lemuel—. Quizás…

—El siguiente recogedor de algodón que diga que algún Johnny de embajada me puede engañar, recibirá algo peor que eso —advirtió Lemuel, derribando a Bert con un rápido golpe del brazo.

—Dígame —dijo Retief—. ¿Cómo se arreglan los muchachos para el vino?

—¿Vino? Señor, hace ya un año que estamos pasando con agua de troncho de col. Dobe es mortífero para la clase de bacterias que se necesitan para fermentar licor.

—Pruebe éste.

Retief entregó un achaparrado cacharro. Swazey sacó el tapón, olió, bebió, y lo pasó a Lemuel.

—Señor, ¿dónde ha adquirido esto?

—Lo elaboran los jacks. Otra pregunta para ustedes: ¿concederían una parte en este planeta a los jacks a cambio de una garantía de paz?

Al final de media hora de acalorada discusión, Lemuel se dirigió a Retief.

—Haremos cualquier trato razonable —dijo—. Supongo que ellos tienen tanto derecho a estar aquí como nosotros. Creo que nos avendríamos a una partición en partes iguales. Eso daría aproximadamente ciento cincuenta oasis a cada bando.

—Continúe hablando, señor —dijo Lemuel. Echó mano a la botija del vino, con los ojos fijos en Retief—. Creo que hemos hecho un trato.

El cónsul Passwyn levantó la vista mientras Retief entraba en el despacho.

—Siéntese, Retief —dijo distraídamente—. Creía que usted estaba allá en Pueblo, o Planie de Cieno, o como se llame a ese desierto.

—Estoy de vuelta.

—Bien, bien, ¿qué es lo que necesita, hombre? —Passwyn lo miró vivamente—. Hable con toda franqueza, Pero no espere que yo pida ayuda de guerra.

—Ahí está el Tratado —Retief pasó un manojo de documentos al otro lado de la mesa-escritorio—. Además, un Pacto de Ayuda Mutua y un Convenio Comercial.

—¿Eh?

Passwyn cogió los papeles y los hojeó ligeramente. Se reclinó en el asiento, con rostro radiante.

—Bien, Retief, expeditamente manejado —se paró y miró al vicecónsul con los ojos entreabiertos—. Parece que tiene una magulladura en la mandíbula. Espero que se haya estado conduciendo como es propio de un miembro del cuerpo del Consulado.

—Asistí a un combate deportivo. Uno de los jugadores se excitó un poco.

—Bien… es uno de los riesgos del oficio. Uno debe fingir interés

por tales cosas —Passwyn se levantó y tendió una mano—. Lo ha hecho bien, muchacho. Que esto le enseñe la importancia de seguir las instrucciones al pie de la letra.

Afuera, junto a la caja del incinerador, Retief se paró el tiempo suficiente para sacar de la cartera un abultado y sólido sobre, todavía sellado, y lo metió en la ranura.

… Programas sumamente eficaces, desarrollados tempranamente en la historia del Cuerpo, desempeñaron un papel esencial fomentando la armonía entre los pueblos amantes de la paz de la comunidad galáxica. El notable buen éxito del agregado adjunto (luego embajador). Magnan en la cosmopolitización de los elementos reaccionarios de la Agrupación Nicodémica, fue alcanzado por medio de estos esclarecidos programas…

Vol. III, folio
71 482 A.
E. (AD 2943).

INTERCAMBIO CULTURAL

El primer secretario Magnan se quitó la capa de rayas verdes y la boina con plumas anaranjadas de la percha de madera.

—Me voy ya, Retief —dijo—. Espero que durante mi ausencia usted manejará la rutina administrativa sin incidentes.

—Eso parece una esperanza bastante modesta —dijo el segundo secretario Retief—. Procuraré obrar de conformidad con ella.

—No aprecio la frivolidad con respecto a este Departamento —dijo impertinentemente Magnan—. Cuando vine aquí, al principio, la Dirección de Aprovechamiento de Potencia Humana, Sección de Bibliotecas y Educación, era un mercado. Me figuro que hecho del Embrollo lo que es actualmente. Francamente, dudo que sea juicioso ponerle a usted al cuidado de una carpeta tan delicada, siquiera por dos semanas, pero recuerde, la suya es puramente una función de manejo de sellos de goma.

—En ese caso, dejémoslo para la señorita Furkle, y yo me tomaré un par de semanas de vacaciones. Con su comisión de un tanto por libra de peso, podría poner mucha energía.

—Supongo que usted bromea, Retief —dijo tristemente Magnan —. Debiera esperar que hasta usted apreciará que la participación de Bogan en el Programa de Intercambio, puede ser el primer paso hacia la sublimación de las agresiones, llevándolas por canales más cultos.

—Veo que están enviando dos mil estudiantes a
d'Land
—dijo Retief, mirando de soslayo al memorándum de registro—. Eso es una sublimación algo grande.

—Los Bogans —dijo Magnan, con una señal de asentimiento—, han lanzado no menos de cuatro campañas bélicas durante las

últimas dos décadas. Son conocidos por el nombre de Golfos de la Agrupación Nicodémica. Pero, quizás, los veamos destruir ese antecedente y entrar en la vida cultural de la Galaxia.

—Destruir y entrar —dijo Retief—. Puede que se efectúe algo ahí. Pero me estoy preguntando qué estudiarán en
d'Land.
Ese es un mundo industrial de la variedad «pobre perohonrado».

—Los detalles académicos es asunto de los estudiantes y sus profesores —dijo Magnan—. Nuestra función es solamente juntarlos. Cuide de no contrariar al delagado de los Bogans. Esta será una excelente oportunidad para que usted ejercite la diplomacia; no es su punto fuerte, estoy seguro de que convendrá en ello…

Sonó un timbre. Retief apretó un botón.

—¿Qué hay, señorita Furkle?

—Ese… bucólico individuo de Lovenbroy está aquí otra vez.

En la pequeña pantalla del escritorio, las carnosas facciones de la señorita Furkle aparecían comprimidas con un gesto de desaprobación.

—Este hombre es un detestable revoltoso; lo dejaré para usted, Retief —dijo Magnan—. Dígale algo; líbrese de él. Y recuerde: aquí en la oficina principal del Cuerpo, todos los ojos están sobre uno.

—Si hubiera pensado en eso, habría traído puesto mi otro traje —dijo Retief.

Magnan resopló y se alejó. Retief apretó el botón de la señorita Furkle.

—Haga entrar al bucólico individuo.

Un hombre alto y grueso de piel de color de bronce y cabello gris, que llevaba estrechos pantalones de burda tela, una holgada camisa abierta por el cuello, y una corta chaqueta, entró en la sala, con un paquete bajo el brazo. Se paró a la vista de Retief, lo examinó momentáneamente, y luego avanzó y le tendió la mano. Por un momento los dos importantes hombres se mantuvieron erguidos, cara a cara. Los músculos de la mandíbula del recién llegado se suavizaron. Luego el hombre se encogió. Retief soltó su mano, y le hizo ademán para que se sentara.

—Ese sí que ha sido un buen apretón, señor —dijo el extranjero, friccionándose la mano—. Es la primera vez que me han hecho eso.

Culpa mía, sin embargo; yo lo principié, creo —sonrió mostrando los dientes y se sentó.

—¿En qué puedo servirle? —dijo el segundo secretario—. Me llamo Retief. Estoy ocupando el puesto del señor Magnan por un par de semanas.

—Usted trabaja para este grupo de cultura, ¿verdad? Es extraño, pues creía que todos eran muchachos de mostrador. No haga usted caso. Me llamo Hank Arapoulus y soy un labrador. Por lo que quería verle era… —Se removió en el asiento—. Bien, allá en Lovenbroy tenemos un serio problema. La cosecha de vino está casi pronta. Empezamos a recoger dentro de otros dos o tres meses. Pero no sé si usted es conocedor de las vides de Baco que cultivamos.

—No —dijo Retief—. ¿Quiere un cigarro? —empujó una caja a través de la mesa escritorio. Arapoulous cogió uno.

—Las vides de Baco son una cosecha excepcional —dijo, soplando en el cigarro—. Sólo maduran cada doce años. En el intermedio, las vides no necesitan mucha atención; no somos esclavos del tiempo. Nos gusta cultivar, sin embargo. Empleamos mucho tiempo desarrollando nuevas formas. Manzanas del tamaño de un melón y dulces.

—Parece muy placentero —dijo Retief—. ¿Dónde encaja el Departamento de Bibliotecas y Educación?

—Nos interesamos bastante en las artes —Arapoulous se inclinó hacia adelante—. La gente no puede emplear todo su tiempo produciendo plantas híbridas. Hemos convertido toda el área de terreno que tenemos en campos y granjas; por supuesto, dejamos algunas áreas de monte algo grandes para la caza y cosas semejantes. Lovenbroy es un agradable lugar, señor Retief.

—Lo parece, señor Arapoulous. ¿Qué…?

—Llámeme Hank. Tenemos largas estaciones allá en mi país. Cinco. Nuestro año tiene aproximadamente dieciocho meses terráqueos. Terriblemente frío en invierno; órbita excéntrica, usted sabe. Cielo azul oscuro, estrellas visibles todo el día. Nos dedicamos mayormente a la pintura y la escultura durante el invierno. Luego la primavera, todavía con mucho frío, esquiamos, nos deslizamos en trineos de carga de dos rastras, patinamos sobre el hielo; y es la estación para loo madereros. Nuestro mueblaje.

—He visto algunos de sus muebles, creo —dijo Retief—.

Precioso trabajo.

—Todas las maderas locales, además —Arapoulous hizo una señal de asentimiento—. Y hay muchos metales en nuestro suelo; esos sulfatos dan a los maderos un poco de color, le diré. Después viene el monzón. Lluvia —desciende en sábanas— pero el sol se está acercando más; brilla todo el tiempo. ¿Ha visto alguna vez llover copiosamente con la luz del sol? Esa es la estación para componer música. Luego el verano. El verano es caluroso. Permanecemos adentro durante el día, y tenemos tertulias en la playa toda la noche. Muchas playas en Lovenbroy, somos mayormente isleños. Esa es la temporada de drama y sinfonías. Los teatros son erigidos en la arena, o fijados a barcazas a vista de la costa. Se goza de la música, el oleaje, las fogatas, y las estrellas; estamos cercanos al centro de un grupo globular, usted sabe…

—¿Dice usted que ya es el tiempo para la cosecha del vino?

—Cierto. El otoño es la estación de la siega. La mayor parte de los años no tenemos más que las cosechas ordinarias: fruta, grano, esa clase de cosa, Conseguirla no toma mucho tiempo. Empleamos la mayor parte del tiempo en arquitectura, aparejando nuevos locales para el invierno, o reconstruyendo los más viejos. Pasamos también mucho tiempo dentro de nuestras casas; nos gusta tenerlas confortables. Pero este año es diferente. Este es el Año del Vino.

»Nuestra cosecha de vino es nuestra gran cosecha de dinero —Arapoulous sopló el cigarro y miró angustiadamente a Retief—. Producimos lo suficiente para seguir viviendo. Pero este año…

—¿La cosecha no está dando buen resultado?

—Oh, la cosecha es excelente; una de las mejores que puedo recordar. Claro, sólo tengo veintiocho años; no puedo recordar más que otras dos recolecciones. El problema no es la cosecha…

—¿Han perdido sus mercados? Eso parece ser un asunto para la Comercial…

—¿Perdido nuestros mercados? Señor, nadie que alguna vez probara nuestros vinos jamás eligiría otros.

—Parece que me he perdido algo —dijo Retief—. Tendré que probarlos algún día.

—Ninguna ocasión como la presente —dijo Arapoulous. Puso el paquete encima de la mesa escritorio, y deshizo las envolturas.

Retief miró a las dos rechonchas botellas, una verde y otra

ambarina, ambas polvorientas, con descoloridas etiquetas y ennegrecidos tapones asegurados con alambre.

—Beber estando de servicio es una cosa que se desaprueba en el Cuerpo, señor Arapoulous —dijo.

—Esto no es beber, no es más que vino —Arapoulous soltó el retenedor de alambre y empujó el tapón con el pulgar. El corcho subió lentamente y luego saltó. Arapoulous lo cogió. Aromáticos vapores salían de la botella—. Además, se heriría a mis sentimientos si usted no bebiera conmigo —hizo un guiño.

—Pensando en ello, también hemos de tener cuidado tocante a contravenir singulares costumbres indígenas —Retief cogió dos vasos de delgados costados de una mesa contigua al escritorio.

Arapoulous llenó los vasos. Retief alzó uno, olió el líquido de color rojizo subido y lo cató, luego echó un buen trago. Miró a Arapoulous de un modo pensativo.

—Hummm, tiene un gusto parecido a pacanas saladas, con una tendencia a rancio vino de Oporto.

—No trate de definirlo, señor Retief —dijo Arapoulous. Tomó un buche de vino, lo pasó por los dientes, y tragó—. Es vino de Baco, eso es todo —empujó la segunda botella hacia Retief—. La costumbre allá en mi país es alternar vino tinto y negro.

Retief puso el cigarro a un lado, soltó los alambres e hizo salir el tapón.

—Mala suerte si uno no acierta a coger el corcho —dijo Arapoulous, haciendo una seña con la cabeza—. Usted probablemente nunca oyó hablar de la desazón que tuvimos en Lovenbroy unos años atrás.

—No puedo decir que sí, Hank —Retief echó el vino negro en los dos flamantes vasos—. Por la cosecha.

—Tenemos abundancia de minerales en Lovenbroy —dijo Arapoulous, tragando vino—. Pero no pensamos destrozar la campiña extrayéndolos. Nos gusta labrar la tierra. Aproximadamente diez años atrás unos vecinos nuestros desembarcaron una fuerza. Se figuraban que sabían mejor lo que hacer con nuestros minerales que nosotros. Querían despojar las minas, fundir el mineral. Los convencimos de otra manera. Pero ello llevó un año, y perdimos muchos hombres.

—Es lástima —dijo Retief—. Yo diría que éste tiene más bien un

gusto parecido a carne de vaca asada y palomitas de maíz sobre una base de Riesling.

—Ello nos puso en una mala situación —prosiguió Arapoulous —. Tuvimos que pedir dinero prestado a un mundo llamado Croanie. Hipotecamos las cosechas y tuvimos que exportar obras de arte además. Muchos compradores, pero no es lo mismo cuando uno lo está haciendo para extranjeros.

—¿Cuál es el problema? —dijo Retief—. ¿Está Croanie a punto de entablar un juicio hipotecario?

—El préstamo se ha vencido. La cosecha del vino nos libraría de las deudas; pero necesitamos jornaleros para la recolección. Recoger las uvas de Baco no es una tarea que se pueda transferir a máquinas, y nosotros no lo haríamos si pudiéramos. La temporada de la vendimia es el apogeo de la vida en Lovenbroy. Todo el mundo se junta. Primero, hay la recolección en los campos. Millas y millas de viñas que cubren las laderas de los montes, atestando las bandas de los ríos, con huertas aquí y allá. Grandes vides, de ocho pies de altura, cargadas de fruto, y oscura hierba creciendo por medio. Los acarreadores se mantienen en movimiento, trayendo vino a los recogedores. Hay premios para el rendimiento mayor del día, apuestas sobre quién puede llenar el mayor número de cestas en una hora. El sol está alto y brillante, y hace fresco, lo bastante para darle a uno abundante energía. Llegada la noche se ponen las mesas en las parcelas de las huertas, y se abre el festín: pavos asados, carne de vaca, jamones, toda clase de aves. Grandes ensaladas y abundancia de fruta y pan recién cocido… y vino, mucho vino. Cada noche cocina una cuadrilla diferente en cada huerta, y hay premios para las mejores cuadrillas.

»Luego la elaboración del vino. Todavía pisoteamos la vendimia. Eso es mayormente para los jóvenes, pero se acoge con gusto a todo el mundo. Es entonces cuando las cosas empiezan a aflojarse. De hecho, casi la mitad de nuestros niños nacen aproximadamente nueve meses después de una vendimia. Se cortan todas todas las apuestas entonces. Ello lo mantiene a uno cuidadoso sin embargo; ¿trató alguna vez de asirse de una muchacha que no llevara encima del cuerpo más que una capa de zumo de uva?

—Jamás —dijo Retief—. Usted dice que la mayor parte de los niños de Lovenbroy; según el cómputo terráqueo, tendrían

dieciocho.

—Estaba pensando que usted parece ser un poco maduro para tener veintiocho —dijo Retief.

—Cuarenta y dos, según los años terráqueos —dijo Arapoulous —. Pero este año, la situación parece mala. Tenemos una cosecha abundante… y carecemos de un número suficiente de jornaleros. Si no obtenemos una gran vendimia, Croanie entra; Dios sabe lo que harán al país.

»Lo que figurábamos era, que quizás ustedes los muchachos de la Cultura nos podrían sacar del apuro: un préstamo para ayudarnos a salir airosos con la vendimia, suficiente para ajornalar más braceros. Después lo pagaríamos con esculturas, pinturas, muebles…

—Lo siento, Hank. Todo lo que hacemos aquí es efectuar itinerarios para viajantes, esa clase de cosa. Pero si ustedes necesitaran una tropa de tocadores de flauta croacios…

—¿Saben recoger uvas?

—No; de todos modos no pueden soportar la luz del día. ¿Ha discutido esto con el departamento del Trabajo?

—Ciertamente. Dijeron que nos equiparían con todos los especialistas en electrónica y programadores computistas que necesitáramos, pero no braceros para el campo. Dijeron que ello era lo que clasificaban como tráfago servil; habrían creído que yo estaba tratando de comprar esclavos.

Sonó el timbre. En la pantalla del escritorio apareció la señorita Furkle.

—Usted debe estar en el Consejo del Grupo de Intercambio dentro de cinco minutos —dijo la muchacha—. En seguida después, hay que recibir a los estudiantes de Bogan.

—Gracias —Retief terminó el vaso y se levantó—. Tengo que correr, Hank —dijo—. Déjeme pensar esto. Tal vez pueda hallar una solución. Consulte conmigo pasado mañana. Y más vale que deje las botellas aquí. Muestras culturales, usted sabe.

Mientras se levantaba la sesión del consejo, Retief captó la mirada de un colega al otro lado de la mesa.

—Señor Whaffle, usted ha mencionado que una expedición se estaba dirigiendo a un lugar llamado Croanie. ¿Qué reciben?

—Usted es el hombre que está llenando el hueco por Magnan,

allá en el Embrollo —dijo Whaffle, pestañeando—. Hablando con propiedad, las concesiones de equipo son de la sola incumbencia del Depósito de Equipo Motorizado, Sección de Préstamos y Cambios —frunció los labios—. No obstante, creo que no hay ningún mal en decírselo. Recibirán equipo minero ffésado.

—Aparejos para perforadoras, ¿esa clase de cosa?

—Equipo para laboreo de minas —Whaffle sacó una tira de papel de un bolsillo interior y lo miró con los ojos entreabiertos—. Tractores WV/1 modelo Bolo, para ser exactos. ¿Por qué ese interés del Embrollo por las actividades de la Oficiosidad?

—Perdone mi curiosidad, señor Whaffle. Es sólo que Croanie se ha manifestado inesperadamente hace poco hoy; parece ser que tienen una hipoteca sobre unos viñedos en suspenso con…

—Ese no es asunto de la Oficiosidad, señor —interrumpió Whaffle—. Tengo bastantes problemas como jefe de la Oficiosidad sin indagar en los asuntos del Embrollo.

—Hablando de tractores —interpuso otro hombre—, allá en el Comité Especial para la Rehabilitación y Control de la Economía Política General de las Naciones Subdesarrolladas, hemos estado tratando durante meses de conseguir una petición de equipo minero para
d'Land
por conducto de la Oficiosidad…

—La Apropiación llegó tarde a escena —dijo Whaffle—. El primero que llega, el primero al que se sirve; esa es nuestra norma en la Oficiosidad. Buenos días, caballeros —se fue andando, con una gran cartera bajo el brazo.

—Esa es la inconveniencia con los mundos pacíficos —dijo el delegado de la Apropiación—. Boge es un mundo perturbador, por tanto todas las comisiones del Cuerpo van allá para pacificarlo, mientras que mi probabilidad de establecer un record —eso es, de ayudar a
d'Land,
ese mundo amante de la paz— se reduce a nada.

—¿Qué clase de universidad tienen en
d'Land?
—preguntó Retief—. Les estamos enviando dos mil estudiantes en intercambio. Debe ser una institución admirable…

—¿Universidad?

D’Land

tiene un subdotado colegio técnico.

—¿Estarán todos los estudiantes del intercambio estudiando en el Colegio Técnico?

—¿Dos mil estudiantes? ¡Bah! Doscientos estudiantes oprimirían las ayudas del colegio con tributos.

—Me pregunto si los bogans saben eso.

—¿Los bogans? La mayor parte de las dificultades de

d’Land

son debidas al imprudente convenio comercial en que entró con Boge. ¡Dos mil estudiantes! —El hombre resopló y se fue.

Retief se detuvo en el despacho para recoger su corta capa violácea, luego fue en el ascensor hasta la cubierta del edificio de la oficina principal del Cuerpo de 230 pisos y llamó a un taxi para ir al puerto. Los estudiantes bogans habían llegado temprano. Retief los vio colocados en fila en la rampa esperando para pasar la aduana. Habría transcurrido media hora antes que fueran despachados. Retief entró en el bar y pidió una cerveza. Un alto joven del taburete contiguo alzó el vaso.

—Felices días —dijo.

—Y noches para aparear.

—Usted lo ha dicho —el joven tragó la mitad de la cerveza—. Me llamo Karsh. Señor Karsh. Sí, señor Karsh. Muchacho, esto es una traba, estar sentado ahí en este lugar esperando.

—¿Ha venido a esperar a alguien?

—Sí. Un grupo de criaturas. Muchachitos. Cuan ansiosos están ellos… No importa. Tome un vaso por mi cuenta.

—Gracias. ¿Es usted jefe de exploradores?

—Le diré lo que soy; soy un ladrón de cuna. Usted sabe —se volvió hacia Retief—, ninguno de esos muchachitos tiene más de dieciocho años —hipó—. Estudiantes, usted sabe. Nunca vi un estudiante con barba. ¿Y usted?

—Muchas veces. ¿Viene a recibir a los estudiantes, no?

—Oh, usted está enterado de ello, ¿eh? —El joven miró a Retief con los ojos entreabiertos.

—Represento al Embrollo.

—Vine delante: algo así como una avanzada de los muchachitos

—Karsh terminó la cerveza y pidió otra—. Yo mismo los entrené. Lo hice como un deporte, pero saben manejarse bien. No sé cómo obrarán bajo presión. Si tuviera mi antiguo pelotón…

»He bebido bastante —dijo. Miró al vaso de cerveza, luego lo echó atrás—. Adiós, amigo. ¿O viene usted conmigo?

—Bueno —asintió Retief.

—No haga eso, señor —dijo severamente Karsh a un estudiante —. ¿Es esa una manera de obrar?

El muchacho, un mozalbete de redonda cara y anchos hombros, sonrió mostrando los dientes.

—Creo que no —dijo—. Diga, señor Karsh, ¿vamos a ir a la ciudad? Estábamos pensando…

—Estaban pensando, ¿eh? Ustedes se conducen como un grupo de niños de la escuela; quiero decir… ¡No! ¡Pero coloqúense en fila!

—Tenemos alojamientos preparados para los estudiantes —dijo Retief—. Si usted quisiera traerlos a la parte occidental, tengo un par de helicópteros preparados.

—Gracias —dijo Karsh—. Permanecerán aquí hasta la hora del despegue. No puedo permitir que los muchachitos vaguen por ahí sueltos. Pudieran tener la idea de ir a la loma —hipó—. Pudieran hacer novillos, quiero decir.

—Hemos fijado su reembarque para mañana al mediodía. Eso es una larga espera. El Embrollo ha hecho arreglos para entradas de teatro y dispuesto una comida.

—Lo siento —dijo Karsh—. Tan pronto como llegue el equipaje aquí, nos vamos —hipó otra vez—. No podemos viajar sin el equipaje, usted sabe.

—Haga usted lo que guste —dijo Retief—. ¿Dónde está su equipaje ahora?

—Está llegando a bordo de una nave ligera de Croanie.

—Tal vez quisiera concertarse para una comida para los estudiantes aquí.

—Ciertamente —dijo Karsh—. Es una buena idea. ¿Por qué no se agrega usted a nosotros? —Karsh hizo un guiño—. Y traiga unas cuantas cervezas.

—Esta vez no —dijo Retief. Observó a los estudiantes, que todavía salían de la Aduana—. Todos parecen ser muchachos —comentó—. ¿No hay chicas estudiantes?

—Quizás más tarde —dijo Karsh—, después que veamos cómo reciben al primer grupo.

De regreso a la oficina del Embrollo, Retief llamó a la señorita Furkle.

—¿Sabe usted el nombre de la institución a que van destinados estos estudiantes bogans?

—La universidad de
d'Land,
por supuesto.

—¿Sería eso el Colegio Técnico?

—Estoy segura que nunca he curioseado en estos detalles —la boca de la señorita Furkle se crispó.

—¿Dónde termina el hacer su trabajo y dónde empieza el curiosear, señorita Furkle? —DijoRetief— Personalmente, soy curioso en cuanto a qué es lo que hace a estos estudiantes ir tan lejos para estudiar, y viajando a costa del Cuerpo.

El señor Magnan nunca…

—Por ahora, señorita Furkle, el señor Magnan está de vacaciones. Eso me deja con el problema de dos mil jóvenes estudiantes mandados para un mundo sin salas de enseñanza para ellos… un mundo falto de tractores. Pero los tractores están en camino de Croanie, un mundo que debe favorecer a Boge. Y Croanie tiene una hipoteca sobre la mejor extensión en acres de vid de Lovenbroy.

—¡Bien! —soltó la señorita Furkle, sus ojuelos fulgurando bajo unas no retocadas cejas—. ¡Espero que usted no dudará del discernimiento del señor Magnan!

—Tocante al discernimiento del señor Magnan no puede haber dudas —dijo Retief—. Pero no se preocupe. Quisiera que usted buscase una partida para mí. ¿Cuántos tractores estará recibiendo Croanie bajo el programa de la Oficiosidad?

—Eso es enteramente asunto de la Oficiciosidad —dijo la señorita Furkle—. El señor Magnan siempre…

—Estoy seguro que el señor Magnan lo hacía. Entéreme acerca de los tractores tan pronto como pueda.

La señorita Furkle resolló y desapareció de la pantalla. Retief salió del despacho, descendió cuarenta y un pisos, y siguió un pasillo hacia la Biblioteca del Cuerpo. En las estanterías hojeó

catálogos y escudriñó índices.

—¿Puedo ayudarlo? —siseó alguien. Una menuda bibliotecaria estaba muy cerca de él.

—Gracias, señora —dijo Retief—. Estoy buscando información sobre un equipo minero: un tractor WV modelo Bolo.

—No lo encontrará en la sección industrial —dijo la bibliotecaria—. Venga conmigo.

Retief la siguió a lo largo de las estanterías hacia una bien iluminada sección con el rótulo de «armamentos». La bibliotecaria sacó una cinta del estante, la insertó en el mirador, la puso en movimiento, y paró en un diseño de un achaparrado vehículo blindado.

—Ese es el modelo WV —dijo la bibliotecaria—. Es lo que se conoce como una Unidad de Cerco Continental. Lleva cuatro hombres, con una secundaria potencia de descarga de mediomega ton…

—Debe haber un error en alguna parte —dijo Retief—. El modelo Bolo que yo quiero es un tractor, modelo WV M-1…

—Oh, la variación fue la añadidura de una pala para trabajo de demolición. Eso debe ser lo que lo confundió.

—Probablemente, entre otras cosas. Gracias.

La señorita Furkle estaba esperando en el despacho.

—Tengo la información que usted quería —dijo—. La he buscado durante diez minutos. Estaba bajo la impresión de que usted la necesitaba urgentemente, y he hecho cuanto estaba de mi parte…

—Sin duda alguna —dijo Retief—. Diga lo que tenga que decir. ¿Cuántos tractores?

—Quinientos.

—¿Está segura?

—¡Bien! Si usted juzga que soy incompetente… —La barbilla de la señorita Furkle temblaba.

—Sólo estoy examinando la posibilidad de un error, señorita Furkle. Quinientos tractores es mucho equipo.

—¿Había algo más? —preguntó fríamente la señorita Furkle.

—Sinceramente, espero que no —dijo Retief.

Reclinándose en el rellenado sillón de Magnan con eslabón giratorio y contorno de caballete, Retief hojeó un folleto rotulado

«CERP 7-602-Ba; CROANIE (general)». Se detuvo en una página que llevaba el título de INDUSTRIA. Sin dejar de leer, abrió el cajón de la mesa escritorio, sacó las dos botellas de vino de Baco y dos vasos. Echó una pulgada de vino en cada uno, luego sorbió el vino negro de un modo meditabundo. Sería lástima, consideró, que algo estorbara al producto de tales vendimias…

Media hora después puso el folleto a un lado, conectó el teléfono, e hizo una llamada a la Legación de Croanie, preguntando por el agregado comercial.

—Aquí Retief, oficina principal del Cuerpo —dijo vivamente—. Sobre la expedición de la Oficiosidad, los tractores. Me estoy preguntando si ha habido un error. Mis registros indican que estamos expidiendo quinientas unidades.

—Es exacto. Quinientas.

Retief estuvo esperando.

—Ah… ¿está usted ahí, señor Retief?

—Aún estoy aquí. Y aún me extraño de los quinientos tractores.

—Ello está perfectamente en orden, creía que estaba todo ajustado. El señor Whaffle…

—Una sola unidad requeriría un equipo de considerable tamaño para manejar su rendimiento —dijo Retief—. Pero Croanie vive de las pesquerías. Tiene quizás media docena de equipos de operación de pequeño tamaño. Tal vez, en una apremiante necesidad, podrían manejar el mineral que diez tractores WV pudieran recoger… suponiendo que Croanie tuviera mineral. Sea dicho de paso, ¿no es un WV una pobre cosa como avío minero? Ya creería…

—Mire, Retief, ¿por qué todo este interés en unos cuantos tractores excedentes? Y en todo caso, ¿qué le importa a usted cómo pensemos emplear el equipo? Eso es un asunto interno de mi gobierno. El señor Whaffle…

—Yo no soy el señor Whaffle. ¿Qué van a hacer ustedes con los otros cuatrocientos noventa tractores?

—¡Entendí que la concesión iba a ser sin trabas!

—Reconozco que no está bien hacer preguntas. Es una antigua tradición diplomática que todas las veces que uno pueda lograr que alguien acepte algo como una donación, ha ganado tantos en el juego. Pero si Croanie está urdiendo algún plan…

—¡Nada parecido a eso, Retief! Es una mera operación

comercial.

—¿Qué clase de trabajo hacen ustedes con un Bolo WV? Con una pala adherida o sin pala, es lo que se conoce como una unidad de cerco continental…

—¡Santo Dios, Retief! ¡No juzgue sin reflexión! ¿Nos pretende calificar de traficantes de guerra? Francamente… ¿es esto una línea privada?

—Ciertamente. Puede hablar sin reserva.

—Los tractores son para enviar a otra parte. Nos hemos metido en una difícil situación con nuestra balanza de pagos. Esto es un ajuste para un grupo con el cual tenemos fuertes vínculos comerciales.

—Entiendo que ustedes tienen una hipoteca sobre el mejor terreno de Lovenbroy —dijo Retief—. ¿Hay alguna conexión?

—Pues… no. Por supuesto que no.

—¿Quién recibe los tractores finalmente?

—Retief, esto es una injustificable ingerencia…

—¿Quién los recibe?

—Van a Lovenbroy por casualidad. Pero apenas veo…

—¿Y quién es el amigo al cual ustedes están sacando de algún peligro con un desautorizado envío de material de concesión?

—Pues… he estado trabajando con un tal *Mr.* Gulver, un delegado de Bogan.

—¿Y cuándo serán expedidos?

—Salieron hace una semana. Estarán a medio camino de allí ya. ¡Pero mire, Retief, esto no es lo que usted está pensando!

—¿Cómo sabe usted lo que estoy pensando? Yo mismo no lo sé —Retief cortó y llamó a la secretaria.

—Señorita Furkle, quisiera que me informara inmediatamente de todas las nuevas peticiones que pudieran llegar del Consulado de Bogan para acomodo de estudiantes.

—Bien, ocurre, por coincidencia, que tengo una petición aquí ahora. La ha presentado el señor Gulver, del Consulado.

—¿Está en la oficina el señor Gulver? Quisiera verle.

—Le preguntaré si tiene tiempo.

Pasó medio minuto antes que entrara un hombre de pobladas cejas, coloradote, y con un sombrero muy ajustado. Llevaba un traje pasado de moda, una camisa pardusca y lustrosos zapatos de fina

puntera.

—¿Qué es lo que desea usted? —Gruñó—. Entendí en mis discusiones con el otro… jurisperito, que no habría nueva necesidad de estas irritantes entrevistas.

—Acabo de enterarme que ustedes están colocando más estudiantes fuera, señor Gulver. ¿Cuántos esta vez?

—Tres mil.

—¿Y a dónde irán?

—A Croanie; todo está en la hoja de solicitud que he entregado. Su tarea es proporcionar transporte.

—¿Habrá otros estudiantes que se embarquen esta temporada?

—Pues… quizás. Eso es asunto de Boge —Gulver miró a Retief con fruncidos labios—. En realidad, teníamos en consideración enviar otros dos mil a Featherweight.

—Otro mundo subpoblado; y del mismo grupo, creo —dijo Retief—. La gente de su país debe interesarse extraordinariamente por esa región del espacio.

—Si eso es todo lo que usted quería saber, me iré. Tengo que atender asuntos de importancia.

Después que Gulver saliera, Retief hizo entrar a la señorita Furkle.

—Quisiera tener una relación de todos los movimientos de estudiantes que han sido proyectados bajo el actual programa —dijo —. Vea si puede preparar un resumen de lo que la Oficiosidad ha estado expidiendo últimamente.

—Si el señor Magnan estuviera aquí —la señorita Furkle se irguió—, estoy segura que no se le ocurriría meterse con el trabajo de otros departamentos. He… oído por casualidad su conversación con el caballero de la Legación de Croanie…

—Las listas, señorita Furkle.

—Yo no tengo la costumbre —dijo la señorita Furkle— de inmiscuirme en asuntos ajenos al grupo de nuestro interés.

—Eso es peor que escuchar a hurtadillas las conversaciones por teléfono, ¿eh? Pero no importa. Necesito la información, señorita Furkle.

—La lealtad a mi jefe…

—La lealtad a su paga, debiera impulsarla a buscar corriendo el material que he pedido —dijo Retief—. Estoy asumiendo plena

responsabilidad. Pero muévase.

Sonó el timbre. Retief pulsó un conmutador.

—El Embrollo. Retief al habla…

En la pantalla del escritorio apareció el tostado rostro de Arapoulous.

—¿Cómo está usted, Retief? ¿Le parece bien si subo?

—Ciertamente, Hank. Quiero hablarle.

En el despacho, Arapoulous cogió una silla.

—Lo siento, si le estoy acuciando Retief —dijo—. Pero ¿tiene usted algo para mí?

—¿Qué sabe usted de Croanie? —preguntó Retief, mientras hacía señas hacia las botellas de vino.

—¿Croanie? Es un lugar de poco valor. En su mayor parte océano. Está bien si a uno le gusta el pescado, supongo. Importamos algún alimento marítimo de allí. Deliciosos camarones en el tiempo del monzón.

—¿Están ustedes en buenas relaciones con ellos?

—Ciertamente, así lo creo. Por supuesto, son bastante íntimos con Boge.

—¿De veras?

—¿No se lo expliqué? Boge fue el grupo que intentó suplantarnos aquí una docena de años atrás. Lo habrían logrado, además si no hubieran tenido mucha mala suerte. Se echaron a perder con la bebida, y, sin armadura, son fácil presa.

La señorita Furkle tocó el timbre.

—Tengo las listas —dijo brevemente.

—Tráigalas, por favor.

La secretaria puso los papeles sobre la mesa escritorio. Arapaulous captó su mirada y sonrió. La muchacha resolló y se fue de la sala.

—Lo que necesita esa chica es alegrarse un poco con el amasijo de uvas —observó Arapoulous.

Retief hojeaba los papeles, deteniéndose para leer de cuando en cuando. Terminó y miró a Arapoulous.

—¿Cuántos hombres necesitan ustedes para la cosecha, Hank?

Arapoulous olfateó su vaso de vino.

—Un centenar ayudaría —dijo— Un millar sería mejor.

—¿Qué diría usted de dos millares?

—¿Dos millares? Retief, ¿no está usted bromeando?

—Espero que no.

Retief cogió el teléfono, llamó a las autoridades del puerto, y preguntó por el empleado de expediciones.

—Hola, Jim. Escuche, he de pedirle un favor. Usted conoce ese contingente de estudiantes bogans; están viajando a bordo de las dos naves transportes del CDT. Me intereso por el equipaje que acompaña a los estudiantes. ¿Ha llegado ya? Bien, esperaré…

Jim volvió al teléfono.

—Sí, Retief, está aquí. Acaba de llegar. Pero hay una cosa extraña. No está consignado para
d'Land;
está marcado para Lovenbroy.

—Escuche, Jim —dijo Retief—. Quiero que usted vaya al almacén y revise por mi ese equipaje.

Retief estuvo esperando mientras el empleado de expediciones llevaba a cabo la diligencia. El nivel de las dos botellas había descendido una pulgada cuando Jim regresó al teléfono.

—Eh, he echado una mirada a ese equipaje, Retief. Pasa algo extraño. Armas de fuego, agujeros de dos pulgadas y media, artefactos de mano calibre doce, pistolas…

—Está bien, Jim. Nada por qué inquietarse. Sólo una confusión. Ahora, Jim, voy a pedirle que haga algo más por mí. Estoy protegiendo a un amigo; parece ser que cometió un desliz. No quisiera que la cosa trascendiera, usted comprende. Por la mañana enviaré una orden de cambio escrita que lo protegerá a usted oficialmente. Mientras tanto, he aquí lo que deseo que haga…

Retief dio instrucciones y luego desconectó, dirigiéndose hacia Arapoulous.

—Tan pronto como termine un par de cosas, más vale que bajemos al puerto, Hank. Quisiera ir a despedir a los estudiantes personalmente.

Karsh tropezó con Retief mientras entraba en los recintos de las salidas del puerto.

—¿Qué está pasando aquí? —demandó—. Hay algo raro con respecto a la consignación de mi equipaje; no quieren dejármelo ver. Tengo la sensación de que no está siendo cargado.

—Más vale que se dé prisa, señor Karsh —dijo Retief—. Tienen

el tiempo fijado para salir antes de una hora. ¿Están embarcados todos los estudiantes?

—¡Sí, maldito sea! ¿Y qué me dice de mi equipaje? Esas naves no partirán sin él.

—No hay necesidad de turbarse tanto por unos cuantos cepillos de dientes, ¿no le parece, señor Karsh? —dijo blandamente Retief —. Sin embargo, si usted está angustiado… —Se volvió hacia Arapoulous.

—Hank, ¿por qué no conduce al señor Karsh al almacén y… cuida de él?

—Sé cabalmente cómo manejar la cosa —dijo Arapoulous.

El empleado de expediciones se acercó a Retief.

—He comprendido lo del envío de tractores —dijo—. Extraña clase de error, pero está bien ahora. Están siendo descargados en d'Land.

Hablé al inspector de transporte de allí; dijo que no estaban esperando ningunos estudiantes.

—Las etiquetas se cambiaron, Jim. Los estudiantes van a donde fue consignado el equipaje; es lamentable el error de allí, pero el Departamento de Armamentos enviará un hombre dentro de un ratito para enajenar las armas de fuego. Vigile el verdadero equipaje; no se puede decir dónde ha de volverse…

—¡En! —gritó una ronca voz.

Retief se volvió. Una desaliñada figura con un sombrero muy ajustado estaba atravesando el recinto, sus brazos ondeando.

—Hola, señor Gulver —voceó Retief— ¿Cómo marcha el asunto de Boge?

—¡Una piratería! —dijo abruptamente Gulver mientras se acercaba a Retief—. ¡Ustedes tienen mano en esto, no lo dudo! ¿Dónde está ese tipo de Magnan…?

—¿Cuál parece ser el problema? —dijo Retief.

—¡Retener esos acarreos! Acaba de notificárseme que el cargamento del equipaje ha sido depositado. Les recordaré, que el cargamento goza de libre entrada diplomática.

—¿Quién le dijo que fue depositado?

—¡No importa! ¡Tengo mis fuentes!

Aparecieron dos hombres altos, con abotonadas blusas grises.

—¿Es usted el señor Retief, del CDT? —dijo uno.

—El mismo.

—¿Y qué me dice de mi equipaje? —interpuso Gulver—. Le estoy advirtiendo, si esas naves se elevan sin…

—Estos caballeros son de la Comisión de Control de Armamentos —dijo Retief—. ¿Querría usted venir con nosotros y reclamar su equipaje, señor Gulver?

—¿De qué son? Yo… —Gulver se puso un poco más rojo en las orejas—. ¿Armamentos…?

—El único cargamento que he detenido parece ser el arsenal de alguien —dijo Retief—. Ahora bien, si usted sostiene que este es su equipaje…

—Imposible —dijo Gulver con voz tensa—. ¿Armamentos? Ridículo. Ha habido un error.

En el almacén de equipajes, Gulver miró malhumorado a las abiertas cajas de armas.

—No, por supuesto que no —dijo torpemente—. No es mi equipaje. En absoluto.

Apareció Arapoulous, acompañando a la tropezante figura del señor Karsh.

—¿Qué… qué es esto? —farfulló Gulver—. ¿Karsh? ¿Qué ha ocurrido…?

—Sufrió una ligera caída. Se pondrá bien —dijo Arapoulous.

—Más vale que lo ayude a subir a la nave —dijo Retief—. Está pronta para elevarse. No quisiéramos que el hombre la perdiera.

—¡Déjelo para mí! —profirió Gulver con fuerte voz y sus ojos acuchillando a Karsh—. Cuidaré de que sea mantenido a raya.

—No podría pensar en ello —dijo Retief—. Es un invitado del Cuerpo, usted sabe. Lo acompañaremos a bordo para protección.

Retief se volvió e hizo señas frenéticamente y tres hombres de maciza constitución con idénticos trajes parduscos se separaron de la pared y cruzaron hacia el grupo.

—Cojan a este hombre —dijo abruptamente Retief, señalando a Karsh, el cual lo miraba aturdido.

—Tomamos nuestra hospitalidad seriamente —dijo Retief—. Lo acompañaremos a bordo de la nave.

Gulver abrió la boca…

—Me hago cargo de lo apenado que debe estar usted, encontrando armas de fuego en vez de libros de texto en su

equipaje —dijo Retief, mirando a Gulver a los ojos—. Usted estará activo arreglando los pormenores del error, pues estimo deseará evitar nuevas complicaciones.

—Ah… ciertamente —dijo Gulver.

Arapoulous continuó hacia la nave transportadora de pasajeros, luego se volvió e hizo unas señas.

—Su hombre… ¿se va también? —soltó abruptamente Gulver.

—Hablando con propiedad, no es nuestro hombre —dijo Retief —. Vive en Lovenbroy.

—¿Lovenbroy? —Gulver se atoró—. Pero… él… yo…

—Sé que usted dijo que los estudiantes iban para
d'Land
—dijo Retief—. Pero pienso que eso era sólo otro aspecto de la confusión general. El rumbo insertado en las cartas de navegaje era a Lovenbroy. Usted se alegrará de saber que a pesar de ello se dirigen allí, aun cuando sea sin el equipaje.

—Tal vez —dijo ásperamente Gulver—, tal vez se las arreglarán sin éste.

—Sea dicho de paso —dijo Retief—. Hubo otra extraña confusión. Usted recordará que había algunos tractores, para uso industrial. Creo que usted cooperó con Croanie ajustando la concesión por conducto del Embrollo. Fueron erróneamente consignados para Lovenbroy, un mundo puramente agrícola. Le evité alguna dificultad, creo, señor Gulver, disponiendo que los hicieran descargar en
d'Land.

—
¡D'Land!
¿Ha puesto usted el CSU en manos de los más encarnizados enemigos de Boge…?

—Pero no son más que tractores, señor Gulver. Mecanismos pacíficos. ¿No es exacto?

—Es… exacto —Gulver concedió. Luego se irguió de golpe—. ¡Detengan las naves! —gritó—. Anulo el intercambio de estudiantes.

Su voz fue ahogada por el estruendo mientras la primera de las enormes naves transportes salía de la base de lanzamiento, seguida un momento después por la segunda. Retief las observó según se alejaban desapareciendo del alcance de la vista, luego se volvió

hacia Gulver.

—Se van —dijo—. Esperemos que reciban una instrucción liberal.

Retief yacía de espaldas en una baja hierba cerca de un arroyo, comiendo uvas. Una alta figura apareciendo en la loma por encima de él, hizo señas.

—¡Retief! —Hank Arapoulous bajó la cuesta saltando—. He sabido que usted estaba aquí, y tengo noticias para usted. Ganó la final competición de recolección del día. ¡Más de doscientas fanegas! ¡Es un record! Subamos allá a la huerta, ¿eh? Parece que la fiesta está a punto de comenzar.

En la campiña llena de flores, entre las despojadas vides, Retief y Arapoulous se abrieron camino hacia una cargada mesa bajo los fanales. Una alta muchacha de cabello largo y rubio, vestida con una floja prenda blanca, se acercó a Arapoulus.

—Delinda, este es Retief, el ganador de hoy. Y es también el hombre que procuró esos trabajadores para nosotros.

—He oído hablar de usted, señor Retief —dijo Delinda, sonriéndole—. No estábamos seguros con respecto a los muchachos al principio; dos mil bogans, y todos azarados por suequipaje que se extravió. Pero parecía gustarles la recolección… —sonrió otra vez.

—Eso no es todo; a nuestras muchachas les gustaron los mozos —dijo Hank—. Hasta los bogans no son tan malos, desprovistos de sus armas. Muchos de ellos continuarán aquí. Pero ¿cómo es que usted no me dijo que venía, Retief? Habría preparado alguna especie de gran recibimiento.

—Me gustó el recibimiento que tuve. Y no presté mucha atención. El señor Magnan estaba un poco contrariado cuando regresó. Parece ser que rebasé mi autoridad.

—Tenía la sensación de que usted estaba obrando con un poco de libertad, Retief —dijo Arapoulous, riendo—. Espero que no se metería en ninguna dificultad por ello.

—Ninguna dificultad —dijo Retief—. Unas cuantas personas estaban un poco descontentas de mí. Parece ser que no estoy preparado para importantes tareas del nivel ministerial. Fui desembarcado aquí en esos generosos muelles, para que adquiriera

un poco más de experiencia en el ámbito profesional.

—Delinda, cuida de Retief —dijo Arapoulous—. Te veré luego. Tengo que atender a la tarea de juzgar sobre el vino —desapareció entre la gente.

—Felicitaciones por ganar en la competición del día —dijo Delinda—. Lo he observado mientras usted estaba trabajando. Estuvo admirable y me alegro de que vaya a recibir el premio.

—Gracias. Yo la he observado a usted también, deslizándose por ahí con esa ligera prenda. Pero ¿por qué no estaba usted cogiendo uvas con el resto de nosotros?

—Tenía una tarea especial.

—Lástima. Habría tenido una probabilidad de llevarse el premio.

—No me hubiera sido posible, de todos modos —dijo Delinda, cogiendo la mano de Retief—. Yo soy el premio.

… Supliendo el extenso conocimiento de los asuntos con respecto a acciones tan sutiles como la identificación entre significantes grupos locales, y el consiguiente hábil manejo de rivalidades de unos con otros, los funcionarios del Cuerpo del lugar desempeñaron papeles decisivos en la conservación de la tranquilidad interior de muchos mundos lejanos. En Fust, el embajador Magnan dio un empuje en el ejercicio de la técnica…

Vol. VII, Rollo 43,
487 A. E.
(AD 2948).

MEMORIAL

Al otro lado de la mesa frente a Retief, el embajador Magnan manejaba una rígida hoja de pergamino y tenía una grave expresión.

—Este memorial —dijo—, acaba de serme entregado por el agregado cultural. Es el tercero sobre el asunto, esta semana. Se refiere a la cuestión de padrinazgo de los grupos de juventud.

—Para algunos jóvenes —dijo Retief—. Edad media: setenta y cinco años.

—Los fustianos son gente longeva —repuso Magnan—. Estas cosas son relativas. A los setenta y cinco años, un fustiano está en una edad penosa.

—Es cierto; y lo probará todo en la esperanza de lograr un acortamiento.

—Ese es justamente el problema —respondió Magnan—. Pero el Movimiento de Juventud es la noticia importante en la situación política de hoy, aquí en Fust, y el padrinazgo de los grupos de juventud es una sagaz jugada por parte de la embajada terrestre. A mi indicación, casi todos los miembros de la misión han saltado de gozo ante la oportunidad para ganar unos tantos en el juego; es decir, para estrechar las relaciones con este emergente grupo de pujanza: los guías del futuro. Usted, Retief, como consejero, es la notable excepción.

—No estoy seguro de que estos tunantes necesiten mi ayuda organizando sus estruendos —dijo Retief—. Ahora bien, si usted tiene una propuesta para un grupo de control de revoltosos…

—Para los fustianos, esto no es cosa de broma —interrumpió Magnan—. Este grupo —miró al documento de soslayo—, conocido como Sociedad Recreativa Atlética, Cultural y Sexual, o, para

abreviar, SRACS, ha estado esperando padrinazgo por cosa de varias semanas.

—Dando a entender que quieren que alguien les compre un casino, uniformes, equipo, y toda otra cosa que necesiten para conspirar contra la paz en forma —dijo Retief.

—Si no obramos con prontitud, la embajada de Groaci puede muy bien adelantarse a nosotros. Son muy activos aquí.

—Es una idea —dijo Retief—, que lo hagan. Dentro de poco estarán ellos arruinados, en vez de nosotros.

—Tonterías. El grupo necesita un padrino. No puedo realmente ordenar a usted que dé unos pasos adelante. Sin embargo… —Magnan dejó la frase en el aire. Retief arqueó una ceja.

—Por un momento —dijo— pensé que usted iba a hacer una positiva declaración.

—No creo que se encuentre un diplomático con mi experiencia que haga nada tan ingenuo —dijo Magnan. Se reclinó, entrelazando los dedos sobre el estómago.

—Me agradan los fustianos adultos —dijo Retief—. Lástima que tengan que llevar media tonelada de cuerno en la espalda. Me pregunto si la cirugía…

—Por Dios, Retief —farfulló Magnan—. Me asombra que también usted quiera traer a discusión un asunto de tal delicadeza. Las infortunadas peculiaridades físicas de una raza, difícilmente son una adecuada cosa para la curiosidad terrestre.

—Bien, sólo hace un mes que estoy aquí. Pero ha sido una experiencia, señor embajador, que pocas personas sean incapaces de mejorar su naturaleza; de otra manera, uno por ejemplo, estaría tropezando con sus propias barbas.

—Por favor… —Magnan se estremeció—. Nunca mencioné eso a un fustiano.

—Mi propio plan para el día incluye ir a los arsenales —dijo Retief, levantándose—. Quiero examinar algunos rasgos distintivos de esta nueva nave para pasajeros que los fustianos están acoplando. Con su permiso, señor embajador…

—Su preocupación con respecto a lo trivial me turba, Retief —Magnan resopló—. Más interés por cosas esenciales —tales como trabajar con los grupos de juventud— produciría una impresión mucho más buena.

—Antes de comprometerse demasiado con estos grupos, pudiera ser una buena idea averiguar un poco más sobre ellos —dijo Retief —. ¿Quién los organiza? Hay tres fuertes partidos políticos aquí en Fust; ¿cuál es el alineamiento de esta organización, la SRACS?

—Usted olvida, que estos son simplemente muchachitos, por decirlo así —dijo Magnan—. La política no significa nada para ellos… todavía.

—Luego hay los groacianos. ¿Por qué ese vivo interés por un mundo de dos caballos como Fust? Normalmente no se interesan en nada más que el tráfico; ¿y qué tiene Fust que pudieran ellos usar?

—Se puede desechar el aspecto comercial en este caso —dijo Magnan—. Fust posee una vigorosa economía fabril de la edad del acero. Los groacianos apenas los superan.

—Apenas —dijo Retief—. Pero llevan la delantera, con toscas armas atómicas… como bombas de fisión.

—¿Qué mercado existe para tales ingenios en un mundo en paz? —Magnan, moviendo la cabeza, volvió a sus papeles—. Sugiero que dirija la atención al menos ostentoso pero más compensador trabajo de penetrar en las normas sociales de la juventud local.

—He considerado el asunto —dijo Retief—, y antes que entre en trato con cualesquiera de la juventud local socialmente, quiero procurarme una buena cachiporra.

Retief salió del extendido edificio tipo casi-embajada terrestre, llamó a uno de los pesados y lentos coches de plataforma fustianos, y se reclinó contra la barandilla de madera mientras el macizo vehículo rodaba por la ciudad hacia los descollantes soportes para grúas de los astilleros. Era una mañana fresca, con una leve brisa que transportaba el olor de pescado de las viviendas fustianas a través de la ancha avenida empedrada con guijarros. Unos cuantos ya maduros fustianos, andaban pesadamente bajo la sombra de las bajas casas, jadeando de modo perceptible bajo el peso de sus inmensos carapachos. Entre ellos, jóvenes desprovistos de concha trotaban a prisa con escamosas patas de cañón. El conductor del coche de plataforma, un fustiano de la clase trabajadora con la enseña del gremio blasonada en la espalda, alzó la palanca, hizo girar el pesado vehículo y pasaron por las puertas del astillero, parando con un chirrido.

—De este modo subo al astillero con espantosa rapidez —dijo en

fustiano—. Bien conozco la manera de los de espaldas desnudas, los rando con un chirrido.

—Usted debiera aprender a correr como en las carreras de los profesionales —dijo Retief.

Retief atravesó el revuelto cercado y llamó a la puerta de una patética barraca. Unas tablas crujieron en el interior y una puerta giró, aparecieron un anciano con manchadas costras faciales y un caparazón curtido en la intemperie. Atisbó afuera hacia Retief.

—Duerma usted mucho —dijo Retief—. Quisiera echar una ojeada en derredor, si usted no tiene inconveniente en ello. Entiendo que colocan la balanza para la nueva nave de línea hoy.

—Que sueñe usted con los mares —musitó el viejo. Movió un brazo lleno de tocones hacia un grupo de fustianos sin carapacho que estaban cerca de una imponente cabria—. Los jóvenes saben más de bancazas que yo, que sólo cuido del lugar de los papeles.

—Sé cómo se siente usted, antiguo residente —dijo Retief—. Eso se parece a la historia de mi vida. Entre los papeles, ¿tiene usted una serie de planos de la nave? Entiendo que va a ser una nave para transporte de pasajeros.

El viejo hizo una señal de asentimiento. Fue hacia un archivo de diseños arrastrando los pies, sacó un manojo de láminas de un tirón y las extendió sobre la mesa. Retief se mantuvo callado, pasando un dedo por un diseño, trazando líneas…

—¿Qué hace el ser de desnuda espalda aquí? —Gruñó una profunda voz detrás de Retief.

Retief se volvió. Un joven fustiano de amazacotado rostro, envuelto en una capa, estaba junto a la puerta. Unos ojos amarillos parecidos a abalorios, situados entre finas escamas, parecían taladrar a Retief.

—He subido para echar una mirada a la nueva nave de línea —dijo Retief.

—No necesitamos extranjeros fisgones aquí —soltó el joven. Sus ojos se posaron sobre los diseños; silbó con ira.

—¡Pellejo decrépito! —gritó al anciano, dirigiéndose hacia los papeles—. ¡Que lo abruman las pesadillas! ¡Guarde los planos!

—Ha sido una equivocación mía —dijo Retief—. No sabía que esto fuera un proyecto secreto.

El joven vaciló.

—No es un secreto —musitó—. ¿Por qué debiera serlo?

—Ustedes sabrán.

El joven apretó las mandíbulas y balanceó la cabeza de uno a otro lado, con el peculiar gesto fustiano de incertidumbre.

—No hay nada que ocultar —dijo—. Simplemente construimos una nave para transporte de pasajeros.

—Siendo así, usted no tendrá inconveniente en que examine someramente los diseños —dijo Retief—. Quién sabe, quizás algún día necesitaré hacer reservar un juego de piezas para el viaje de salida.

El joven se volvió y desapareció. Y Retief sonrió al viejo.

—Supongo que habrá ido en busca de su hermano mayor —dijo —. Tengo la sensación de que no lograré examinar estos dibujos aquí con tranquilidad. ¿Tiene inconveniente en que los copie?

—De ninguna manera, ser de pies ligeros —dijo el viejo fustiano —. Y mía es la vergüenza por la descortesía del joven.

Retief sacó una diminuta cámara, colocó una lente para fotocopias, hojeó los dibujos, y un momento después se oía el golpe seco del obturador.

—Son una calamidad estos mozalbetes —dijo el viejo—. Se vuelven más malignos día tras día.

—¿Por qué ustedes los mayores no se imponen?

—Ellos son ágiles y nosotros lentos de pies. Y este desasosiego es nuevo; semejante insolencia era desconocida en mi juventud.

—La policía…

—Bah —rugió el anciano—. Los polizontes que tenemos no son dignos del nombre, ni los hemos necesitado antes de ahora.

—¿Qué está detras de ese movimiento juvenil?

—Han encontrado líderes. El maleante Slock es uno. Y temo que tramen iniquidades —el viejo señaló a la ventana—. Vienen y…

Retief, metiendo la cámara en el bolsillo, dio un vistazo a través de la ventana. Un groaciano de rostro pálido, con una cresta primorosamente adornada, acompañaba a dos mozalbetes, los cuales miraron a la barraca, encaminándose hacia ella.

—Ese es el agregado militar de la embajada de Groacia —dijo Retief—. Me preguntó qué estarán tramando él junto con los muchachos.

—Nada que sea de buen agüero para la dignidad de Fust —rugió

el viejo—. Huya, ágil extranjero, mientras atraigo su atención.

—Me estaba marchando ya —dijo Retief—. ¿Por qué salida?

—La puerta trasera —el fustiano hizo gestos con un corto y tieso brazo—. Descanse bien en estas playas —dijo, yendo hacia la entrada.

—Igualmente, amigo —dijo Retief—, gracias.

Pasó por la estrecha puerta trasera, y estuvo esperando hasta que se elevaron unas voces frente de la barraca. Luego fue paseando hacia la barrera.

Había transcurrido una hora de la segunda oscuridad del tercer ciclo, cuando Retief salió de la biblioteca técnica de la Embajada y atravesó el pasillo hacia su despacho. Encendió una luz encontrando una nota metida bajo un pisapapeles.

«Retief: Espero su asistencia a la comida del IAS en la primera oscuridad del cuarto ciclo. Habrá una breve pero, espero, solemne ceremonia de padrinazgo para el grupo de la SRACS, con plena información en la prensa, habiéndomelas arreglado para concluir convenios para ello a pesar de su intransigencia».

Retief resopló y echó un vistazo al reloj, menos de tres horas. El tiempo para ir lentamente a casa en coche de plataforma, vertirse de etiqueta, y volver.

Afuera, hizo señas a un autobús que circulaba pesadamente, se colocó en un ángulo de él, y observó el amarillo sol, Beta, que ascendía por encima de la línea del horizonte. El cercano mar estaba ahora en marea alta, bajo el influjo del sol mayor y las tres lunas, transportando la brisa por una neblina salubre. Retief se levantó el cuello de la chaqueta para protegerse de la humedad. Dentro de media hora estaría sudando bajo los verticales rayos de un sol cercano al mediodía, pero ese pensamiento no cerraba el paso al frío.

Dos mozalbetes se encaramaron a la moviente plataforma pareciendo tener el propósito de dirigirse a Retief. Este se alejó de la barandilla con presteza, observándolos, sin perder el equilibrio.

—Os arrimáis bastante, muchachitos —dijo—. Tenemos mucho espacio en este coche; no hay necesidad de achuchar.

—Hay ciertas películas —musitó el fustiano de la delantera.

Su voz era inusitadamente profunda para un mozalbete. Iba envuelto en una gruesa capa y se movía torpemente. Su

adolescencia tocaba casi a su fin, conjeturó Retief.

—Os lo he dicho ya una vez —insistió Retief—. No me empujéis.

Los dos muchachos se acercaron, sus bocas chasqueando de ira, Retief sacó un pie, lo enganchó detrás de la escamosa pata del mocito de más edad, y echó el peso de su cuerpo contra el encapotado pecho. El desgarbado fustiano se tambaleó cayendo pesadamente. Retief estaba más allá de él y fuera del coche de plataforma antes de que el otro mozalbete hubiera completado su vana arremetida hacia el sitio que había ocupado. El terrestre hizo señas a la pareja alegremente, saltó al interior de otro vehículo, y observó a sus supuestos agresores mientras bajaban del coche con torpeza marchándose con sus menudas cabezas ladeadas, para perseguir la huidiza figura de Retief.

De modo que querían la película. Retief reflexionó, encendiendo un cigarro. Llegaban un poco tarde. La había ya archivado en el depósito de la Embajada, después de sacar una copia para los archivos de referencia. Y un cotejo de los diseños comparados con los del anticuado acorazado de combate Mark XXXV usado doscientos años antes por la Fuerza del Concordato Naval, demostraba ser casi idénticos, incluso emplazamientos de cañones Y el término anticuado era relativo. Una nave que había sido considerada anticuada en los arsenales de las Potencias Galáxicas, podía no obstante, ser la reina de la carrera en la Fuerza Oriental.

Pero ¿cómo habían estos dos mozalbetes tenido conocimiento de la película? No había habido nadie presente, excepto él mismo y el antiguo residente, y Retief estaba dispuesto a apostar a que el viejo fustiano *no les* había dicho nada.

Al menos voluntariamente…

Retief frunció el ceño, lanzó el cigarro por encima del margen, y esperó a que el coche de plataforma rodeara con precaución una tapia; luego bajó y se dirigió hacia el astillero.

La puerta, con los goznes arrancados, había sido apuntalada flojamente. Retief miró alrededor del interior de la barraca. El viejo había ofrecido resistencia.

Había hondos rastros en la tierra detrás de la casucha. Retief los siguió a través del cercado y comprobó que desaparecían bajo la puerta de acero de un almacén.

Echó un nuevo vistazo. En este momento, en la media hora del

cuarto ciclo, los trabajadores estaban tumbados a lo largo del borde de la alberca de refresco, sumidos en sus siestas. Sacando una herramienta de hoja múltiple de su bolsillo, Retief probó varios ajustes en la cerradura; se abrió al fin y pudo entrar.

Fardos apilados aparecieron ante él. Abriendo la menuda lámpara de golpe con el mango de la herramienta de combinación, Retief examinó todo someramente. Una pila de fardos parecía estar fuera de alineamiento, y había sido recogido el polvo del suelo, frente a ella. Metió la lámpara en el bolsillo, trepó sobre los fardos, y examinó un círculo de bultos. El viejo fustiano yacía dentro del círculo, con un grueso saco atado sobre su cabeza. Retief descendió cerca de él, aferró el fuerte cordel, y quitó el saco en seguida.

—Soy yo, viejo —dijo—, el bullicioso extranjero. Siento haberle metido en esto.

El anciano meneó sus nudosas piernas, osciló ligeramente, y luego retrocedió.

—Una maldición sobre la cuna que arrulle los ligeros sueños de sus nenes —rugió—. Pero póngame de nuevo en pie y daré caza al joven Slock, aun cuando huya al más hondo cieno del Mar de los Tormentos.

—¿Cómo lo voy a sacar de aquí? —preguntó Retief—. Quizás no seria conveniente que fuera a buscar ayuda.

—No. Los pérfidos jóvenes abundan aquí —dijo el viejo fustiano —. Sería exponer su vida.

—Dudo que fueran tan lejos.

—¿Que no lo harían? —el fustiano alargó el cuello—. Eche la luz ahí. A no ser por la dureza de mi pellejo…

Retief apuntó el destello de la laureara sobre el coriáceo cuello. Una gruesa embarradura de espesa sangre purpurina brotaba de una incisión. El viejo río entre dientes: era un sonido semejante a una tosidura de foca.

—Me llamaron traidor. Por largo rato me atormentaron, en vano. Luego me ataron y me tiraron aquí. Piensan volver con armas para terminar la tarea.

—¿Armas? Creía que eso era ilegal.

—Su genio malo, el Apacible —dijo el fustiano—, ese daría incentivo al Diablo de los Infiernos.

—Los groacianos otra vez —dijo Retief—. Me pregunto cuál es

su punto de vista.

—Y debo confesarlo: Les informé de usted, antes de que discerniera sus cabales intenciones. Mucho puedo decirle de sus acciones. Pero primero, pido: la polea con aparejo.

Retief encontró la grúa donde el fustiano lo guió, la manipuló convenientemente, enganchó el borde del carapacho, y haló. El inmenso fustiano se elevó lentamente, se balanceó… luego cayó flojamente de bruces. Se levantó despacio.

—Me llamo Whonk, veloz extranjero —dijo—. Mis vacas son suyas.

—Gracias. Yo soy Retief. Me gustaría ver a las muchachas algún día. Pero ahora, salgamos de aquí.

Whonk apoyó su corpulento cuerpo en las gruesas pilas de embalajes de sosa, haciéndolas recular.

—Soy lento para irritarme —dijo—, pero implacable en mi ira. Slock, guárdate…

—Cállese —dijo Retief de repente. Oliscó—. ¿Qué es se olor?

Paseó la luz alrededor, posándola sobre una seca mancha en el suelo. Se puso de hinojos y olisqueó en el sitio.

—¿Qué clase de carga fue apilada aquí, Whonk? ¿Y dónde está ahora?

—Había barriles —dijo Whonk. Pareció reflexionar—. Cuatro de ellos, muy pequeños, pintados de un maligno verde —la peculiaridad de los Pacíficos, los groacianos. Estuvieron aquí un día y una noche. En la plena oscuridad del primer ciclo ellos vinieron con estibadores y los cargaron a bordo del lanchón Moss Rock.

—La lancha para personas muy importantes. ¿Quién está incluido en la lista para usarla?

—No lo sé. Pero ¿qué importa esto? Discutamos las actividades de cargamento después que yo haya saldado una cuenta con ciertos Jóvenes.

—Más vale que continuemos con esto primero, Whonk. Sólo hay una sustancia de que yo tenga conocimiento que es transportada en barriles y huele como esa mancha del suelo. Es la titanita: el explosivo más violento para una pila de uranio.

Beta se estaba poniendo mientes Retief, con Whonk jadeando tras él, subía hacia la garita del centinela junto a la pasarela que conducía al afelpado interior de la lancha oficial Moss Rock.

—Un signo de los tiempos —dijo Whonk, mirando de soslayo adentro del vacío resguardo—. Un guardia debiera mantenerse firme ahí, pero no lo veo. Sin duda se escurrió para dormir.

—Vamos a bordo, y echemos una mirada alrededor.

Entraron en la nave. Suaves luces brillaban en un silencio total. Sobre el pavimento estaba colocada una tosca caja, con rodillos y palancas cerca de ella —una nota discordante en el moderado lujo de la guarnición—. Whonk escudriñó su contenido revolviéndolo todo.

—Es extraño —dijo—. ¿Qué significa esto?

Alzó una manchada capa fustiano de color naranja y verde, un brazalete de metal y una pila de papeles.

—Naranja y verde —musitó Retief—. ¿De quiénes son esos colores?

—No sé… —Whonk miró el brazalete—. Pero esto lleva una inscripción —pasó el fleje de metal a Retief.

—«SRACS» —leyó Retief. Miró a Whonk—. Me parece haber oído ese nombre anteriormente —susurró—. Volvamos a la Embajada, rápidamente.

De regreso en la rampa Retief oyó un ruido… y se volvió a tiempo para agacharse y evitar la embestida de un grueso joven fustiano que pasó fulminando más allá de él, y se agarró al ancho pecho de Whonk, el cual lo aprisionó con un furioso abrazo.

—Buena presa, Whonk. ¿De dónde se escurrió el mozo?

—El patán se escondió allá cerca de la sección de almacenaje —rugió Whonk.

El cautivo mozalbete golpeó inútilmente el carapacho del viejo con los puños y las puntas de sus pies.

—Agárrese a él —dijo Retief—. Parece ser de la clase que muerden.

—No hay que temer. Aunque yo sra desmañado, no estoy sin fuerzas.

—Pregúntele dónde está recogida la titanita.

—Habla, necio desaliñado —gruñó Whonk—, no sea que te parta en dos.

El mozalbete gorgoteó.

—Más vale que lo deje antes que haga un revoltijo de él —dijo Retief.

Whonk levantó al muchacho en vilo, luego lo lanzó con un golpazo que hizo temblar el suelo. El fustiano más joven levantó la vista y miró enfurecido al viejo.

—Este estaba entre los que me ataron y me escondieron para matarme —dijo Whonk—. En su arrepentimiento lo revelará todo a su hermano.

—Es el mismo que trató de trabar conocimiento conmigo en el autobús —dijo Retief—. Ronda por ahí.

El joven, forcejeando con las manos y las rodillas, trataba de escurrirse. Retief fijó un pie sobre la capa que se arrastraba por el suelo; ella se rasgó, soltándose. Retief miró con curiosidad la desnuda espalda del fustiano.

—¡Por el Gran Huevo! —exclamó Whonk, haciendo caer al cautivo echándole la zancadilla mientras este procuraba levantarse —. ¡No es un joven! Ha sido despojado de su carapazón.

—Pensaba que él parecía ser un poco viejo —dijo Retief, mientras miraba a la espalda marcada con cicatrices—. Pero creía…

—Esto no es posible —dijo Whonk, asombrado—. Las grandes líneas de nervios están muy enredadas; ni siquiera el más hábil cirujano podría extirpar el carapacho y dejar al paciente vivo.

—Parece ser que alguien hizo la operación con destreza. Pero llevemos al muchacho con nosotros y salgamos de aquí. Pueden venir sus amigos.

—Demasiado tarde —dijo Whonk.

Retief se volvió. Tres mozalbetes salieron de detrás de los tinglados.

—Bien —dijo Retief—. Parece ser que la SRACS ha destacado sus fuerzas esta noche. ¿Dónde está vuestro compañero? —dijo al avanzante trío—, el pegajoso pequeño pájaro de ojos salientes. Apuesto a que de vuelta a su Embajada, dejándoos a vosotros, primos, con la carga.

—Refugíese detrás de mí, Retief —dijo Whonk.

—Vaya a cogerlos, antiguo residente —Retief se agachó y alzó una de las palancas—. Yo saltaré por ahí y los distraeré.

Whonk soltó un silbante grito y atacó a los inmaturos fustianos. Se desplegaron… uno tropezó, cayendo de bruces con piernas y brazos extendidos. Retief, haciendo girar la barra de metal que había metido entre las patas del fustiano, la abatió de golpe contra

el cráneo de otro, el cual meneó la cabeza, luego se volvió contra Retief… y saltó fuera del casco de acero del Moss Rock mientras Whonk se encargaba de él.

Retief usó la barra contra otra cabeza; su tercer golpe lanzó al fustiano sobre el pavimento, manando sangre. Los otros dos miembros del club se marcharon corriendo, magullados, pero sin embargo ligeros.

—Duras cabezas tienen estos muchachitos —dijo Retief. Se acodó en su tranca, respirando con dificultad—. Estoy deseoso de dar caza a esos dos mozos, pero tengo que manejar otra diligencia. No sé a quién se proponían destruir los groacianos, pero tengo la sospecha de que alguna persona de importancia estaba incluida en la lista para un viaje en aeronave en las próximas horas, y tres barrilitos de titanita bastan para volatilizar a esta cuba y todos los que estén a bordo de ella.

—El plan se ha frustrado —dijo Whonk— Pero ¿qué motivo tenían?

—Los groacianos están detrás de ello. Tengo la idea de que la SRACS no estaba informada de esta jugada.

—¿Cuál de éstos es el jefe? —preguntó Whonk. Aguijoneó a un derribado mozalbete—. Levántate, soñante.

—No se moleste por él, Whonk. Ataremos a estos dos y los dejaremos aquí. Yo sé dónde encontrar al jefe.

Una muchedumbre de estólido aspecto llenaba el salón para festines, un amplio local bajo techo. Retief escudriñó las mesas, buscando las pálidas pompas de rostros terrestres, empequeñecidas por los enormes cuerpos acorazados de los fustianos. Al otro lado de la sala Magnan agitó una mano. Retief se adelantó hacia él. Una vibración de bajo tono llenaba el aire, el rumor de una subsónica música fustiana.

—Siento llegar tarde, señor embajador —dijo Retief, metiéndose en su sitio al lado de Magnan.

—Me da honra que usted quisiera aparecer por cierto —dijo fríamente Magnan. Se volvió hacia el fustiano sentado a su izquierda.

—Ah, sí, señor ministro —dijo—. Agradable, muy agradable. Y alegre.

—Es el Lamento de la Salida del Cascarón, nuestra Endecha

Nacional —el fustiano le miró, con los ojos humedecidos.

—Oh —dijo Magnan—, qué interesante. Un equilibrio de instrumentos muy placentero.

—Es un solo de roncón de gaita —dijo el fustiano, mirando al embajador terrestre suspicazmente.

—¿Por qué no confiesa usted que no puede oírlo? —susurró ruidosamente Retief—. Y si me es permitido interrumpir un momento…

—Ahora que ha llegado nuestro colega el señor Retief —Magnan carraspeó—, quizás podríamos pasar inmediatamente a los ceremoniales de padrinazgo…

—Este grupo —dijo Retief, inclinándose al través de Magnan para hablar al fustiano—, la SRACS… ¿sabe usted mucho acerca de él, señor ministro?

—Nada en absoluto —rugió el enorme fustiano mayor—. Para mi gusto, se debiera tener a todos los jóvenes encerrados con el ganado hasta que criaran un carapacho para domeñar su irresponsabilidad.

—No debemos perder de vista la importancia de encauzar las energías juveniles —dijo Magnan.

—Cuadrillas de mano de obra —dijo el ministro—. En su juventud estábamos obligados por contrato a los patrones de dragado. Yo mismo arrastraba una carreta de cieno.

—Pero en estos tiempos modernos —interpuso Retief—, ciertamente es obligatorio para nosotros hacer dichosas estas preciosas horas.

—La semana pasada tuve una hora preciosa —el ministro resopló—: Me acometieron y me arrojaron papandujo fruto de boñiga.

—Pero esto era simplemente una manifestación de normales frustraciones juveniles —exclamó Magnan—. Su esencial benignidad…

—Uno no encontraría un punto sensible en ese patán de ahí —dijo el ministro, señalando con un tenedor a un recién llegado mozalbete—, aun cuando hiciera agujeros con una perforadora y diera barreno.

—Ese es nuestro invitado de honor —dijo Magnan—, un joven excelente, Slop creo que se llama…

—Slock —dijo Retief—. Nueve pies de ornamento de plancha blindada. Y…

Magnan se levantó, golpeando el vaso ligeramente. Los fustianos se encogieron ante las, para ellos, supersónicas vibraciones, y se miraron unos a otros refunfuñando. Magnan golpeó más fuerte. El ministro retiró la cabeza, los ojos cerrados. Algunos de los fustianos se levantaron y fueron hacia las puertas bamboleando; el nivel del ruido subió, Magnan redobló sus esfuerzos. El vaso se quebró y fresco vino fluyó por el mantel.

—En nombre del Gran Huevo, ¿qué es eso? —musitó el ministro. Parpadeó, aspirando hondamente.

—Oh, perdone —dijo abruptamente Magnan, enjugando el vino.

—Lástima que el vaso cediera —dijo Retief—. En otro minuto usted habría hecho que salieran todos los de la sala, y entonces quizás yo pudiera haber metido una palabra. Usted comprende, señor ministro —dijo, volviéndose hacia el fustiano—, hay un asunto del cual usted debiera tener conocimiento…

—Atención, por favor —dijo Magnan, levantándose—. Veo que ha llegado nuestro excelente joven invitado de honor, y espero que el resto de la comisión estará aquí dentro de un momento. Es un placer para mí proclamar que nuestro colega el señor Retief ha tenido la buena fortuna de ganar en la perspicaz postura para el gozo de patrocinar este exquisito grupo, y…

—No me presente aún —dijo Retief, tirando a Magnan de la manga—. Quiero aparecer de repente… más dramático, usted sabe.

—Bien —susurró Magnan, mirando a Retief de soslayo—, me complace verle entrar en la animación del acontecimiento al fin —restituyó su atención a los reunidos invitados—. Si nuestro invitado de honor quiere unirse a mí en la tribuna… —dijo— Los señores de la prensa quizás quieran sacar unas cuantas instantáneas de la ceremonia.

Magnan salió de su sitio, se abrió paso hacia adelante, subió a la baja tribuna del centro de la amplia sala, y después de ocupar su puesto al lado del ataviado joven fustiano, sonrió hacia las cámaras.

—Cuan agradable es aprovechar esta oportunidad para expresar otra vez el gran placer que tenemos en apadrinar a la SRACS —dijo Magnan, hablando despacio en obsequio de los reporteros, atareados en escribir sus notas—. Quisiéramos creer que en nuestro

modesto modo hemos de ser una parte de todo lo que la SRACS realice durante los años venideros…

Magnan hizo pausa mientras un inmenso fustiano mayor, voluminoso cuerpo, aparecía arriba de los dos bajos peldaños de la tribuna y se acercaba al invitado de honor. Magnan observó mientras el recién llegado se paraba detrás de Slock, el cual estaba atareado devolviendo las persistentes miradas de los espectadores y no prestó atención al recién venido.

Retief se abrió paso a través de la muchedumbre a empujones y subió para encararse con el joven fustiano. Slock le miró azorado, retrocediendo.

—Usted me conoce, Slock —dijo Retief en voz alta—. Un anciano llamado Whonk le informó de mí, poco antes que usted intentara cortarle la cabeza, ¿recuerda? Fue cuando salí para echar una mirada a ese acorazado de combate que ustedes están construyendo.

Con un rugido, Slock trató de coger a Retief; y se paró a medio grito mientras Whonk lo maniataba desde detrás, levantando al joven en vilo.

—Me alegro de que ustedes los reporteros hayan venido por casualidad —dijo Retief a los boquiabiertos periodistas—. Slock, aquí presente, hizo un pacto secreto con un perspicaz funcionario de la Embajada de Groacia. Los groacianos habían de suministrar el material necesario, y Slock, como sobrestante de los astilleros, había de cuidar de que todo fuera adecuadamente instalado. El paso siguiente, supongo, habría sido una toma de posesión de la administración local, seguida de una pequeña guerra interplanetaria con Flamenco o uno de los otros mundos cercanos… para lo cual los groacianos suministrarían con gusto mucha munición.

—¿Está usted loco, Retief? —chilló Magnan, rompiendo su silencio—. Este grupo fue garantizado por el Ministerio de la Juventud.

—Ese Ministerio necesita hace tiempo una purga —dijo Retief. Se volvió hacia Slock—. Me pregunto si usted estaba dentro de la pequeña diversión que fue proyectada para hoy. Cuando el Moss Rock estallara, una diversidad de indicios habían de ser colocados donde fueran fáciles de encontrar… con el nombre SRACS escrito por encima de todos ellos. Los groacianos habrían de este modo

diestramente puesto todo el asunto con entera equidad en el marco de la Embajada Terrestre… cuyo padrinazgo de la SRACS hubiera recibido mucha publicidad.

—¿El Moss Rock? —dijo Magnan—. Pero eso era… ¡Retief! Esto es disparatado. Los de la SRACS mismos tenían un viaje fijado para mañana.

Slock rugió de repente, contorciéndose violentamente. Whonk se balanceó, su mano aflojada… y Slock se soltó y se fue de la tribuna, abriéndose paso a topetazos por entre los arremolinados fustianos mayores, por el pavimento del comedor. Magnan observaba, con la boca abierta.

—Los groacianos estaban jugando una doble partida, como de ordinario —dijo Retief—. Pensaban deshacerse de estos mozos después que ellos pusieran las cosas en marcha.

—Bien, no se esté ahí parado —graznó Magnan—. ¡Haga algo! Si Slock es el cabecilla de una banda de delincuentes… —Él mismo avanzó para dar caza a Slock.

—No salte ahí abajo —gritó Retief por encima del rumor del parloteo, asiendo el brazo de Magnan—. Uno tendría tantas probabilidades de pasar por ahí como una liebre americana por entre un grupo de trilla. ¿Dónde hay un teléfono?

Diez minutos después la muchedumbre había disminuido ligeramente.

—Podemos pasar ya —gritó Whonk—. Por aquí.

Bajó al pavimento y se dirigió hacía la salida precipitadamente. Hubo unos fogonazos de las cámaras. Retief y Magnan sigieron detrás de Whonk.

En la sala de descanso Retief cogió el teléfono; esperó a oír la voz de la telefonista, y dio una letra de clave. No hubo respuesta. Probó otra.

—Es inútil —dijo, después que hubo pasado un minuto entero. Repuso el teléfono con un golpe— Cojamos un coche.

En la calle el azulado sol, Alpha, asomaba como una luz de arco bajo una densa capa de nubes, formando sombras planas en el lodo de la avenida. Los tres subieron a un coche de plataforma que pasaba. Whonk se agachó, posando el peso de su inmensa concha sobre el macizo pavimento de tabla.

—Ojalá yo, también, pudiera perder esta carga, como ha hecho

el pérfido joven que aporreamos a bordo del Moss Rock —dijo suspirando—. Pronto tendré que jubilarme, y un simple guardián de un local de papeles como yo no valdrá más que una losa para el socorro público, con alimentos para una vez al día. Hasta para un hombre de alta posición el retiro no es un gozo. Vale poco más que una losa del Parque de los Monumentos. Una triste perspectiva para los siguientes mil años de uno.

—Ustedes dos continúan hacia el puesto de policía —dijo Retief —. Yo quiero seguir un impulso. Pero no tarden demasiado. Puede que dolorosamente yo tenga razón.

—¿Qué…? —Magnan se estremeció.

—Como usted quiera, Retief —dijo Whonk.

El coche de plataforma rodó más allá de la barrera del astillero; Retief bajó de un brinco y se adelantó con una corrida hacia la lancha para personas muy importantes. El puesto de la guardia todavía estaba vacío. Los dos mozalbetes a los cuales Retief y Whonk dejaran atados habían desaparecido.

—Esa es la inconveniencia de un mundo pacífico —musitó Retief —. No hay protección de policía.

Descendiendo por la alambrada de entrada, se situó detrás de la garita del centinela. Alpha subía más en el cielo, arrojando una brillante luz blanca sin calor. Retief tiritaba.

Hubo un ruido en la cercana entrada, como de dos elefantes que chocaran. Retief miró hacia las puertas. Su enorme conocido, Whonk, había reaparecido y estaba agarrando a un adversario escasamente menos imponente. Una pequeña figura se hizo visible en la rebujiña, apretó a correr hacia la barrera, siendo interceptada por los combatientes titanes, se volvió y se encaminó hacia el opuesto lado del astilllero, Betief estuvo a la expectativa, saltó fuera y aprisionó al huidizo groaciano.

—Bien, Yith —dijo—, ¿cómo van los ardides…? Y perdone la expresión.

—¡Suélteme, Retief! —balbuceó al ser de rostro pálido, su cuello latiendo con agitación—. Los gigantes compiten por el privilegio de desmembrarme.

—Sé cómo se sienten. Veré lo que puedo hacer… por un precio.

—Apelo a usted —susurró roncamente Yith—, como un diplomático, un extranjero, un hombre de lisa espalda.

—¿Por qué no recurre a Slock, como conspirador? —dijo Retief —. Pero estese quieto… y puede salir de ésta vivo.

El más fuerte de los dos bregantes fustianos derribó al otro. El fustiano más menudo yacía de espaldas, desvalido.

—Ese es Whonk, todavía en pie —dijo Retief—. Me pregunto el porqué.

Whonk vino hacia el Moss Rock arrastrando al tendido fustiano. Retief empujó a Yith suficientemente fuera del alcance de la vista, detrás de la garita del centinela.

—Más vale que se esté quieto, Yith. No trate de escurrirse; puedo aventajarlo corriendo. Permanezca aquí y veré lo que puedo hacer —saliendo, llamó a Whonk.

Resoplando como una máquina de vapor, Whonk se paró delante de Retief.

—¡Salud, Retief! —dijo jadeando—. Usted siguió un impulso interior; yo hice lo mismo. He percibido algo extraño en este tipo mientras pasábamos cerca de él en la avenida. Lo he observado y seguido hasta aquí. ¡Es Slock, metido en un gastado carapacho! Ahora se aclaran muchas cosas.

—De modo que los mozalbetes no son todos tan jóvenes como parecen —Retief silbó—. Alguien ha estado aventajando al resto de ustedes los fustianos.

—El apacible —dijo Whonk—. Usted lo ha tenido por los tacones, Retief. Lo he visto. Muéstrelo ya.

—Aguarde un momento, Whonk. No beneficiará a usted…

—¡Debo vengarme! —rugió Whonk, parpadeando vivamente—. ¡Pondré a prueba la contextura del Apacible! Sus pulposos restos serán rayados por las arandelas de la rampa y enviados a su país en botellas.

Retief giró al oír un ruido, alcanzó al fustiano que se escabullía, y lo arrastró de nuevo hacia Whonk.

—Depende de usted, Whonk —dijo—. Sé qué ritual tan importante es la venganza para ustedes los fustianos.

—¡Piedad! —siseó Yith, los globos de sus ojos moviéndose con angustia—. Pido inmunidad diplomática.

—Yo no soy ningún diplomático —rugió Whonk—. A ver; supongamos que empiece con uno de sus obscenos ojos —alargó el brazo…

—Tengo una idea —dijo brillantemente Retief—. ¿Cree usted —sólo por esta vez— que podría renunciar a la venganza de ritual si Yith prometiera hacer arreglos para que una Misión Quirúrgica Groaciana quitara el carapacho a ustedes los fustianos mayores?

—Pero —protestó Whonk—, esos ojos; qué placer arrancarlos, uno a uno…

—Sí —siseó Yith—, lo juro; nuestros cirujanos más expertos… pelotones de ellos, con el equipo más excelente.

—He fantaseado respecto a cómo sería colocarse sobre éste, sentirlo despachurrarse bajo la masa de mi cuerpo…

—Ligero como una pluma danzará usted —susurró Yith—. Sin concha brincará con el gozo de renovada juventud…

—Quizás un sólo ojo —dijo Whonk—. Eso le dejaría cuatro…

—Sea una broma —dijo Retief.

—Bien.

—Es un trato, pues —dijo Retief—. Yith, bajo su palabra como diplomático, extranjero, y una persona de lisa espalda, usted instituirá la misión. La habilidad quirúrgica groaciana es un artículo de exportación que les producirá más ganancia líquida que los armamentos. Será un honor para usted si la trae, Y en compensación, Whonk no se sentará sobre usted. Además, yo no presentaré acusaciones en su contra por ingerencia en los asuntos internos de un mundo libre.

Detrás de Whonk hubo un meneo. Slock, librándose del caparacho que se había apropiado, se levantó con esfuerzo… a tiempo para que Whonk lo agarrara, lo levantara en alto, y se dirigiese a la entrada del Moss Rock.

—Eh —gritó Retief—. ¿Adonde va usted?

—No quisiera negar a éste su recompensa —voceó Whonk—. Él esperaba navegar con lujo; que sea así.

—Aguarde —dijo Retief—. ¡Esta cuba está cargada de titanita!

—No me cierre el paso, Retief. Porque éste en verdad me debe una venganza.

Retief observaba mientras el inmenso fustiano llevaba su enorme carga rampa arriba y desaparecía en el interior de la nave.

—Creo que Whonk habla en serio —dijo a Yith, el cual se movía flojamente aprisionado por las manos de Retief, la totalidad de los cinco ojos abriéndose mucho—. Y es demasiado imponente para

que yo lo pare, una vez que pone su atención en algo. Pero quizás sólo quiere asustarlo.

Whonk reapareció, solo, y bajó.

—¿Qué ha hecho usted con él? —dijo Retief.

—Más vale que nos vayamos —dijo Whonk—. El radio de destrucción de la ráfaga es de cincuenta yardas.

—Quiere usted decir…

—Los mandos están fijados para Groacia. Que él duerma mucho.

—Fue un gran estallido —dijo Retief—, pero supongo que usted lo vio también.

—No, caramba —dijo Magnan—. Cuando reconvine a Hulk, o Whelk…

—Whonk.

—… el rufián me metió en un callejón, envuelto en mi propia capa, Muy ciertamente mencionaré la afrenta en una nota al ministro —Magnan lo apuntó en un bloc de papel.

—¿Y qué me dice usted de la misión quirúrgica?

—Un ofrecimiento muy generoso —respondió Magnan—. Francamente, quedé atónito. Pienso que quizás hayamos juzgado a los groacianos con demasiada severidad.

—Tengo noticias de que el Ministerio de la Juventud ha tenido una agitada mañana por ello —dijo Retief—. Y corren muchos rumores al efecto de que los Grupos de Juventud salen.

—He… —Magnan carraspeó y revolvió unos papeles—, he explicado a la prensa que el… de anoche…

—El fiasco.

—… que el asunto de anoche era necesario para colocar a los delincuentes en una insostenible posición. Por supuesto, en cuanto a la portantes y la sospechada muerte de ese hombre, Slock…

—Los fustianos comprenden —dijo Retief— Whonk no estaba bromeando tocante a una venganza de ritual. Yith tuvo suerte; de hecho, no había derramado sangre. En tal caso ningún regateo lo habría salvado.

—Los groacianos han sido culpables de un grosero abuso del privilegio diplomático —dijo Magnan—. Creo que una nota, o quizás un memorial, menos convencional…

—El Moss Rock iba para Groacia —dijo Retief—. Estaba ya en su órbita de tránsito cuando estalló. Los fragmentos más grandes

debieran llegar en el plazo de un mes o cosa así. Ello proporcionaría una admirable lluvia de meteoritos. Creo que eso debiera ser toda la ayuda que necesiten las «memoires» de Groacia para mantener sus tentáculos fuera de Fust.

—Pero el trato diplomático…

—Luego, también, cuanto menos se ponga eso por escrito, menos lo pueden culpar a uno, si algo va mal.

—Hay eso, por supuesto —dijo Magnan, los labios fruncidos—. Ahora usted está pensando por inducción, Retief. Podemos hacer un diplomático de usted, todavía —sonrió abiertamente.

—Tal vez. Pero no quiero dejar que ello me deprima —Retief se levantó—. Me tomaré unas semanas de descanso… si usted no pone objeciones, señor embajador. Mi compañero Whonk me quiere mostrar una isla abajo en el sud donde la pesca es excelente.

—Pero van a aparecer unos asuntos sumamente importantes —dijo Magnan—. Estamos pensando apdrinar los Grupos de Ciudadanos Mayores.

—No cuente conmigo. Los Grupos me ponen malo.

—Qué observación más asombrosa, Retief. Al fin y al cabo, nosotros mismos los diplomáticos somos un grupo.

—Ah, ah —dijo Retief—. Eso es lo que justamente quiero decir.

… No monigotes que fueran influidos por superficiales apariencias, sino dedicado personal del Cuerpo en el campo profesional, persistentemente aplicaron los ilustrados conceptos desarrollados en la oficina principal del Cuerpo Diplomático por grupos de alto nivel y penetración de pensamiento que se afanaron incesantemente en los antros subterráneos para unir en un todo homogéneo el espíritu de la amistad entre la Comunidad de Seres Interplanetaria. Nunca se mostró mejor la eficacia de una estrecha armonía cultural, unida al trabajo de equipo de la Misión, que en el fiel desempeño de la auxiliar administrativa Yolanda Meuhl, cónsul suplente en Groacia, manteniendo la posición del Cuerpo sentada por su predecesor el cónsul Whaffle…

Vol. VIII, rollo 98.
488 A. E.
(AD 2949).

POLÍTICA

El cónsul para los Estados Terrestres —dijo Retief—, presenta sus cumplidos, etcétera, al Ministerio de Cultura de la Autonomía Groaciana, y, con respecto a la invitación del Ministerio para asistir a una sesión de pantomima, tiene el honor de enviar sus excusas por serle imposible…

—No se puede rehusar esta invitación —dijo llanamente la auxiliar administrativa Meuhl—. Haré que se acepte con gusto.

—Señorita Meuhl —dijo—, en las últimas dos semanas he asistido, y estado sentado hasta el fin del espectáculo, a seis conciertos ligeros, cuatro ensayos de música de salón, y Dios sabe cuántas fiestas de arte popular de todas clases. He estado atado todas las horas libres del servicio, desde que llegué aquí.

—No se puede disgustar a los groacianos —dijo vivamente la señorita Meuhl—. El cónsul Whaffle jamás habría…

—Whaffle salió de aquí hace tres meses —dijo Retief—, dejándome a mi encargado.

—Bien —dijo la señorita Meuhl, abriendo de golpe el dictáfono —. Estoy segura de que no sé qué excusa puedo dar al ministro.

—No se preocupe por las excusas. Sólo dígale que no estaré allí —Retief se levantó.

—¿Sale de la oficina? —La señorita Meuhl se ajustó las gafas—. Tengo aquí unas cartas importantes para que las firme.

—No recuerdo haber dictado cartas hoy, señorita Meuhl —dijo Retief, poniéndose de un tirón una capa corta, de color claro.

—Las he redactado por usted. Son exactamente como las habría querido el cónsul Whaffle.

—¿Redactaba usted todas las cartas de Whaffle por él, señorita Meuhl?

—El cónsul Whaffle era un hombre sumamente atareado —dijo tiesamente la señorita Meuhl— Tenía completa confianza en mí.

—Como estoy excluyendo la cultura de aquí en adelante, yo no estaré muy atareado.

—¡Bien! ¿Puedo preguntar dónde estará usted por si aparece algo?

—Voy a los Archivos del Departamento de negocios extranjeros.

—¿Para qué? —La señorita Meuhl parpadeó tras las gruesas gafas.

—Hace cuatro años que usted está aquí en Groacia, señorita Meuhl —dijo Retief, mirándola de un modo pensativo—. ¿Qué estaba detrás del golpe de estado que colocó al actual gobierno en el poder?

—Estoy segura de que no me he entremetido…

—¿Y qué me dice usted de ese crucero terrestre, el que desapareció en esta ruta unos diez años atrás?

—Señor Retief, esas son justamente la clase de preguntas que evitamos con los groacianos. Ciertamente espero que usted no estará pensando en inmiscuirse abiertamente…

—¿Por qué?

—Los groacianos son una raza muy sensible. No acogen con gusto a los humanos de otros mundos que escudriñan las cosas. Han sido lo suficiente benévolos para dejarnos borrar el hecho de que los terrestres los expusieron a una honda humillación en una ocasión.

—¿Quiere usted decir cuando vinimos buscando el crucero?

—Yo, por una parte, me avergüenzo de la despótica táctica que se empleó, atormentando e interrogando a esta inofensiva gente como si fueran criminales. Procuramos no volver a abrir esa herida, señor Retief.

—¿No encontraron el crucero, eh?

—Ciertamente, no en Groacia.

—Gracias, señorita Meuhl —dijo Retief, inclinando la cabeza—. Estaré de vuelta antes de que usted cierre el despacho.

Atisbando por la enrejada ventanilla, el groaciano de rostro pálido emitió un angustiado sonido gutural.

—No se puede entrar en los Archivos —dijo con su débil voz—. Denegación de permiso. Hondo sentimiento del archiverso.

—La importancia de mi tarea aquí —dijo Retief, articulando el glotal lenguaje con dificultad—. Mi interés en la historia local.

—La imposibilidad de entrada para los de otros mundos. Marcharse quietamente.

—La necesidad de que yo entre.

—Las específicas órdenes del archivero —la voz del groaciano se elevó a un susurro—. No insistir más. ¡Abandonar esta idea!

—Está bien, pellejudo, sé cuándo soy vencido —dijo Retief en el idioma terrestre—, narizlimpia.

Afuera, Retief se paró por un momento, y estuvo mirando al otro lado, las fachadas de estuco sin ventanas, sumamente esculpidas, que guarnecían la calle; luego salió en dirección del Consulado Terrestre General. Los pocos groacianos de la calle lo miraban furtivamente, y se desviaban para evitarlo mientras pasaba. Frágiles vehículos de altas ruedas andaban silenciosamente a lo largo del liso pavimento. El aire era puro y fresco. En el despacho la señorita Meuhl estaría esperando con otra lista de quejas. Retief examinó la obra de escultura por encima de las abiertas puertas a lo largo de la calle. Una primorosa muestra destacada con pintura que tiraba a rosado parecía indicar el equivalente groaciano de un bar. Retief entró.

Un mozo groaciano que distribuía potes de barro con bebida alcohólica, desde el hoyo del mostrador en el centro de la sala, miró a Retief, luego paró de repente a medio movimiento, un tubo de metal suspendido por encima de un pote que estaba esperando.

—Una bebida refrescante —dijo Retief en groaciano, agazapándose en un lado del mostrador, para probar un genuino brebaje groaciano.

—No para gozar de mis pobres ofrecimientos —musitó el groaciano—. Dolor en las cavidades digestivas. Expresar sentimiento.

—No preocuparse —replicó Retief—. Echarla y dejarme juzgar si me gusta.

—Ser recogida por los mantenedores de la paz para envenenamiento de… los extranjeros —El mozo del mostrador miró alrededor buscando apoyo, pero sin resultado. Los clientes groacianos, su atención en otra parte, eran ajenos a la conversación.

—Sacar la muestra —dijo Retief, poniendo una gruesa moneda

de oro dentro del habilitado plato—. Mover un tentáculo.

—Traer una jaula —gritó una débil voz desde las andanas laterales—. Exhibir la rareza.

Retief se volvió. Un alto groaciano hacía oscilar las mandíbulas con un gesto de desprecio. Por la azulada coloración del cuello era evidente que el individuo estaba ebrio.

—Sofocarse en la cavidad superior —siseó el mozo del mostrador, extendiendo su mirada hacia el borracho—. Callarse, compañero de desorden de haraganes.

—Tragar su propio veneno, dispensador de vileza —susurró el borracho—. Buscar una adecuada jaula para este tipo del jardín zoológico —hizo señas hacia Retief—. Exhibir a éste en las calles, como todas las monstruosidades.

—¿Ha visto muchas monstruosidades como yo, eh? —preguntó curiosamente Retief.

—Hablar inteligiblemente, hediondo habitante de otro mundo —dijo el borracho.

El mozo del mostrador dijo algo cuchicheando y dos clientes se acercaron al borracho, asieron sus brazos, y lo ayudaron a encaminarse hacia la puerta.

—¡Traed una jaula! —chillaba el borracho—. Tener a los animales en su lugar…

—He mudado de opinión —dijo Retief al mozo del mostrador—. Estar sumamente agradecido, pero tener que salir de prisa ahora.

Retief siguió al borracho hasta afuera de la entrada. Los otros groacianos, soltando al molestador, regresaron apresuradamente. Retief miró al tambaleante individuo.

—Marcharse, monstruosidad —susurró el groaciano.

—Ser compañeros —dijo Retief— Ser benévolos para con las bestias.

—Haberlo arrastrado a usted hacia un matadero, hediondo ganado extranjero.

—No encolerizarse, fragante nativo —dijo Retief—. Permitirme ser camarada suyo.

—¡Huir antes de que lo apalee!

—Echar un trago juntos.

—No tolerar semejante insolencia.

El groaciano avanzó hacia Retief. Retief retrocedió.

—Estrecharnos la mano —dijo Retief—. Ser camaradas…

El groaciano trató de cogerlo, pero erró. Un transeúnte pasó cerca de él, con la cabeza baja, y apretó a correr. Retief, introduciéndose en la abertura de un estrecho atajo, ofreció nuevas familiaridades al borracho, el cual siguió, furioso. Retief lo rodeó, le agarró el cuello de la chaqueta y dio un tirón. El groaciano cayó de espaldas. Retief se mantuvo frente a él. El derribado nativo se levantó a medias; Retief puso un pie sobre su pecho y apretó.

—No ir a ninguna parte por unos minutos —dijo—. Permanecer aquí mismo y tener unagradable y larga conversación.

—¡Ya está usted aquí! —dijo la señorita Meuhl, mirando a Retief por encima de las gafas—. Hay dos señores esperando para verle. Unos señores groacianos.

—Hombres del gobierno, imagino. Los avisos circulan aprisa —Retief se quitó la capa—. Esto me ahorra la molestia de hacer otra visita al Departamento de negocios extranjeros.

—¿Qué ha estado haciendo? Esos señores parecen estar muy conturbados, no me importa decírselo.

—Estoy seguro que no. Venga conmigo, y traiga un registrador oficial.

Dos groacianos, que llevaban gruesas viseras y primorosos adornos de cresta indicativos de categoría, se levantaron mientras Retief entraba en la sala. Ninguno de los dos ofreció un cortés chasquido de las mandíbulas, notó Retief; bien, estaban furiosos.

—Soy Fith, del Negociado Terrestre, Departamento de negocios extranjeros —dijo el groaciano más alto, en ceceoso terrano—. ¿Puedo presentar a Shluh, de la Policía Interior?

—Siéntense, caballeros —dijo Retief.

Los groacianos reocuparon sus asientos. La señorita Meuhl rondaba nerviosamente, luego se sentó en el borde de una silla.

—Oh, es un placer tan grande… —empezó.

—No se moleste en eso —dijo Retief—. Estos caballeros no han venido aquí hoy para sorber té.

—Cierto —chirrió Fith—. Francamente, he recibido un informe muy inquietante, señor cónsul. Pediré a Shluh que lo refiera —hizo una seña al jefe de policía.

—Hace una hora —dijo Shluh—, fue llevado al hospital un groaciano nacional que sufría de serias contusiones. El

interrogatorio de este individuo ha revelado que había sido acometido y golpeado por un extranjero; un terrestre, para ser exactos. La investigación hecha por mi Departamento indica que la traza del delincuente empareja estrechamente con la del cónsul terrestre…

La señorita Meuhl resolló de un modo perceptible.

—¿Ha oído hablar alguna vez —dijo Retief, mirando fijamente a Fith— de un crucero terrestre, la nave ISV Terrific, que desapareció en este sector hace nueve años?

—¡Realmente! —exclamó la señorita Meuhl, levantándose—. Yo me lavo las manos…

—Sólo mantenga ese registrador en funcionamiento —dijo Retief con voz fuerte.

—No quiero ser partícipe…

—Usted hará lo que le mandan, señorita Meuhl —dijo sosegadamente Retief—. Le ordeno que haga un sellado registro oficial de esta conversación.

La señorita Meuhl se sentó.

—Usted vuelve a abrir una vieja herida, señor cónsul —profirió Fith con indignación—. Ello nos recuerda cierto trato ilegal en manos de terrestres.

—Bazofia —dijo Retief—. Esa canción pasó con mis predecesores, pero me hiere con un áspero tono.

—Todos nuestros esfuerzos —dijo la señorita Meuhl—, para borrar ese terrible episodio; y usted…

—¿Terrible? Entiendo que un Defensor de la Paz Terrestre se mantuvo a distancia de Groacia y envió a una delegación para hacer preguntas. Recibieron unas respuestas extrañas y continuaron ahí para ahondar un poco. Después de una semana, se marcharon. Algo fastidioso para ustedes los groacianos, si eran inocentes…

—¡Si eran! —prorrumpió la señorita Meuhl.

—Realmente —dijo Fith, su débil voz temblante—. Debo protestar contra sus…

—Ahorre sus protestas, Fith. Ustedes tienen que dar alguna explicación, y no creo que su relato sea bastante válido.

—Es usted el que tiene que dar explicaciones; esta persona que fue golpeada…

—Golpeada, no; sólo sacudida unas cuantas veces para que

hiciera memoria.

—Luego, usted reconoce…

—Surtió efecto, además. El hombre recordó muchas cosas, una vez que puso su atención en ello.

Fith se levantó; Shluh siguió el ejemplo.

—Pediré su inmediata retirada, señor cónsul. Si no fuera por su inmunidad diplomática, haría…

—¿Por qué cayó el gobierno, Fith, poco después que la Fuerza de Faena hiciera su visita, y antes de la llegada de la primera misión diplomática terrestre?

—Esto es un asunto interno —exclamó Fith, en su débil voz groaciana—. El nuevo régimen se ha mostrado sumamente amable con ustedes los terrestres; se ha excedido a sí mismo…

—… para mantener al cónsul terrestre y su cuerpo en la ignorancia —dijo Retief—, y lo mismo favorece a los pocos hombres de negocios terrestres a los cuales ustedes han concedido el visado. Una continua ostentación de cultura; pero no hay contactos sociales fuera del círculo diplomático; permisos de viaje para visitar regiones distantes o su satélite…

—¡Basta! —Las mandíbulas de Fith temblaron con zozobra—. No puedo hablar másde este asunto.

—Usted me hablará, o habrá un escuadrón de Defensores de la Paz aquí dentro de cinco días para discutir la cosa —dijo Retief.

—Usted no puede… —dijo la señorita Meuhl con voz entrecortada.

Retief dirigió una firme mirada a la señorita Meuhl. La auxiliar administrativa cerró la boca. El groaciano se sentó.

—Respóndame a esto —dijo Retief, mirando a Shluh—. Unos años atrás —nueve, para ser exactos— se hizo una pequeña cabalgata aquí. Prendieron a unas criaturas de raro aspecto, y después de enjaularlas como animales, fueron exhibidas al apacible público groaciano. Arrastradas por las calles. Muy educativo, sin duda. Un espectáculo de alta cultura.

»Cosa extraña en estos animales: llevaban vestidos, parecían comunicarse unos con otros. En conjunto, una exhibición muy divertida.

—Dígame, Shluh, ¿qué les ocurrió a esos seis terrestres después que se concluyera la cabalgata?

Fith hizo un apagado ruido, luego habló rápidamente a Shluh en groaciano. Shluh, apartando la vista, se encogió en su asiento. La señorita Meuhl abrió la boca, pero no dijo nada.

—¿Cómo murieron? —soltó Retief—. ¿Los degollaron ustedes, les dieron un balazo, los enterraron vivos? ¿Qué divertido fin hallaron para ellos? Indagación, tal vez. Abrirlos cortando para descubrir qué los hacía gritar…

—No —dijo Fith con voz entrecortada—. Debo rectificar esta terrible falsa impresión en seguida.

—Falsa impresión, diablo —dijo Retief—. Eran terrestres; una simple narco-interrogación sacaría eso de cualquier groaciano que viera la cabalgata.

—Sí —dijo débilmente Fith—. Es cierto, eran terrestres. Pero no hubo ninguna matanza…

—¿Están vivos?

—¡Ay!, no. Mu… murieron.

—Comprendo —dijo Retief—. Murieron.

—Procuramos mantenerlos vivos, por supuesto; pero no sabíamos qué alimentos…

—No se tomaron la molestia de averiguarlo.

—Enfermaron —dijo Fith—. Uno a uno…

—Trataremos de ese asunto luego —dijo Retief—. Ahora mismo, quiero más información. ¿Dónde los cogieron? ¿Dónde escondieron ustedes la nave? ¿Qué le ocurrió al resto de la tripulación? ¿Enfermaron antes de la gran cabalgata?

—¡No había más! ¡Absolutamente, se lo aseguro!

—¿Perecieron con el aterrizaje de golpe?

—No hubo aterrizaje de golpe. La nave descendió intacta, al este de la ciudad. Los… terrestres… estaban ilesos. Naturalmente, los temíamos; eran extraños para nosotros. Nunca antes habíamos visto seres semejantes.

—¿Salieron ellos de la nave con armas flameantes, eh?

—¿Armas de fuego? No, No, nada de eso…

—Levantaron las manos, ¿no? ¿Pidieron auxilio? Ustedes los socorrieron; los socorrieron muchísimo.

—¿Cómo podíamos saberlo? —gimió Fith.

—Quiere decir que cómo podían saber que aparecería una flotilla dentro de unos meses buscándolos, ¿no? Eso fue un

sobresalto, ¿no es verdad? Quiero apostar a que estuvieron muy activos escondiendo la nave, y aprisionando a todos. Temiendo una inmediata visita, ¿eh?

—Teníamos miedo —dijo Shluh—. Somos una gente sencilla. Temíamos a los extraños seres de la nave extranjera. No los matamos, pero considerábamos que lo mismo daba que ellos… no sobrevivieran. Luego, cuando llegaron las naves de guerra, nos dimos cuenta de nuestro error, pero temíamos hablar. Hicimos una purga en el grupo de los jefes culpables, ocultamos lo que había ocurrido, y… ofrecimos nuestra amistad. Invitamos a la apertura de relaciones diplomáticas. Hicimos un desatino, es cierto, un gran desatino, Pero hemos procurado dar cumplida satisfacción…

—¿Dónde está la nave?

—¿La nave?

—¿Qué hicieron ustedes con ella? Era demasiado grande para marcharse y olvidarse de ella. ¿Dónde está?

Los dos groacianos cambiaron unas miradas.

—Deseamos mostrar nuestra contricción —dijo Fith—. Le enseñaremos la nave.

—Señorita Meuhl —dijo Retief—. Si no vuelvo dentro de un razonable espacio de tiempo, envíe ese registro, sellado a la oficina principal del sector —se levantó y miró a los groacianos.

—Vámonos —dijo.

Retief se encorvó bajo los gruesos maderos que circundaban la entrada de la caverna y atisbo en la oscuridad el curvo flanco del casco quemado en el espacio.

—¿Hay alguna luz ahí dentro? —preguntó.

Un groaciano empujó un conmutador y brotó un tenue brillo azulado. Retief anduvo a lo largo del elevado y estrecho pasaje de madera, examinando la nave. Vacíos emplazamientos estaban abiertos como grandes bocas debajo de escrutadores ojos sin gafas. En lo interior de la entreabierta portilla de entrada era visible una extensión de cubierta en desorden. Hacia la proa estaba la inscripción «IVS Terrific B7 New Terra», estampada con letras de una fuerte y resistente aleación de cromo.

—¿Cómo lograron entrarla aquí? —preguntó Retief.

—Fue arrastrada desde el punto de aterrizaje, distante unas nueve millas —dijo Fith, su voz más delgada que nunca—. Esto es

una hendedura natural; la nave fue bajada adentro de ella y techada por encima.

—¿Cómo la resguardaron de modo que no la hallaron los detectores?

—Todo aquí es mineral de hierro de alto grado —dijo Fith, haciendo una seña con la mano—. Vastos filones de metal casi puro.

—Pasemos adentro.

Shluh se adelantó con una lámpara portátil. El grupo entró en la nave. Retief trepó por una estrecha escalera de la cámara y echó un vistazo al interior del compartimiento de control. El polvo formaba una gruesa capa en la cubierta, los puntales donde habían sido montadas las yacijas para protegerse de la aceleración, los vacíos tableros de los instrumentos, el revoltijo de hundidos cerrojos, y sobre todo trozos de alambre y pedacitos de papel. Una especie de delgada escarcha de herrumbre empañaba el descubierto metal, donde cortantes hachas habían tajado el grueso resguardo. Había un tenue olor de añejos colchones y vieja ropa de cama.

—La cabina de carga… —empezó Shluh.

—He visto bastante —dijo Retief.

Silenciosamente, los groacianos mostraron el camino de regreso a través del socavón y salieron a la luz del sol, ya avanzada la tarde. Mientras subían la cuesta hacia el coche de vapor, Fith se situó al lado de Retief.

—En verdad, espero que esto sea el fin de este infortunado asunto —dijo—. Ahora que entera y honestamente se ha enseñado todo.

—Puede omitir todo eso —dijo Retief—. Ustedes llegan nueve años tarde. Me figuro que la tripulación estaba todavía viva cuando apareció la Fuerza de Faena. Ustedes los mataron —o los dejaron morir— más bien que correr el albur de confesar lo que habían hecho.

—Fuimos culpables —dijo abyectamente Fith—. Ahora sólo deseamos amistad.

—El Terrific era un fuerte crucero, una nave de unas veinte mil toneladas —Retief miró ásperamente al delgado funcionario del Departamento de Negocios Extranjeros—. ¿Dónde está, Fith? No quiero asignarle el valor de una lancha salvavidas de cien toneladas.

Fith movió los ojos tan violentamente que se desprendió un

ocular.

—No sé nada de… de…

Se paró. Su cuello osciló rápidamente mientras él se esforzaba por conservar la calma.

—Mi gobierno no puede tomar en consideración nuevas acusaciones, señor cónsul —dijo finalmente—. He sido enteramente sincero con usted, he tolerado indagara en asuntos que no están justamente dentro de su esfera de responsabilidad. Mi paciencia ha llegado al límite.

—¿Dónde está esa nave? —profirió vivamente Retief—. No lo sabe, ¿en? Todavía está convencido de que puede ocultar toda la cosa y olvidarla. Le digo a usted que no puede.

—Regresamos a la ciudad ahora —dijo Fith—. No puedo hacer más.

—Usted puede y lo hará, Fith —dijo Retief—. Me propongo llegar a la verdad de este asunto.

Fith habló a Shluh en rápido groaciano. El jefe de policía hizo algunos gestos a sus cuatro agentes armados. Los hombres avanzaron para cercar a Retief.

—No lo intenten —dijo Retief, mirando a Fith—. Sólo se enredarán más.

Fith hizo chasquear las mandíbulas airadamente, los globos de los ojos ladeados hacia el terrestre agresivamente.

—Por deferencia a su posición diplomática, terrestre, pasaré por alto sus injuriosas deducciones —dijo Fith con un tono de voz fino y agudo—. Ahora regresaremos a la ciudad.

—Ciertamente —dijo Retief, mirando a los cuatro polizontes—. Examinaremos los detalles luego.

Fith lo siguió dentro del coche y se sentó tiesamente en el distante extremo del asiento.

—Le aconsejo que permanezca muy cerca de su Consulado —dijo Fith—. Que eche ideas de su mente, y se goce en los aspectos culturales de la vida en Groacia. Especialmente, yo no me aventuraría a salir de la ciudad, o aparecer excesivamente curiosos sobre asuntos de interés sólo para el gobierno groaciano.

En el asiento delantero, Shluh miraba directamente al frente. El deficientemente impulsado vehículo, se movía a sacudidas y se ladeaba a lo largo de la estrecha carretera. Retief escuchaba en

silencio los rítmicos resoplidos del motor.

—Señorita Meuhl —dijo Retief—, quiero que escuche cuidadosamente lo que le voy a decir. Tengo que irme rápidamente ahora, para coger a los groacianos desprevenidos.

—Estoy segura que no sé de qué está usted hablando —soltó la señorita Meuhl, los ojos penetrantes tras las gruesas gafas.

—Si quiere escuchar, puede descubrirlo —dijo Retief—. No tengo tiempo que perder, señorita Meuhl. No esperarán un paso inmediato, confío, y eso puede darme la libertad que necesito.

—Todavía está usted resuelto a hacer un problema de ese incidente —la señorita Meuhl resopló—. Realmente apenas puedo culpar a los groacianos, no son una raza sofisticada, nunca antes habían visto extranjeros.

—¡Usted está dispuesta a perdonar mucho, señorita Meuhl! Pero eso no es lo que ocurrió nueve años ha por lo que me intereso. Es lo que está ocurriendo ahora. Le he dicho a usted que no era más que una lancha salvavidas que los groacianos tienen escondida. ¿No comprende la implicación? Esa embarcación no podía haberse alejado; la nave crucero misma debe estar en alguna parte, cerca. Quiero saber dónde está.

—Los groacianos no lo saben. Son una gente muy culta y bien nacida. Usted puede hacer irreparable daño al buen nombre de los terrestres si insiste…

—Estamos perdiendo tiempo —dijo Retief, mientras atravesaba la sala hacia el escritorio, abría un cajón, y sacaba un perforador de delgado cañón.

—Esta oficina está siendo vigilada; no muy eficientemente, aunque conozco a los groacianos. Creo que puedo adelantarme a ellos bien.

—¿Adonde va usted con… eso? —La señorita Meuhl miró azorada al perforador—. ¿Qué diablos…?

—Los groacianos no perderán tiempo y destruirán todo pedazo de papel de sus archivos que se relacione con este asunto. He de conseguir lo que necesito antes de que sea demasiado tarde. Si espero a que se encargue de ello una Comisión de Investigación oficial, no encontrarán nada más que vacías sonrisas.

—¡Usted está loco! —La señorita Meuhl se levantó, temblando de indignación—. Usted es como un… un…

—Usted y yo estamos en un aprieto, señorita Meuhl. El lógico paso inmediato para los groacianos es deshacerse de ambos. Somos los únicos que sabemos lo que ocurrió. Fith casi hizo la tarea esta tarde, pero se lo he impedido… por el momento.

—Sus fantasías le están llevando por caminos extraviados —dijo la señorita Meuhl con voz entrecortada. Rió, con risa chillona—. ¡En peligro, claro está! ¡Deshaciéndose de mí! Nunca he oído decir nada tan ridículo.

—Permanezca en este despacho. Cierre y ponga el cerrojo en la puerta. Tiene comida y agua en el depósito. Sugiero que se surta, antes que cierren el suministro. No deje entrar a nadie, por ningún pretexto. Me mantendré en comunicación con usted por teléfono portátil.

—¿Qué piensa hacer?

—Si no consigo volver aquí, envíe el registro sellado de la conversación de esta tarde, junto con la información que le he dado. Mándelo con antelación al día primero de mayo. Luego diga a los groacianos lo que ha hecho y manténgase firme. Creo que usted estará segura. No será fácil entrar aquí repentinamente, y en cualquier caso, no harán la situación peor matándola a usted de obvia manera. Puede estar aquí una Fuerza dentro de una semana.

—¡No haré nada de eso! ¡Los groacianos me quieren mucho! ¡Usted… aguafiestas! ¡Alborotador! Poniéndose en camino para destruir…

—Écheme la culpa a mí si ello la hace sentirse mejor —dijo Retief—, pero no sea tan tonta para fiarse de ellos —se puso en pie y abrió la puerta.

—Estaré de vuelta en un par de horas —dijo.

La señorita Meuhl miró a Retief sigilosamente mientras él cerraba la puerta.

Era una hora antes del alba cuando Retief puso la llave en la cerradura de seguridad y entró en el oscurecido despacho consular. La señorita Meuhl, que dormitaba en una silla, despertó con sobresalto. Miró a Retief, se levantó, y encendiendo una luz, se volvió abriendo sus grandes ojos.

—¿Qué diablos…? ¿Dónde ha estado usted? ¿Qué le ha pasado a su ropa?

—Me he puesto un poco sucio, no se preocupe por ello.

Retief se dirigió al escritorio, abrió un cajón, y repuso el perforador.

—¿Dónde ha estado usted? —insistió la señorita Meuhl—. Yo he permanecido aquí.

—Me alegro de que lo haya hecho —dijo Retief—. Espero que habrá acumulado una provisión de alimentos y agua del depósito, también. Estaremos metidos aquí por lo menos durante una semana. —Hizo números sobre un bloc de papel—. Prepare el transmitor oficial. Tengo una larga comunicación para la oficina principal del sector.

—¿Me va usted a decir dónde ha estado?

—Tengo que enviar un mensaje primero, señorita Meuhl —dijo vivamente Retief—. He estado en el Departamento de Negocios Extranjeros —añadió—. Le informaré de todo ello luego.

—¿A esta hora? No hay nadie allí.

—Exactamente.

—¿Quiere usted decir que ha forzado la entrada? ¿Ha robado de noche en el Departamento de Negocios Extranjeros?

—Justo —dijo sosegadamente Retief—. Pero…

—Esto es positivamente el fin —dijo la señorita Meuhl—. Gracias a Dios, ya he…

—¡Ponga ese transmisor en funcionamiento, mujer! Esto es importante.

—¡Ya lo he hecho, señor Retief! —dijo ásperamente la señorita Meuhl—. He estado esperando a que usted volviera aquí.

Se dirigió hacia el transmisor y movió unas palancas. La pantalla se iluminó de repente, y apareció una vacilante y lejana imagen.

—Está aquí ahora —dijo la señorita Meuhl, en la pantalla. Miró a Retief con gesto de triunfo.

—Excelente —dijo Retief—. No creo que los groacianos nos puedan quitar el aire de un golpe, pero…

—He cumplido con mi deber, señor Retief; hice un completo informe de sus actividades para la oficina principal del sector anoche, tan pronto como usted salió de este despacho. Cualesquiera dudas que yo haya tenido en cuanto a la rectitud de mi decisión, han sido enteramente disipadas por lo que usted me acaba de decir.

—Usted se ha mostrado muy activa, señorita Meuhl —dijo Retief, mirándola directamente— ¿Mencionó a los seis terrestres

que mataron aquí?

—Eso no tenía ninguna relación con el asunto de su extraño proceder. Debo decir que, en todos los años de mi servicio en el Cuerpo, nunca me he encontrado con una persona menos adaptada al trabajo diplomático.

La pantalla crepitó, habiendo pasado los diez segundos de retardación del movimiento de transmisión.

—Señor Retief —dijo severamente el rostro de la pantalla—, soy el consejero Nitworth,
DSO-1,
subsecretario comisionado para el sector. He recibido un informe sobre su comportamiento el cual hace obligatorio para mí relevarlo administrativamente. Pendiente de los resultados de una Junta de Investigación, usted…

Retief alargó un brazo y cerró el transmisor de golpe. La expresión de triunfo desapareció del rostro de la señorita Meuhl.

—¿Qué significa…?

—Si hubiera escuchado por más tiempo, quizás habría oído algo que no podría pasar por alto. No puedo hacer eso, en este momento. Escuche, señorita Meuhl —prosiguió seriamente Retief—, he hallado la nave crucero perdida. Está…

—¡Usted ha oído al hombre decirle que lo relevaba!

—Le he oído decir que iba a hacerlo, señorita Meuhl. Pero hasta que tenga noticia de una orden verbal y la reconozca, no tiene validez. Si estoy equivocado, dejaré el puesto. Si tengo razón, esa suspensión sería penosa en todos los aspectos.

—Usted está desafiando a la autoridad legal. Yo estoy encargada de esto ahora —la señorita Meuhl fue hacia el transmisor local.

—Voy a informar de este terrible asunto a los groacianos en seguida, y ofrecer mi profundo…

—No toque esa pantalla —dijo Retief—. Vaya a sentarse en ese rincón, donde yo la pueda vigilar. Voy a preparar una cinta secreta para su envío a la oficina principal, junto con una petición de una Fuerza de Faena armada. Luego nos calmaremos y estaremos a la espera.

Retief, haciendo caso omiso de la furia de la señorita Meuhl, habló por el aparato grabador.

El transmisor local sonó. La señorita Meuhl levantándose de un

salto miró hacia él, azorada.

—Prosiga —dijo Retief—. Conteste a la llamada.

En la pantalla apareció un funcionario groaciano.

—Yolanda Meuhl —dijo sin preámbulos—, por el ministro del Exterior de la Autonomía Groaciana, la acredito como cónsul terrestre en Groacia, de acuerdo con las instrucciones transmitidas a mi gobierno directamente desde la oficina principal terrestre. Como cónsul, se le pide procure los medios para interrogar al señor J. Retief, cónsul precedente, con relación a la agresión a dos Defensores de la Paz, y entrada ilegal en las oficinas del Departamento de Negocios Extranjeros.

—Vaya… vaya —balbució la señorita Meuhl—. Sí, por supuesto, y deseo expresar mis más hondos sentimientos…

Retief se levantó, se dirigió hacia el transmisor, y ayudó a la señorita Meuhl a apartarse.

—Escuche cuidadosamente, Fith —dijo—. Su baladronada ha sido calificada. Ustedes no entran y nosotros no salimos. Su tramoya surtió efecto durante nueve años, pero se ha acabado ya. Sugiero que no pierdan la cabeza y resistan a la tentación de empeorar las cosas.

—Señorita Meuhl —replicó Fith—, una Patrulla de Paz está esperando afuera de su Consulado. Es evidente que usted está en poder de un peligroso lunático. Como siempre, los groacianos sólo desean amistad con los terrestres, pero…

—No se moleste —interpuso Retief—. Usted sabe lo que había en los archivos que he examinado esta mañana.

Retief se volvió al oír un ruido detrás de él. La señorita Meuhl estaba a la puerta tratando de coger el disparador de la cerradura de seguridad.

—¡No!

Retief saltó… demasiado tarde. La puerta se abrió con violencia; una muchedumbre de enfurecidos groacianos entraron en la sala apretadamente, rechazaron a la señorita Meuhl, y apuntaron unas toscas armas a Retief. El jefe de policía, Shluh, se adelantó dando empujones.

—No intente ningún acto de violencia, terrestre —dijo—. No puedo prometer contener a mis hombres.

—Ustedes están violando territorio terrestre, Shluh —dijo

firmemente Retief—. Sugiero que se vayan por el mismo camino que han venido.

—Yo los atraje aquí —dijo la señorita Meuhl con toda franqueza —. Están aquí por mi expreso deseo.

—¿De veras? ¿Está usted segura de que pensaba ir tan lejos, señorita Meuhl? Traer a una patrulla de armados groacianos al Consulado.

—Usted es el cónsul, señorita Yolanda Meuhl —dijo Shluh—. ¿No sería mejor que trasladáramos a este desequilibrado a un lugar de seguridad?

—Sí —dijo la señorita Meuhl—. Usted tiene mucha razón, señor Shluh. Por favor, acompañen al señor Retief a su alojamiento en este edificio.

—No le aconsejo que viole mi inmunidad diplomática, Fith — dijo Retief.

—Como Jefe de la misión —dijo prontamente la señorita Meuhl —, por éstas renuncio a la inmunidad en el caso del señor Retief.

—Tenga la bondad de repetir su declaración oficialmente, señora —Shluh sacó un grabador de cinta portátil—. No deseo ninguna contraversia…

—No sea tonta, mujer —dijo Retief—. ¿No ve en qué se está metiendo usted misma? Esta sería una excelente ocasión para que usted determinara en el bando de quiénes está.

—¡Estoy en el bando de la decencia común!

—La han engañado. Esta gente está ocultando…

—Usted cree que todas las mujeres son tontas, ¿no es verdad, señor Retief? —dijo la señorita Meuhl.

Se dirigió hacia el jefe de policía y habló en el micrófono que éste sostenía.

—Eso es una renuncia ilegal —dijo Retief—. Soy cónsul aquí, sean cuales sean los rumores que hayan oído. Este asunto saldrá a la luz, a pesar de todo lo que ustedes puedan hacer; no añadan la violación del Consulado a la lista de las atrocidades groacianas.

—Cojan al hombre —dijo Shluh.

Dos altos groacianos se situaron al lado de Retief, con pistolas apuntando su pecho.

—Están resueltos a condenarse ustedes mismos, ¿no? —dijo Retief—. Espero que tengan suficiente juicio para no tocar a esta

pobre tonta de aquí —movió un pulgar hacia la señorita Meuhl—. Ella no sabe nada. No tuve tiempo para informarla todavía. Cree que ustedes son una partida de ángeles.

El polizonte parado al lado de Retief blandió la culata de la pistola y la ensambló firmemente en la mandíbula de Retief. Retief se tambaleó frente a un groaciano; lo asieron y lo pusieron derecho de un empujón, con la sangre corriendo por su camisa. La señorita Meuhl gritó. Shluh gruñó al guardia en chillón groaciano, volviéndose para mirar a la señorita Meuhl con fijeza.

—¿Qué le ha contado este hombre?

—No… nada. Me negué a escuchar sus desvarios.

—¿No le dijo nada sobre… alguna afirmada… complicación?

—Se lo he dicho —respondió vivamente la señorita Meuhl.

Miro al rostro sin expresión del groaciano, luego de nuevo a la sangre que teñía la camisa de Retief.

—No me dijo nada —susurró—. Lo juro.

—Déjenlo estar, muchachos —dijo Retief—, antes que estropeen esa buena impresión.

Shluh miró a la señorita Meuhl por un largo momento. Luego se volvió.

—Vamonos —dijo. Retrocedió hacia la señorita Meuhl—. No salga de este edificio hasta nuevo aviso.

—Pero… soy el cónsul terrestre.

—Por su seguridad, señora. La gente está excitada con la agresión a ciudadanos groacianos por un… extranjero.

—Hasta luego, Meuhlsie —dijo Retief—. Ha llevado la cosa muy astutamente.

—¿Lo… encerrarán en su alojamiento? —dijo la señorita Meuhl.

—Lo que se haga con él ahora es un asunto groaciano, señorita Meuhl. Usted misma ha quitado la protección de su gobierno.

—No tenía la intención de…

—No empiece a repensarlo —dijo Retief—. Pueden molestarla.

—No tenía opción. Tenía que considerar el mejor interés del Servicio.

—La equivocación fue mía, supongo. Yo estaba pensando en los mejores intereses de una nave crucero terrestre con trescientos hombres a bordo.

—Basta —dijo Shluh—. Trasladen a este delincuente —hizo

gestos a los Defensores de la Paz.

—En marcha —dijo a Retief. Se volvió hacia la señorita Meuhl.

—Ha sido un placer tratar con usted, señora.

El coche de la policía se puso en movimiento y arrancó con ímpetu. El Defensor de la Paz del asiento delantero se volvió para mirar a Retief.

—Tener algún entretenimiento con ello, y en seguida destruirlo —dijo.

—Tener un imparcial juicio primero —dijo Shluh.

El coche bamboleaba y traqueteaba, dio vuelta a una esquina, y avanzó resoplando entre ornamentadas fachadas de color pastel.

—Tener un juicio y enseguida un poquito de entretenimiento —dijo el Defensor de la Paz.

—Sorber los huevos en su propia loma —dijo Retief—. Cometer otro estúpido error.

Shluh alzó la corta porra ceremonial y golpeó a Retief por medio de la cabeza. Retief hizo un mohín, se atiesó…

El Defensor de la Paz del asiento delantero al lado del conductor, se volvió y arremetió contra las costillas de Retief con el cañón de la pistola.

—No hacer ninguna jugada, habitante de otro mundo —dijo.

Shluh alzó la porra y cuidadosamente golpeó a Retief otra vez. Retief se desplomó.

El coche, balanceando, dobló otra esquina. Retief se deslizó, chocando con el jefe de policía.

—Guardar a este animal… —empezó Shluh.

Su débil voz fue cortada de repente mientras la mano de Retief salía, lo agarraba por el cuello, y lo tumbaba sobre el piso de un golpe. Mientras el guardia de la izquierda de Retief embestía, Retief le descargó un rápido «uppercut», lanzando su cabeza contra el poste de la portezuela. Retief cogió la pistola del guardia mientras ésta caía, y la metió con ímpetu en las mandíbulas del groaciano del asiento delantero.

—Alargar la pistola por encima del asiento —cuidadosamente— y soltarla —dijo.

El conductor apretó los frenos, luego giró para alzar su pistola. Retief golpeó la cabeza del groaciano con el largo cañón.

—Tener los ojos en el camino —dijo.

El conductor asió la palanca y se encogió contra la ventanilla, vigilando a Retief con un ojo, y conduciendo con el otro.

—Atender a este cacharro —dijo Retief—. Seguir andando.

Shluh se movió sobre el piso. Retief puso un pie encima de él, empujándolo hacia atrás. El Defensor de la Paz del lado de Retief entró en acción. Retief lo hizo saltar del asiento con una mano y se quitó la sangre de la cara con la otra. El coche se bamboleaba y saltaba por la irregular superficie de la carretera, resoplando furiosamente.

—Su muerte no será tranquila, terrestre —dijo Shluh en terrano.

—No más tranquila de lo que yo pueda evitar —dijo Retief—. Cállese por ahora, quiero pensar.

El coche, trasponiendo el último de los terraplenes con incrustados relieves, corrió a lo largo entre labrados campos.

—Vaya más despacio —dijo Retief.

El conductor obedeció.

—Doble este camino transversal.

El coche avanzó por una desempedrada superficie zarandeándose, luego reculó por entre altos tallos.

—Pare aquí.

El coche se detuvo, dejó salir vapor, y estuvo trepidando mientras el caliente motor funcionaba solo, sin engranar.

Retief abrió la portezuela, quitando el pie de encima de Shluh.

—Dígaselo, Shluh; yo mismo puedo conducir, en una extrema necesidad.

—Hacer como dice el extranjero; permanecer ocultos hasta el anochecer —dijo Shluh.

—Todos fuera —dijo Retief—. Y lleven a éste con ustedes —tocó al insensible groaciano con el codo—. Shluh, usted se meta en el asiento del conductor. Los otros sitúense donde yo los pueda ver.

Retief observó mientras los groacianos silenciosamente seguían las instrucciones.

—Bien, Shluh —dijo tranquilamente Retief—. Vamonos. Lléveme al puerto espacial groaciano por el camino más corto que no atraviese la ciudad, y tenga mucho cuidado tocante a hacer cualesquiera maniobras repentinas.

Cuarenta minutos después Shluh condujo el coche hacia la entrada guardada por centinelas en la cerca de protección que

rodeaba el recinto militar del puerto espacial groaciano.

—No ceda a ningún impulso precipitado —susurró Retief mientras subía un encrestado soldado groaciano.

Shluh hizo rechinar las mandíbulas con desvalida furia.

—El jefe de policía Shluh, Seguridad Interior —gruñó.

El guarda ladeó los ojos hacia Retief.

—El invitado de la Autonomía —agregó Shluh—. Dejarme pasar o pudrirse en este silo, necio.

—Pasar, jefe de policía —musitó el centinela. Estaba todavía mirando a Retief mientras el coche se alejaba traqueteando.

—Usted es tan bueno como para ser estaquillado en la loma, en las hoyas de placer terrestre —dijo Shluh en terrano—. ¿Por qué se aventura aquí?

—Diríjase allá, a la sombra de la torre, y pare —dijo Retief.

Shluh obedeció. Retief examinó una hilera de cuatro ligeras naves perfiladas contra los pálidos colores crepusculares del cielo.

—¿Cuáles de esas lanchas están preparadas para elevarse? —demandó Retief.

Shluh giró un ojo coléricamente.

—La totalidad de ellas son lanzaderas; no tienen alcance. No lo auxiliarán.

—Contestar a la pregunta, Shluh, o recibir otro golpe en la cabeza.

—Usted no es como los otros terrestres, usted es un perro rabioso.

—Haremos un esbozo de mi carácter luego. ¿Están provistas de combustible? Usted conoce los procedimientos de aquí. ¿Acaban de entrar esas lanzaderas, o es esa la hilera aparejada?

—Sí. Todas están provistas de combustible y preparadas para el despegue.

—Espero que usted tenga razón, Shluh. Usted y yo vamos a acercarnos y meternos en una; si no se eleva, lo mataré y probaré la contigua. Vamonos.

—Usted está loco, Se lo he dicho: estas lanchas no tienen más que una capacidad de diez mil toneladas; sólo son útiles para viajecitos.

—No importan los detalles. Probemos la primera de la hilera.

Shluh hizo entrar el embrague y el coche de vapor rechinó y

jadeó, rodando hacia la hilera de lanchas espaciales.

—La primera no —dijo Shluh de repente—. Es regular que esté provista de combustible la última. Pero…

—Astuto saltamontes —dijo Retief—. Pare a la portilla de entrada, salte afuera, y suba inmediatamente. Yo estaré detrás de usted.

—La guardia de la pasarela. El alto de…

—Más detalles. Sólo dirija al guarda una despreciable mirada y diga lo que sea necesario. Usted conoce la técnica.

El coche pasó bajo la popa de la primera lancha y de la segunda. No hubo ninguna alarma. Rodeó la tercera y paró con estremecimientos cerca de la abierta portilla de la última nave.

—Fuera —dijo Retief—. Hacerlo con aspereza.

Shluh salió del coche, vaciló mientras el guarda se ponía alerta, luego le siseó y subió la escala. El guarda miró a Retief con extrañeza, con las mandíbulas flojas.

—¡Un habitante de otro mundo! —dijo. Quitó el avantrén de la pistola ametralladora—. Pararse aquí, ser de rostro de carne.

Arriba al frente, Shluh se volvió.

—Alerta la atención, compañero de desorden de haraganes —chirrió Retief en groaciano.

El guarda brincó, agitó los globos de los ojos, y se puso alerta.

—¡Media vuelta! —siseó Retief—. Fuera de aquí, ¡marche!

El guarda se fue, atravesando la rampa en su patrullaje. Retief subió los peldaños de dos en dos, y cerró la portilla de golpe tras él.

—Me alegro de que sus muchachos tengan un poco de disciplina, Shluh —dijo Retief—. ¿Qué le ha dicho usted?

—Yo sólo…

—No se preocupe. Estamos dentro. Suba al comportamiento de control.

—¿Qué sabe usted de las naves de la Marina groaciana?

—Mucho. Esta es una exacta imitación de la lancha salvavidas que ustedes, muchachos se apropiaron. Sé manejarla. Póngala en marcha.

Retief siguió a Shluh arriba de la escalera de la cámara, y hacia el interior de la apretada cabina de control.

—Atese, Shluh —ordenó Retief.

—Esto es insensato. Sólo tenemos combustible suficiente para un

viaje de ida al satélite; ¡no podemos entrar en órbita, ni aterrizar de nuevo! Elevar esta lancha es muerte segura. Libérteme. Prometo respetar su inmunidad.

—Si tengo que atarlo en el asiento yo mismo, pudiera doblarle la cabeza en la operación.

Shluh se arrastró hacia la yacija, y se ató las correas.

—Renuncie a ello —dijo—. Veré de que usted sea rehabilitado, con honra. Garantizo un convoy…

—Es inútil —dijo Retief. Se metió en el asiento del piloto.

—¡Es una muerte segura! —chilló Shluh.

Los giroscopios zumbaron, los reguladores hicieron tic tac, los relais se cerraron. Retief estaba quieto junto al cojinete de aceleración. Shluh resollaba ruidosamente, sus mandíbulas chasqueando con rapidez.

—Hubiera yo huido a tiempo —dijo con un ronco susurro—. Esto no es una buena muerte.

—Ninguna muerte es buena —dijo Retief—, no por algún tiempo todavía.

La luz roja brilló en el centro del tablero, y un retumbante ruido estremeció al iniciante día. La nave trepidó antes de elevarse. Retief podía oír los quejidos de Shluh por entre el rugido de la transmisión.

—Perihelio —dijo lentamente Shluh—. Empezar ahora el largo retroceso.

—No del todo —dijo Retief—. Calculo unos ochenta y cinco segundos para ir —examinó los instrumentos, frunciendo el ceño.

—No llegaremos a la superficie, por supuesto —dijo Shluh—; los puntos de la pantalla son proyectiles. Tenemos una cita en el espacio, Retief. En su locura, puede estar satisfecho.

—Están a quince minutos detrás de nosotros, Shluh. Las defensas de ustedes son flojas.

—No socavar las grises arenas de Groacia —se lamentó Shluh.

Los ojos de Retief estaban fijos en la faz de un disco graduado.

—En cualquier momento, ahora —dijo quedito.

Shluh hizo girar los globos de los ojos.

—¿Qué busca usted?

—Mire a la pantalla —dijo Retief, enderezándose.

Shluh miró. Un punto brillante, lejos del centro, avanzaba

rápidamente a través del cuadro…

—¿Qué…?

—Después…

Shluh observaba mientras los ojos de Retief pasaban de una aguja a otra con gran celeridad.

—¿Cómo…?

—Por la seguridad de su propio cuello, Shluh, más vale que desee que esto funcione —Retief empujó la llave de transmisión.

—2396

TR-42

G, aquí el cónsul terrestre en Groacia, a bordo de la nave groaciana 902, en marcha hacia ustedes en un radio vector; situación MP de la nave, de 91/54/942. ¿Pueden descifrar las señales? Terminado.

—¿Qué desesperado gesto es éste? —susurró Shluh—. Usted grita en la noche para el vacío.

—Sujete las mandíbulas —replicó Retief, escuchando.

Había un apagado zumbido de fondo estelar. Retief repitió la llamada.

—Quizás oyen pero no pueden contestar —musitó. Empujó la llave.

—2396, tienen cuarenta segundos para enlazar conmigo, antes que pase más allá de ustedes.

—Gritar en el vacío —dijo Shluh—. Hacer…

—Mire a la pantalla DV.

Shluh torció la cabeza y miró. Frente a la neblina de fondo de las estrellas, asomaba una forma, oscura e inerte.

—Es… una nave —dijo—, una nave enorme.

—Es ella —dijo Retief—. Nueve años y unos meses fuera de Nueva Terra en una rutinaria misión de delineamiento de mapas. La perdida nave crucero, IVS Terrific.

—Imposible —siseó Shluh—. El casco gira en una profunda órbita cometaria.

—Exactamente, y ahora está haciendo su inmediato movimiento más allá de Croacia.

—¿Piensa aparear órbitas con la nave abandonada? ¿Sin potencia? Nuestro encuentro será violento, si esa es su intención.

—No chocaremos; haremos el paso a unas cinco mil yardas.

—¿Para qué fin, terrestre? Ha encontrado la nave perdida; ¿qué

más quiere? ¿Vale esta vislumbre la muerte de que muramos?

—Quizás ellos no murieron —dijo Retief.

—¿No murieron? —Shluh se deslizó en el habla groaciana—. Haber muerto en la madriguera de la juventud de uno. Haber reventado la bolsa de mi cuello antes de que me embarcara con un loco extranjero para llamar a los muertos.

—2396, contesten pronto —gritó Retief.

El altavoz crepitaba negligentemente. La oscura imagen de la pantalla pasó más allá flojamente, disminuyéndose ahora.

—Nueve años, y el loco hablando como a unos amigos —bramó Shluh—. Nueve años que murieron, y todavía buscarlos.

—Diez segundos más —dijo tranquilamente Retief—, y estamos fuera del alcance. Dan señales de que están vivos, muchachos.

—¿Era éste su plan, Retief? —Shluh volvió al habla terrana—. ¿Huyó usted de Groacia y lo arriesgó todo por esta ligera amenaza?

—¿Cuánto habría durado en una prisión groaciana?

—Mucho, ciertamente, caro Retief —siseó Shluh—, bajo la hoja de un artista.

De repente la nave trepidó, pareció avanzar lentamente, volteando a los dos pasajeros en sus sitios. Shluh silbó mientras los coercitivos arreos le hendían la carne. La lancha de lanzadera estaba girando pesadamente como sobre un eje, cola arriba. Opresivas fuerzas de aceleración estaban desatadas. Shluh jadeaba, voceando chillonamente.

—¿Qué… es… eso…?

—Parece —dijo Retief—, que hemos tenido un poquito de suerte.

—En nuestro segundo paso —dijo el flaco oficial—, ellos dejaron que la nave se lanzara contra algo. No sé cómo quedó fuera de las pantallas. Dio contra la popa y lanzó la tubería principal al aire. Yo eché toda la potencia a los protectores de emergencia, y radié nuestra identificación con una fuerza de transmisión que habría dado con todo receptor en el espacio de una unidad de distancia estelar. Nada. Luego transmisor estalló. Fui un tonto enviando la lancha abajo, pero no podía creer, de algún modo…

—De cierta manera fue una suerte que usted lo hiciese, capitán. Ese fue mi único indicio.

—Trataron de acabar con nosotros después de eso. Pero, con

plena potencia para las pantallas, nada de lo que tuvieran podía pasar. Luego nos exhortaron a rendirnos.

—Supongo que ustedes no estaban tentados a hacerlo —Retief inclinó la cabeza, en señal de asentimiento.

—Más de lo que usted se imagina. Hubo una prolongada oscilación en nuestra primera vuelta. Después, entrando de nuevo, nos figurábamos que chocaríamos. Como último recurso, yo habría quitado potencia de las pantallas y procurado a justar la órbita con los «jets» de dirección, pero el bombardeo era un poco fuerte. No creo que lo hubiéramos conseguido. Luego pasamos más allá jinglando y salimos otra vez. No crea que no consideré el reconocer la derrota.

—¿Por qué no lo hizo?

—La información que tenemos es importante. Tenemos abundancia de provisiones a bordo, lo suficiente para otros diez años, si fuera necesario. Sabía que tarde o temprano una nave de búsqueda del Cuerpo, nos encontraría.

—Me alegro de que persistieran, capitán —Retief carraspeó—. Hasta un mundo comoGroacia puede destruir a mucha gente cuando ataca a ciegas.

—Lo que yo no sabía —prosiguió el capitán—, era que no estábamos dentro de una órbita fija, íbamos a rozar la atmósfera con ligera intensidad a este paso, y en sesenta días más, estaríamos de regreso para quedarnos. Supongo que los groacianos estarían preparados para nosotros.

—No hay que extrañar que se obstinaran tanto en esto. Estaban casi libres de culpa.

—Y usted está aquí ahora —dijo el capitán—. Nueve años, y no fuimos olvidados. Sabía que podíamos contar con…

—Ya pasó, capitán. Eso es lo que tiene importancia.

—Al país propio… Después de casi nueve años…

—Quisiera echar una mirada a las películas que usted ha mentado —dijo Retief—. Las que muestran las instalaciones del satélite.

El capitán consintió. Retief miraba con atención mientras se desarrollaba la escena, que mostraba la rasa superficie de la menuda luna como la había visto el Terrific, nueve años antes. En riguroso blanco y negro, hilera sobre hilera de cascos idénticos

arrojaban largas sombras al través de la metálica superficie del satélite marcada con muchos hoyos.

—Tendrían una verdadera pequeña sorpresa; su visita los debió haber llenado de pánico.

—Debieran estar aquí aprestados para irse, ya. Nueve años…

—Mantenga ese cuadro —dijo Retief de repente—. ¿Qué es esa raya desigual oscura por el medio del llano, allí?

—Creo que es una grieta. La cristalina estructura…

—Tengo lo que puede ser una idea —dijo Retief—. Di una ojeada a unas clasificadas colecciones de documentos anoche, en el Departamento de Negocios Extranjeros. Una era un informe de desarrollo sobre una fisionable pila de repuesto. La cosa no tenía mucho sentido entonces. Ahora comprendo la descripción. ¿Cuál es la extremidad septentrional de esa hendedura?

—En la parte superior del cuadro.

—A menos que esté muy equivocado, eso es el depósito de las bombas. A los groacianos les gusta meter las cosas bajo tierra. Me pregunto lo que un directo impacto de un proyectil de 50 megatones haría a eso.

—Aun cuando no sea un depósito para almacenaje de pertrechos de guerra —dijo el capitán—, es un experimento que me gustaría probar.

—¿Puede darle?

—Tengo cincuenta proyectiles pesados a bordo. Si los disparo en inmediata sucesión, ello saturaría las obras de fortificación. Sí, puedo darle.

—¿La distancia no es demasiado grande?

—Estos son los modelos de lujo —el capitán sonrió tristemente —. Guiados por televisión. Podríamos dirigirlos con una palanca y agruparlos, sentados sobre un taburete.

—¿Qué le parece si lo probáramos?

—He estado deseando por mucho tiempo un sólido blanco —dijo el capitán.

Media hora después, Retief empujó a Shluh hacia un asiento enfrente de la pantalla.

—Esa extendida nube de polvo era el satélite de Croacia, Shluh —dijo—. Parece que le ha ocurrido algo.

El jefe de policía fijó la vista en el cuadro.

—Lástima —dijo Retief—. Pero de todos modos no era de ninguna importancia, ¿verdad, Shluh?

Shluh musitó incomprensiblemente.

—Un simple pedazo grande de hierro, nada más, Shluh, como me aseguraron en el Departamento de Negocios Extranjeros cuando pedí información.

—Desearía que usted tuviera a su prisionero fuera del alcance de la vista —dijo el capitán—. Se me hace difícil no tocarlo.

—Shluh quiere ayudar, capitán. Ha sido un muchacho malo y tengo la sensación de que quiere cooperar con nosotros ahora, especialmente en vista de la egregia llegada de una nave terrestre, y de la nube de polvo de ahí fuera —dijo Retief.

—¿Qué quiere usted decir?

—Capitán, usted puede luchar felizmente contra las tempestades por otra semana, poner la nave en contacto cuando llegue, no darse por vencido, y se acabaron sus dificultades. Cuando sean exhibidas las películas en el propio distrito, una Fuerza de Paz saldrá para aquí y reducirá a Groacia a un nivel cultural subtécnico, y establecerá un sistema monitor para asegurarse que ella no tenga ya ideas expansionistas; no es que Groacia pueda hacer gran cosa ahora, con su manejable mina de hierro ida al cielo.

—Eso es cierto, y…

—Por otro lado, hay lo que yo llamaría el acercamiento diplomático…

Retief lo explicó extensamente. El capitán le miró de un modo pensativo.

—Continúe —dijo—. ¿Y qué me dice de este sujeto?

Retief se volvió hacia Shluh. El groaciano se estremeció, retirando los globos de sus ojos.

—Lo haré —dijo débilmente.

—Bien —dijo Retief—. Capitán, si usted quiere hacer traer a sus hombres el transmisor de la nave, haré una llamada a un individuo llamado Fith, en el Departamento de Negocios Extranjeros —se volvió hacia Shluh—. Y cuando lo coja, Shluh, usted hará todo exactamente como le he dicho, o tendrá monitores terrestres que lo manden en la ciudad de Groacia.

—Francamente, Retief —dijo el consejero Nitworth—, estoy un poco confuso. El señor Fith del Departamento de Negocios

Extranjeros pareció colmarlo de alabanzas. Parece estar muy deseoso de complacerlo. En el aspecto de algunas de las pruebas que he presentado sobre un proceder sumamente irregular por su parte, es difícil de entender.

—Fith y yo hemos hecho mucho juntos —dijo Retief—. Nos comprendemos.

—Usted no tiene ningún motivo de complacencia, Retief —dijo Nitworth—. La señorita Meuhl hizo algo muy justificado informando ssbre su caso, Por supuesto, si ella hubiera sabido que usted estaba ayudando al señor Fith sin duda habría modificado el informe un poco. Usted debiera haberse fiado de ella.

—Fith lo quería mantener en secreto, por si acaso no daba resultado. Usted sabe cómo es eso.

—Por supuesto. Y tan pronto como la señorita Meuhl se reponga de su postración nerviosa, habrá un buen ascenso esperándola. La muchacha se lo merece con creces por sus años de persistente lealtad a la política del Cuerpo.

—Persistente —dijo Retief—. Quiero conceder eso.

—Puede hacerlo, Retief. Usted no se ha portado bien en esta tarea. Haré arreglos para un traslado; usted ha enojado a demasiadas personas de la localidad.

—Pero, como usted ha dicho, Fith habla elevadamente de mí…

—Exacto. Es la inteligencia cultural a lo que me estoy refiriendo. Los registros de la señorita Meuhl muestran que usted deliberadamente agravió a un número de influyentes grupos, desacreditando…

—Mi oído no hace distinción de tonos —dijo Retief—. Para mí un groaciano que toca un pito es igual a cualquier otro groaciano que hace lo mismo.

—Usted tiene que ajustarse a los valores estéticos locales. Aprenda a conocer a las personas cómo son realmente. Es evidente por algunas de las observaciones que la señorita Meuhl citaba en su informe, que usted tenía a los groacianos en una baja estima. Pero, cuan equivocado estaba. Todo el tiempo estuvieron trabajando incesantemente para salvar a esos valientes mozos aislados a bordo de nuestra nave crucero. Continuaron empujando, aun después de que nosotros mismos hubiéramos abandonado la búsqueda. Y cuando descubrieron que había sido una colisión con su satélite lo

que inutilizara la nave, hicieron ese gesto magnífico, sin precedente. Cien mil créditos en oro para cada miembro de la tripulación, como una muestra de compasión groaciana.

—Un bello gesto —susurró Retief.

—Espero, Retief, que usted haya aprendido con este incidente. En vista del útil papel que usted desempeñó aconsejando al señor Fith en cuestiones de procedimiento para ayudar en la búsqueda, no recomendaré una reducción de grado. Pasaremos el asunto por alto, dándole una limpia lista de servicios. Pero en lo futuro, lo observaré con suma atención.

—No se puede tener a todos contentos —dijo Retief.

—Más vale que arregle el equipaje; vendrá con nosotros por la mañana —Nitworth juntó sus papeles—. Siento que no pueda presentar un más lisonjero informe sobre usted. Hubiera querido recomendar su ascenso, junto con el de la señorita Meuhl.

—Está bien —dijo Retief—. Tengo mis memorias.

… Muchas veces, la habilidad mostrada por experimentados jefes de Misión terrestres en el análisis de las corrientes políticas locales permitió a estos dedicados funcionarios superiores lograr la aceptación de los programas comerciales del Cuerpo bajo condiciones de adversidad aparentemente insuperables. La virtuosa acción del embajador Crodfoller en la reconciliación de elementos rivales de Petreac añadió nuevo brillo al prestigio del cuerpo diplomático.

Vol. VIH, rollo 8.
389 A. E.
(AD 2950).

REVOLUCIÓN EN EL PALACIO

Retief se detuvo ante un alto espejo para revisar el brillo de las cuatro charreteras que adornaban el chaqué bermellón de un primer secretario y cónsul.

—Venga conmigo, Retief —dijo Magnan—. El embajador tiene dos palabras que decir al cuerpo, antes que entremos.

—Espero que no va a modificar el espontáneo discurso que pienso hacer cuando el Soberano impulsivamente sugiera un acuerdo comercial en los términos en que han estado tratando durante los últimos dos meses.

—Su burlesca actitud es innecesaria, Retief —dijo vivamente Magnan—. Creo que usted se da cuenta que ella ha retrasado su ascenso en el Cuerpo.

—No estoy seguro de que quiera un ascenso —Retief echó un último vistazo en el espejo—. Ello significaría más charreteras.

El embajador Crodfoller frunció los labios, esperando a que Retief y Magnan ocuparan sitio en el círculo de diplomáticos terrestres alrededor de él.

—Dos palabras de advertencia solamente, caballeros. Tengan siempre presente, primero la necesidad de nuestra identificación con la casta de los Nenni. Hasta una insinuación de familiaridad con inferiores escalones sociales podría significar el fracaso de la misión. Recordemos: los Nenni representan la autoridad aquí en Petreac; sus tradiciones deben ser observadas, sean cuales fueren nuestras preferencias personales. Continuemos ahora: el Soberano hará su entrada en cualquier momento.

Magnan subió al lado de Retief mientras se dirigían hacia el salón.

—Las observaciones del embajador iban dirigidas

principalmente a usted, Retief —dijo—. Su relajamiento en estas cosas es notorio. Naturalmente, yo mismo creo firmemente en los principios democráticos.

—¿Ha tenido usted alguna vez la sensación, señor Magnan, de que está ocurriendo aquí mucho de que no tenemos conocimiento?

—Así es —asintió Magnan—; exactamente el punto del embajador Crodfoller. Los asuntos que no son de interés para los Nenni no son de consecuencia para nosotros.

—Otra sensación que tengo es que los Nenni no son muy perspicaces. Ahora supongamos…

—No estoy inclinado a las suposiciones, Retief. Estamos aquí para suplementar los planes del jefe de la misión. Y no me agradaría estar en el puesto de un miembro del Cuerpo cuya conducta comprometiera el acuerdo que ha de concluirse aquí esta noche.

Un portador de una bandeja con bebidas rodeó una estriada columna, se asustó mientras se encaraba con los diplomáticos, la bandeja tembló en sus manos, la agarró y un vaso fue lanzado al suelo con estrépito. Magnan se echó atrás de un brinco, dando una palmada a la morada tela de la pierna del pantalón. La mano de Retief salió rápidamente y sostuvo la bandeja. El criado movió sus aterrados ojos.

—Tomaré uno de esos, ya que usted está aquí —dijo tranquilamente Retief, levantando un vaso de la bandeja—. No es nada. El señor Magnan no hace más que animarse para el gran baile.

Un mayordomo nenni acudió rápidamente, frotándose las manos urbanamente.

—¿Hay alguna desazón aquí? ¿Qué ha ocurrido, Honorables? ¿Qué, qué…?

—El desatinado imbécil —farfulló Magnan—. ¿Cómo se atreve…?

—Usted es un actor admirable, señor Magnan —dijo Retief—. Si no tuviera conocimiento de sus principios democráticos, creería que usted estaba realmente airado.

El criado agachó la cabeza y se fue corriendo.

—¿Ha causado descontento este mozo…? —El mayordomo miró al portador que se retiraba.

—Yo he dejado caer el vaso —dijo Retief—. El trastorno del

señor Magnan es porque detesta ver licor derramado.

Retief volvióse encontrándose cara a cara con el embajador Crodfoller.

—He presenciado eso —siseó el embajador—. Por la bondad de la Providencia el Soberano y su séquito no han aparecido todavía, pero le puedo asegurar que los criados lo vieron. Una ostentación más de tipo contrario a los Nenni que yo hallaría difícil imaginar.

—¿De tipo contrario a los Nenni, señor? No estoy seguro de que… —Retief compuso sus facciones con una expresión de hondo interés.

—¡Bah! —El embajador miró enfurecido a Retief—. Su reputación lo ha precedido, señor. Su nombre está asociado a un número de los más raros incidentes en la historia del Cuerpo. Le estoy avisando; no toleraré nada —se volvió y se marchó taconeando.

—Hostigar al embajador es un juego peligroso, Retief —dijo Magnan.

—Sin embargo, vale más eso que ningún juego en absoluto — Retief tomó un trago de la bebida.

—Valdría más que empleara el tiempo observando los amaneramientos de los Nenni; francamente, Retief, usted no encaja en el grupo.

—Seré sincero con usted, señor Magnan; el grupo me da asco.

—Oh, los Nenni son un poquito frivolos, lo concedo. Pero es con ellos que debemos de tratar. Y usted estaría haciendo una buena aportación a la misión en conjunto, si abandonara ese arrogante porte suyo —Magnan miró a Retief rigurosamente—. Usted no puede remediar su modo de ser, por supuesto, pero ¿no podría condescender un poquito, y quizás tomar una expresión más conciliadora? Sólo conducirse de un modo un poco más…

—¿Juvenil?

—Exacto —Magnan hizo una señal de asentimiento, y luego miró severamente a Retief, que después de apurar el vaso, lo puso oportunamente en la bandeja de un mozo que le pasó cerca.

—Lo hago mejor obrando de un modo juvenil cuando estoy bien templado —dijo—. Pero no me puedo enfrentar con otro vaso de sorgo con soda. Supongo que sería una acción de tipo contrario a las costumbres de los Nenni deslizar un billete a uno de los criados

y pedir un Scotch con agua.

—Ciertamente —Magnan dio un vistazo en dirección de donde provenía cierto alboroto al otro lado de la sala.

—Ah, ya está aquí el Soberano… —dijo. Y salió de prisa.

Retief observaba a los portadores que iban y venían, con bandejas cargadas de bebidas. Hubo después un momento de calma en la bebida, mientras los diplomáticos se juntaban alrededor del empelucado jefe de estado y sus cortesanos. Los portadores haraganeaban cerca de la puerta de servicio, mirando a las personas eminentes, cuando Retief se dirigió a la puerta de servicio vagueando, abriéndola de un empujón y penetró en un estrecho pasillo de blancas losas con un ambiente de aromáticos efluvios de cocina. Silenciosos criados quedaron boquiabiertos mientras pasaba Retief, observándole mientras seguía a lo largo hacia la puerta de la cocina y penetraba en la misma.

Una docena o más de petreacanos de casta inferior, agrupados en torno a una larga mesa en el centro de la pieza, levantaron la vista, sobresaltados. Una pila de cuchillos para cortar pan, de larga hoja, trinchantes y cuchillas de carnicero, yacían en el centro de la mesa. Otros cuchillos estaban metidos en cinturones o sujetos a las manos de los hombres. Un hombre corpulento con un amarillo delantal de cocinero quedó inmóvil, como petrificado, en el acto de entregar un cuchillo para cortar queso, por lo menos de doce pulgadas de largo, a un alto y tuerto barrendero.

Retief echó un vistazo, dejando vagar la mirada hacia un distante rincón de la sala. Tarareando una floja tonadilla, fue despaciosamente hacia los abiertos anaqueles de los licores, entresacó una llamativa botella verde, y luego retrocedió hacia la puerta. El grupo de criados observaban, paralizados de horror.

Antes de que Retief llegara a la puerta, ésta giró hacia dentro y apareció en el dintel Magnan, mirándole.

—Recibí una advertencia —dijo.

—Quiero apostar a que fue un chulo. Tiene que informarse de ello, dentro del salón.

—¿Aclararemos esto aquí mismo? —soltó Magnan—. Le he avisado… —Su voz se arrastró mientras él abarcaba la escena en torno a la mesa.

—Detrás de usted —dijo Retief, empujando ligeramente a

Magnan hacia la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? —Gruñó Magnan.

Fijó la vista en los hombres y pasó al otro lado de Retief. Una mano lo paró.

—Vamonos —dijo Retief, impeliendo a Magnan hacia el pasillo.

—¡Esos cuchillos! —gritó Magnan—. ¡Quite las manos de encima de mí, Retief! ¿Qué son ustedes…?

Retief dio un vistazo atrás. El corpulento cocinero hizo unos gestos y los hombres se aplacaron de nuevo. El cocinero se tenía tieso, el brazo levantado y un cuchillo contra la palma de la mano.

—Cierren la puerta y no hagan ruido —dijo quedito.

—Co… corramos… —balbuceó Magnan, empujando a Retief.

Retief se volvió despacio, y elevó las manos.

—No corro muy bien con un cuchillo a mi espalda —dijo—. Estése muy quieto, señor Magnan, y haga exactamente lo que el hombre le mande.

—Sáquelos por la trasera —dijo el cocinero.

—¿Qué quiere decir ese hombre? —farfulló Magnan—. Eh, usted…

—Silencio —dijo el cocinero, de un modo casi accidental. Magnan lo miró boquiabierto, luego cerró la boca.

Dos de los hombres con cuchillos subieron al lado de Retief y accionaron, sonriendo burlonamente.

—Vámonos, pavones —dijo uno.

Retief y Magnan atravesaron la cocina silenciosamente, salieron por la puerta trasera, y se pararon a una orden. El cielo estaba tachonado de estrellas y una suave brisa agitaba las copas de los árboles al otro lado del jardín. Detrás de ellos, los criados hablaban en voz muy alta.

—Usted vaya también, Illy —estaba diciendo el cocinero.

—Háganlo aquí —dijo otro.

—¿Y llevarlos abajo?

—Échenlos detrás del vallado.

—He dicho al río. Tres de ustedes es mucho para un par de carrutacos nennies.

—Son extranjeros, no nennies. No sabemos…

—Así son nennies foráneos. Da lo mismo. Los he visto. Necesito a todos los hombres aquí; pónganse en marcha ya.

—¿Y qué nos dice del sujeto importante?

—¿Él? Entró en la pieza valseando y no notó nada. Pero vigilen al otro.

A un pinchazo de una punta de cuchillo, Retief marchó acera abajo, con dos de la escolta tras él y Magnan, y con otro delante para explorar el camino.

Magnan se acercó más a Retief.

—Oiga —dijo en un susurro—, ¿ese individuo de delante no es el que derramó la bebida? Aquel por el cual usted tomó la culpa.

—Es él, sí. Observo que ya no parece estar nervioso.

—Usted lo salvó de un serio castigo —dijo Magnan—. Estará agradecido; nos soltará…

—Vale más enfrentarse con los tipos de los cuchillos antes de esperar eso.

—Dígale algo —siseó Magnan—, recuérdeselo.

El hombre de la delantera retrocedió, para alinearse con Retief y Magnan.

—Estos dos les tienen miedo a ustedes —dijo, sonriendo burlonamente y moviendo un pulgar hacia los manipuladores de cuchillos—. No han trabajado cerca de los Nenni como yo; no los conocen a ustedes.

—¿No reconoce usted a este caballero? —dijo Magnan—. Es…

—Me hizo un favor —dijo el hombre—. Me acuerdo.

—¿Sobre qué es todo eso? —preguntó.

—La revolución. Nosotros estamos tomando posesión ahora.

—¿Quién es «nosotros»?

—La Liga de la Libertad Antifascista del Pueblo.

—¿Para qué son todos esos cuchillos?

—Para los Nenni; y para ustedes los extranjeros.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Magnan, con voz entrecortada.

—Degollaremos a todos a la vez; ello ahorra mucho ajetreo.

—¿Cuándo será?

—Justamente al alba; y ésta llega temprano, en esta estación del año. A la plena luz del día, el PAFFL estará encargado de todo.

—No lo conseguirán —dijo Magnan—. Unos cuantos criados con cuchillos; los cogerán a todos y serán ajusticiados.

—¿Por quiénes? ¿Los Nenni? —El hombre rió.

—Pero nosotros no somos Nennis…

—Los hemos observado; ustedes son iguales. Son parte de la misma clase social chupadora de sangre.

—Hay mejores medios —dijo Magnan—. Esta matanza no los aliviará. Yo personalmente me encargaré de que sus quejas sean escuchadas en los Tribunales del Cuerpo. Le puedo asegurar que la difícil situación de los pisados trabajadores será aligerada. Derechos iguales para todos.

—Las amenazas no les servirán —dijo el hombre—. Ustedes no me asustan.

—¿Amenazas? Estoy prometiendo ayuda para las explotadas clases de los Petreacanos.

—Usted debe estar loco. ¿Está tratando de transtornar el sistema o algo por el estilo?

—¿No es ese el objeto de su revolución?

—Mire, Nenni, estamos cansados de que ustedes los Nennis reciban toda la ganancia ilegal. Queremos nuestra vez. ¿Qué nos aprovecha dirigir Petreac si no hay botín?

—¿Quiere usted decir que piensan oprimir al pueblo? Pero ellos son de su propio grupo.

—De nuestro grupo… Nosotros estamos corriendo todos los riesgos; estamos haciendo el trabajo. Merecemos la paga. ¿Cree usted que renunciamos a los buenos empleos por diversión?

—¿Basan ustedes una sublevación sobre estas cínicas premisas?

—Dese cuenta de ello, Nenni; nunca ha habido una revolución por ninguna otra razón.

—¿Quién está encargado de esto? —dijo Retief.

—Shoke, el jefe superior.

—Quiero decir el amo, la persona de importancia; ¿quién dice a Shoke lo que hay que hacer?

—Oh, ese es Zorn. Cuidado, aquí es donde empezamos a bajar el declive. Es resbaladizo.

—Mire —dijo Magnan—. Usted. Este…

—Me llamo Illy.

—Señor Illy, este hombre se apiadó de usted, cuando podía haber hecho que lo azotaran.

—Sigan andando. Sí, ya he dicho que estaba agradecido.

—Ciertamente —dijo Magnan, tragando con fuerza—. Un noble

sentimiento, la gratitud.

—Siempre procuro devolver un favor —dijo Illy—. Tengan cuidado por donde pisan ahora, en esta muralla de mar.

—Usted no se arrepentirá.

—Esto está lo suficiente lejos —Illy hizo señas a uno de los hombres provistos de cuchillos—. Deme el cuchillo, Vug.

El hombre pasó el cuchillo a Illy. Se percibía un olor de légamo y algas marinas. Pequeñas olas batían las piedras de la muralla. El viento allí era más fuerte.

—Conozco un hábil golpe —dijo Illy—. Prácticamente sin dolor. ¿Quién es el primero?

—¿Qué quiere usted decir? —Magnan se estremeció.

—He dicho que estaba agradecido; lo haré yo mismo, les ofreceré un excelente y hábil trabajo. Ustedes saben cómo lo hacen estos aficionados: chapucean y lo tienen a uno colgando por ahí, dando alaridos y salpicando a todos.

—Yo soy el primero —dijo Retief. Pasó más allá de Magnan dando un empujón, se paró de repente, y descargó un directo puñetazo en la boca de Illy.

La larga hoja dio ligeramente contra el hombro de Retief sin causar daño, mientras que Illy caía derribado. Retief cogió al desarmado criado por el cuello y el cinturón, lo alzó, y lo lanzó contra el tercer hombre. Los dos chillaban mientras caían de la muralla al agua con gran chapoteo. Retief retrocedió hacia Illy, arrancó el cinturón del hombre, y le ató las manas con él.

—Usted… nosotros… ellos… —balbució Magnan, recobrando el habla.

—Comprendo.

—Tenemos que regresar —dijo Magnan—. Avíselos.

—No pasaríamos el cordón de los rebeldes en torno al palacio. Y aun cuando lo hiciéramos, tratar de dar una alarma sólo pondría los asesinatos en marcha tempranamente.

—No podemos…

—Tenemos que dirigirnos al origen: a este individuo, Zorn. Procurar que suspenda la cosa.

—Nos matarían. Al menos estamos seguros aquí.

Illy abrió los ojos. Se incorporó.

—De pie, Illy —dijo Retief.

—Estoy doliente —Illy miró alrededor.

—El aire húmedo es malo para usted. Pongámonos en marcha —Retief levantó al hombre de un tirón—. ¿Dónde se aloja Zorn cuando está en la ciudad?

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están Vug y…?

—Tuvieron un accidente. Cayeron dentro de la charca.

Illy miró fijamente abajo a la inquieta y oscura agua.

—Creo que tenía un equivocado concepto de ustedes los Nenni.

—Nosotros los Nenni hemos ocultado las cualidades. Pongámonos en marcha antes que Vug y Slug consigan recorrer la distancia hasta la orilla y empiecen con ello otra vez.

—No hay prisa —dijo Illy—. No saben nadar —escupió el agua —. Adiós, Vug. Adiós, Toscin. Den un tirón al Cuerno del Diablo por mí.

Salió, andando a lo largo de la muralla del mar en dirección a los rompientes.

—Usted quiere ver a Zorn, lo llevaré a verle. No sé nadar tampoco.

—Supongo —dijo Retief—, que el casino es un frente para sus actividades políticas.

—Hace mucho fuera de él. Este PAFFL es un nuevo partido de oposición. No tuve noticia de ello hasta hace un par de meses.

Retief hizo señas hacia una oscura cabaña que se avistaba con la puerta de entrada abierta.

—Pararemos aquí —dijo—, el tiempo suficiente para quitar los chismes de estos uniformes.

Illy, con las manos atadas a la espalda, se mantenía a corta distancia y observaba mientras Retief y Magnan se arrancaban las medallas, galones, condecoraciones honoríficas e insignias de las formalistas prendas diplomáticas.

—Esto puede quizás auxiliar algo —dijo Retief—, si se propaga el aviso de que dos diplomáticos andan sueltos.

—Es una excitación —dijo Illy—. Vemos gatos de púrpura y faldones anaranjados todo el tiempo.

—Espero que usted tenga razón —dijo Retief—. Pero si nos hacen una visita, usted será el primero en salir, Illy.

—Usted es un Nenni algo extraño —dijo Illy, mirando a Retief —. Toscin y Vug se deben estar preguntando qué les ocurrió.

—Si usted cree que soy hábil ahogando gente, debería verme con un cuchillo. Pongámonos en marcha.

—No hay más que un pequeño trecho ya. Pero más vale que me desate. Alguien puede notarlo y empezar a hacer preguntas y disponer que les maten.

—Correré el albur. ¿Cómo llegamos al casino?

—Seguimos esta calle. Cuando lleguemos a la Escalera del Borracho subimos, y está justamente en frente de nosotros. Una fachada rosada, con una muestra semejante a una gran rueda de la fortuna.

—Deme su cinturón, Magnan —dijo Retief.

Magnan lo entregó.

—Échese, Illy.

El criado miró a Retief.

—Vug y Toscin se alegrarán de verme. Pero no me creerán.

Se echó. Retief le ató los pies con el cinturón y le metió un pañuelo en la boca.

—¿Por qué hace usted eso? —preguntó Magnan—. Necesitamos al hombre.

—Sabemos ya el camino, y no necesitamos a nadie para que anuncie nuestra llegada —Magnan miró al hombre.

—Quizás más vale que… lo degüelle —dijo.

Illy puso los ojos en blanco.

—Eso es una insinuación de tipo muy opuesto al carácter de los Nenni, señor Magnan —dijo Retief—. Pero si tenemos alguna dificultad para encontrar el casino siguiendo las instrucciones del hombre, pensaré en ello seriamente.

Había pocas personas en la estrecha calle. Las tiendas estaban cerradas, y los escaparates y las ventanas a oscuras.

—Quizás tuvieron noticia del golpe —dijo Magnan—. Y estén escondidos.

—Más probable es que estén en el palacio sacando cuchillos.

Doblaron una esquina, pasaron por encima de un hombre enroscado en la cuneta que roncaba fuertemente, y se encontraron al píe de un largo tramo de escalinata de piedra.

—La Escalera del Borracho está bien visible —dijo Magnan, resollando.

—Oigo ruidos ahí arriba… ruidos de jolgorio.

—Quizás más vale que retrocedamos.

—El jolgorio no me asusta. Pensando en ello, no sé lo que el vocablo significa —Retief empezó a subir con Magnan detrás de él.

En lo alto de la larga escalera, una compacta muchedumbre se arremolinaba.

Una enorme e iluminada rueda de ruleta giraba lentamente por encima de ellos. Un altavoz emitía con estruendo el sonsonete de los croupiers de las mesas de adentro. Magnan y Retief se abrieron paso a través de la multitud, hacia las puertas abiertas de par en par.

—¿Está usted seguro de que debiéramos introducirnos derechamente empujando, de esta manera? Quizás deberíamos esperar un poquito, y mirar alrededor.

—Cuando se está donde uno no tiene derecho a estar —dijo Retief—, siempre se debe avanzar a zancadas y con determinación. Si uno vaga, la gente comienza a curiosear.

Adentro, una chusma llenaba la espaciosa sala de bajo techo agrupándose alrededor de mecanismos de juego en forma de torres, mesas y jofainas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Magnan.

—Jugamos. ¿Cuánto dinero lleva usted ea los bolsillos?

—Pues… unos cuantos billetes… —Magnan entregó el dinero a Retief—. Pero ¿qué me dice usted del hombre, Zorn?

—Un chaqué morado es bastante visible, sin desatender las mesas. Cogeremos a Zorn a su debido tiempo.

—¿Qué deseaban ustedes, caballeros? —dijo un hombre de cabeza de bala, mirando los vistosos vestidos de etiqueta de los diplomáticos—. Pienso que estarán queriendo probar la suerte en la torre del Zoop. Un juego para verdaderos caballeros deportistas.

—Pues… —dijo Magnan.

—¿Qué es una torre de Zoop? —preguntó Retief.

—¿Forasteros, en? —El hombre de la cabeza de bala trasladó el cigarro de opio al otro lado de su boca—. El Zoop es un importante y pequeño juego. Dos equipos de jugadores toman parte en él; cada jugador coge una palanca; el objeto es hacer caer la bola de lo alto de la torre a la red. ¿Corriente?

—¿Cuál es la puesta?

—Tengo una de billetes de cien funcionando en este momento,

caballeros.

—Lo probaremos —Retief hizo una señal de asentimiento.

El hombre mostró el camino hacia una torre de ocho pies montada sobre balancines. Dos sudorosos individuos del oficio con *pullovers* asieron dos de las palancas que controlaban la inclinación de la torre. Una bola blanca estaba en un hueco de la gruesa plataforma de vidrio de la cima. Desde el centro un intrincado diseño de surcos conducía al canto del cristal. Retief y Magnan tomaron asiento delante de las dos palancas libres.

—Cuando aparezca la luz, caballeros, manejen la palanca para solevantar la torre. Ustedes tienen tres engranajes; se requiere un experto brazo para manejar el engranaje de la cima. Es este botón de ahí. El botoncito controla la dirección en la que uno va. Que gane el mejor equipo. Yo cogeré los billetes de cien ahora.

Retief entregó el dinero. Brilló una luz roja, y Retief tentó la palanca. Se movió fácilmente, con un chirriante ruido. La torre tembló, lentamente se inclinó hacia los dos sudorosos operarios que manejaban furiosamente sus palancas. Magnan empezó despacio, apresurándose a medida que veía la dirección que estaba tomando la torre.

—Más de prisa, Retief —dijo—. Están ganando.

—Esto es contra el reloj, caballeros —dijo el hombre de la cabeza de bala—. Si nadie gana cuando la luz se vaya, la casa lo coge todo.

—Gire hacia la izquierda —dijo Retief.

—Me estoy cansando.

—Cambie a una marcha más baja.

—La torre se inclinaba. La bola se movió y rodó hacia el interior de un canal concéntrico. Retief cambió a una marcha media y manejó la palanca. La torre, parándose con un chirrido, retrocedió a la posición recta.

—No hay marcha más baja —dijo Magnan con voz entrecortada.

Uno de los dos al otro lado de la torre cambió a una marcha media; el otro siguió el ejemplo. Trabajaban con más ahínco ahora, levantándose y bajándose alternativamente junto a las firmes palancas. La torre tembló, luego se movió lentamente hacia su lado.

—Estoy agotado —dijo Magnan, jadeando.

Soltó la palanca y se apoyó en el asiento, tragando aire. Retief,

cambiando de postura, asió la palanca de Magnan con la mano izquierda.

—Cambíela a marcha media —dijo.

Magnan apretó el botón y se hundió en el asiento otra vez, resollando.

—El brazo —dijo—. Me he lesionado.

Los dos hombres con *pullovers* hablaron apresuradamente mientras manejaban las palancas; luego uno apretó un botón, y el otro se acercó, usando el brazo izquierdo para ayudar.

—Han cambiado a una marcha alta —dijo Magnan—. Renuncie, no tiene remedio.

—Cambieme a una alta. Apriete los botones.

Magnan obedeció. Los hombros de Retief se combaron. Alternativamente bajaban una palanca, luego la otra; despacio al principio, después más de prisa. La torre se movió a tirones, se inclinó hacia él, más… La bola rodó hacia dentro del canal, encontró una salida…

De repente, las dos palancas de Retief quedaron inmóviles. La torre temblaba, oscilaba y retrocedía. Retief siguió levantándose y bajándose alternativamente. Una palanca se dobló por la base, se inclinó, saltando de golpe. Retief aseguró los pies, asió la otra palanca con las dos manos y tiró con esfuerzo. Hubo un ruido de metal, un fuerte y vibrante sonido. La palanca se soltó, y una extensión de cable roto apareció colgando flojamente. La torre cayó encima mientras los dos del otro lado se apartaban precipitadamente.

—¡En! —vociferó el croupier, surgiendo de la muchedumbre—. ¡Usted ha destrozado el equipo!

Retief subió y se encaró con él.

—¿Sabe Zorn que usted tiene la torre aparejada para primos?

—¿Está tratando de llamarme tramposo?

La muchedumbre había retrocedido, rodeando a los dos hombres. El croupier echó un vistazo en derredor, y con rápido movimiento, sacó un cuchillo.

—Eso será quinientos billetes para el equipo —dijo—. Nadie llama trampista a Kippy.

Retief cogió la rota palanca.

—No me obligue a golpearlo con esto, Kippy.

Kippy miró la barra.

—Entrando aquí —dijo con indignación, mirando hacia la muchedumbre en busca de apoyo— rompiendo el equipo, amenazándome…

—Quiero un centenar de billetes —dijo Retief—. Ahora.

—¡Salteamiento! —vociferó Kippy.

—Más vale que pague —dijo alguien.

—Golpéelo, señor —gritó otro de la muchedumbre.

Un hombre espaldudo y canoso se abrió paso a través de la muchedumbre a empujones.

—Ya lo ha oído, Kippy. Ceda.

El croupier gruñó, guardó el cuchillo, y sacando de mala gana unos billetes de un grueso fajo, los entregó.

El recién llegado apartó la vista de Retief y la fijó en Magnan.

—Escojan otro juego, forasteros —dijo—. Kippy cometió un pequeño error.

—Esto es una bagatela —dijo Retief—. Me intereso por algo grande.

El espaldudo encendió un perfumado cigarro de opio, luego lo husmeó.

—¿A qué llamaría usted grande? —dijo lentamente.

—¿Qué es lo más importante que tienen?

—Tal vez usted quisiera probar el Slamm —el hombre estrechó los ojos, sonriendo.

—Infórmeme sobre ello.

—Por aquí.

La muchedumbre se desplegó y abrió paso. Retief y Magnan siguieron a través de la sala, hacia una caja de paredes de vidrio brillantemente iluminada. Había una abertura del tamaño del brazo a la altura de la cintura, y en el interior estaba un asidero de mano. Un globo de plástico de cuatro pies, lleno de fichas en una cuarta parte, colgaba del centro. En lo alto de la caja estaba montado un aparato.

—El Slam compensa bien —dijo el hombre—. Se puede subir tanto como se quiera. Las fichas les cuestan un billete de cien. Se pone en marcha metiendo una ficha aquí dentro —señaló una ranura.

»Se agarra al asidero. Cuando uno aprieta, el mecanismo se abre

y empieza a girar. Se requiere un apretón un poco fuerte para poner el globo en movimiento. Pueden verlo; está lleno de fichas. Hay una cavidad en la parte superior. Mientras uno mantiene el asidero el bolo da vueltas. Cuanto más fuerte uno aprieta, más de prisa gira. Eventualmente girará por donde la cavidad quede abajo, y las fichas caerán fuera. Si uno para y el bolo se detiene, se ha terminado.

»Para hacerlo atractivo, hay planchas de contacto situadas alrededor del bolo; cuando una de ellas se alinea con un efectivo contacto, uno recibe una ligera sacudida; se garantiza que no es letal. Pero si uno suelta, pierde. Todo lo que hay que hacer es mantener el asidero el tiempo suficiente, y se recibirá la recompensa.

—¿Con qué frecuencia esta fortuita pauta pone la cavidad abajo?

—Con la presión ordinaria, en cosa de tres a quince minutos. Oh, a propósito, una cosita más. Ese trozo de plomo de ahí arriba… —El hombre hizo señas con la cabeza hacia un cubo de un pie colgado de un grueso cable—. Está aparejado para descender de cuando en cuando: por un promedio de cinco minutos. Primero brilla una luz de aviso. Se puede hacer retroceder el reloj con respecto a ello metiendo otra ficha, o puede uno soltar el asidero. O se puede correr riesgo; a veces la luz es un lance.

Retief miró al macizo trozo de metal.

—Eso echaría a perder la mano de uno en el juego, ¿no?

—Los últimos dos guasones que eran demasiado cursis para mantener la máquina, tuvieron que soltarlo; el brazo, quiero decir. Ese plomo es un chisme pesado.

—No creo que esa máquina tenga la costumbre de pararse, como la de Kippy.

El espaldudo frunció el ceño.

—Usted es forastero —dijo—. No distingue.

—Es un juego limpio, señor —gritó alguien.

—¿Dónde compro las fichas?

—Yo lo equiparé. ¿Cuántas? —El hombre sonrió.

—Una.

—Un gran gastador, ¿eh? —El hombre dio una risotada y entregó una ancha ficha de plástico.

Retief se acercó a la máquina y soltó la pieza.

—Si usted quiere cambiar de parecer —dijo el hombre—, se puede retirar ahora. Todo lo que le costará es la ficha que ha soltado.

Retief, alargando el brazo por el hueco, agarró el asidero. Estaba forrado de cuero, con relleno a mano. Lo apretó. Hubo un golpe seco, y brotaron brillantes luces. El globo empezó a girar perezosamente. La cavidad de cuatro pulgadas de la parte superior era claramente visible.

—Si la cavidad entra en posición alguna vez, se vaciará muy de prisa —dijo Magnan.

De repente, una brillante luz blanca inundó la jaula de vidrio. Un ruido subió de los espectadores.

—Pronto, meta una ficha —vociferó alguien.

—Sólo tiene diez segundos…

—¡Suelte! —suplicó Magnan.

Retief se estaba quieto, manteniendo el asidero y mirando ceñudo el colgante peso. El globo giraba más de prisa ahora. Luego la brillante luz blanca se apagó con trémulo centelleo.

—¡Un lance! —exclamó Magnan.

—Eso es arriesgado, extranjero —dijo el hombre encanecido.

El globo estaba girando rápidamente, oscilando de lado a lado. La cavidad parecía correr en inconstante curva, inclinándose más hacia abajo, subiendo con bamboleo, luego jinglando hacia abajo otra vez.

—Tiene que marchar pronto hacia la base —dijo Magnan—. Disminuya la velocidad, para que no pase más allá.

—Cuanto más despacio vaya, más tiempo le llevará volver a la base —dijo alguien.

Hubo una crepitación, y Retief se atiesó. Magnan oyó un fuerte resuello. El globo fue más despacio, y Retief movió la cabeza.

El espaldudo dio un vistazo a un contador.

—Esa vez ha faltado poco para que usted recibiera una plena sacudida —dijo.

La cavidad del globo estaba siguiendo ahora un curso oblicuo, oscilando hacia el centro, y luego hacia abajo.

—Un poco más de tiempo —dijo Magnan.

—Esa es la mayor velocidad que yo haya visto nunca con la bola del Slam —dijo alguno—. ¿Por cuánto tiempo más la podrá

mantener?

Magnan miró los nudillos de los dedos de Retief. Se veían blancos frente al asidero. El globo se inclinó más, dio una vuelta, luego giró hacia abajo; dos fichas cayeron fuera, pasaron por una abertura repiqueteando y saltaron dentro de una caja.

—Vamos delante —dijo Magnan—. Paremos.

Retief movió la cabeza. El globo giró, se inclinó hacia abajo otra vez; cayeron tres fichas.

—Está pronta —gritó alguno.

—Es seguro que pegará pronto —agregó acaloradamente otra voz—. ¡Adelante, señor!

—Disminuya la velocidad —dijo Magnan—. Para que no pase más allá con demasiada rapidez.

—Acelérela, antes que lo coja ese trozo de plomo —gritó alguien.

La cavidad subió con bamboleo, por encima del tope, luego descendió por el costado. Las fichas salieron en raudal: seis, ocho…

Retief se alzó a medias, afianzó la mandíbula, y apretó el asidero. Saltaron chispas, y el globo fue más despacio, arrojando fichas. Se detuvo y retrocedió bamboleando. Aumentando su peso por el montón de fichas de la base, se detuvo otra vez con la cavidad centralizada. Las fichas saltaron al conducto, llenaron la caja y se derramaron sobre el pavimento.

Retief soltó el asidero y retiró el brazo en el mismo instante en que el trozo de plomo descendía de golpe.

—Santo Dios —dijo Magnan—. Aquí mismo he sentido la trepidación del suelo.

Retief se dirigió hacia el espaldudo.

—Este juego está bien para principiantes —dijo—. Pero yo quisiera hablar de una jugada realmente grande. ¿Por qué no vamos a su despacho, señor Zorn?

—Su proposición me interesa —dijo Zorn, una hora después—. Pero hay algunos aspectos de esto que aún no he mencionado.

—Usted es un jugador, Zorn, no un suicida —dijo Retief—. Acepte lo que he ofrecido. Su sueño de revolución era más ideal, convengo en ello, pero no surtirá efecto.

—¿Cómo sé que ustedes, pájaros, no están mintiendo? —Gruñó Zorn. Se levantó y anduvo a grandes zancadas arriba y abajo de la

sala—. Usted entra aquí y me dice que tendré un escuadrón de Defensores de la Paz del Cuerpo tras de mí, que el Cuerpo no reconocerá mi régimen. Tal vez usted tiene razón; pero tengo otros contactos. Ellos no dicen lo mismo —se volvió y miró a Retief de hito en hito—. Tengo bastante amplia seguridad de que cuando lleve la cosa a término, el Cuerpo tendrá que reconocerme como el gobierno legal, *de facto*, de Petreac. No interferirán en los asuntos internos.

—Tonterías —dijo Magnan con toda franqueza—, el Cuerpo nunca tratará con una cuadrilla de criminales que se llaman a sí mismos…

—¡Cuidado con la lengua! —Chirrió Zorn.

—Concedo que el punto del señor Magnan es un poco débil —dijo Retief—. Pero usted está descuidando algo. Su plan para asesinar a una docena o cosa así de funcionarios del Cuerpo Diplomático Terrestre junto con las ruedas locales. El Cuerpo no pasará eso por alto. No puede.

—Su mala suerte es que ellos están en medio —musitó Zorn.

—Nuestro ofrecimiento es extremadamente generoso, señor Zorn —dijo Magnan—. El puesto que usted recibirá lo compensará muy bien, a la verdad; frente al claro fracaso de su golpe, la opción debiera ser sencilla.

—Creía que ustedes los diplomáticos no eran del tipo de hombres propio para andar por ahí haciendo convenios bajo mano. Ofrecerme un empleo; ello parece algo extremadamente fingido.

—Es hora de que usted lo sepa —dijo Retief—. No hay trabajo más fingido en la galaxia que la diplomacia.

—Más vale que lo acepte, señor Zorn —dijo Magnan.

—No me apremien —dijo Zorn—. Ustedes dos entran en mi oficina principal con las manos vacías y muchas palabras. No sé por qué les estoy hablando. La respuesta es no. ¡Nada, no!

—¿A quién teme usted? —dijo Retief.

Zorn le miró enfurecido.

—¿De dónde saca usted esa rutinaria palabra de «teme»? Soy el hombre principal aquí. ¿Qué tengo de temer?

—No bromee, Zorn. Usted está bajo la influencia de alguien. Puedo verlo retorcerse desde aquí.

—¿Y qué dirían ustedes si yo no tocara a sus muchachos? —dijo

Zorn de repente—. El Cuerpo no tendrá nada que decir en tal caso, ¿eh?

—El Cuerpo tiene planes para Petreac, Zorn. Usted no es parte de ellos. Una revolución ahora mismo no es parte de ellos. Hacer matar atrozmente al Soberano y a toda la casta de los Nenni no es parte de ellos. ¿Me expreso con claridad?

—Escuchen —dijo urgentemente Zorn—, quiero decirles unas cuantas cosas, amigos. ¿Han oído hablar alguna vez de un mundo que llaman Rotune?

—Ciertamente —dijo Magnan—. Es un cercano vecino suyo, otro retrógrado; es decir, emergente.

—Bien —dijo Zorn—. Ustedes creen que yo soy un picador, ¿no es eso? Bien, permítanme informarles. La Junta Federal de Rotune está apoyando mi juego. Seré reconocido por Rotune, y la flota de Rotune se mantendrá lista si acaso necesito ayuda. Ofreceré al CDT lo que ustedes llaman un «fait accompli».

—¿Qué saca Rotune con esto? Yo creía que eran sus tradicionales enemigos.

—No me comprenden mal. No necesito a Rotune; pero nuestros intereses coinciden por casualidad ahora mismo.

—¿De veras? —Retief sonrió ásperamente—. Usted puede distinguir a un pelele tan pronto como pasa por esa puerta de ahí; pero usted va en busca de un pacto como éste.

—¿Qué quiere usted decir? —Zorn miró airadamente a Retief—. Eso es demostración de necios.

—Después que usted entre en el poder, establecerá una segura amistad con Rotune, ¿no es eso?

—Amistad, diablos. Sólo denme tiempo para situarme, y ajustaré unas cuantas cosas con respecto a eso…

—Exactamente. ¿Y qué cree que tienen ellos en consideración para usted?

—¿Adonde quiere usted llegar?

—¿Por qué se interesa Rotune en su toma de posesión?

—Le diré por qué —Zorn examinó el rostro de Retief—. Son ustedes, pájaros; ustedes y su acuerdo comercial. Ustedes están aquí para ligar a Petreac a alguna clase de monopolio comercial. Eso excluye a Rotune. A ellos no les gusta eso. Y de cualquier modo, estamos prosperando aquí; no necesitamos comisiones para una

gran cantidad de pantalones de capricho al otro lado de la galaxia.

—Eso es lo que Rotune les ha vendido, ¿eh? —dijo Retief, sonriendo.

—Vendido, nada… —Zorn trituró el cigarro de opio, luego encendió otro resoplando airadamente.

—Bien. ¿Cuál es su plan?

—¿Sabe usted lo que Petreac está consiguiendo en forma de importaciones como resultado del acuerdo comercial?

—Ciertamente, gran cantidad de chatarra. Máquinas de lavar ropa, proyectores de cinta, toda esa clase de chismes.

—Para ser exactos —dijo Retief—, habrá 50.000 lavadoras mecánicas Tatone
B-3;
100.000 lámparas móviles Glo-float; 100.000 máquinas cultivadoras de huertos Earthworm Minor; 25.000 caloríferos Veco para locales, y 75.000 elementos de reposición para los mecanismos de transmisión de los Ford Monomeg.

—Como he dicho: una gran cantidad de chatarra —dijo Zorn.

—Aquí está el punto, Zorn —dijo Retief—. Se reclinó en el asiento, mirando burlonamente al espaldudo —El Cuerpo se está cansando un poco de que Petreac y Rotune lleven su pequeña guerra aquí. Sus corsarios tienen la desagradable costumbre de molestar a inocentes circunstantes. Después de examinar ambos bandos, el Cuerpo ha juzgado que sería un poco más fácil negociar con Petreac; por tanto, se efectuó este acuerdo comercial. El Cuerpo no puede abiertamente patrocinar un envío de armas a un beligerante; pero los utensilios particulares son otra historia.

—Así, ¿qué hacemos? ¿Catearlos con cultivadores de patio interior? —Zorn miró a Retief, perplejo—. ¿Cuál es el quid?

—Ustedes quitan la precintada unidad del monitor de la máquina de lavar, el repelente generador de campo de fuerza de la lámpara, el mando convertible de la máquina cultivadora, etc., etc. Juntan estas cosas conforme a algunas instrucciones muy sencillas; presto, ustedes tienen cien mil pequeños cañones de clase standard. Y justamente el material para cambiar el curso de una guerra en empate hecha con armas anticuadas.

—Dios mío —dijo Magnan—. Retief, ¿está usted…?

—Tengo que decírselo. El hombre ha de saber dentro de qué está

metiendo el cuello.

—Armas, ¿eh? —dijo Zorn—. ¿Y Rotune tiene conocimiento de ello…?

—Indudablemente; no es demasiado difícil hallarlo por cálculo. Y hay más. Ellos quieren que la delegación del CDT esté incluida en la matanza por una razón; eso sacará a Petreac de la escena; el acuerdo comercial pasará a Rotune, y ustedes y su nuevo régimen se encontrarán mirando las bocas de sus propios cañones.

Zorn tiró el cigarro de opio al suelo con un gruñido.

—Debiera haber percibido algo cuando ese delegado de Rotune hizo su jugada —Zorn miró al reloj de la pared.

—Tengo doscientos hombres armados en el palacio. Tenemos unos cuarenta minutos para llegar allí antes que suba la nave cohete.

En las sombras del terraplén del palacio, Zorn se volvió hacia Retief.

—Más vale que se quede ahí fuera hasta que yo haya propalado el aviso. Por si acaso.

—Permítame prevenirlo contra cualesquiera… equivocaciones, señor Zorn —dijo Magnan—. Los Nenni no han de ser molestados.

—Su amigo habla demasiado —Zorn miró a Retief—. Cumpliré con mi parte en ello; más vale que él cumpla con la suya.

—¿No ha ocurrido nada todavía? ¿Está usted seguro? —dijo Magnan.

—Estoy seguro —dijo Zorn—. Diez minutos para salir; mucho tiempo.

—Entraré en el salón para asegurarme de que todo anda bien —dijo Magnan.

—Haga usted lo que guste. Pero no se acerque a la cocina, o lo degollarán —Zorn husmeó el cigarro de opio—. He mandado aviso a Shoke —musitó—. ¿Qué lo estará reteniendo?

Magnan se dirigió hacia una alta puerta de vidrio, la abrió con suavidad, y asomó la cabeza por las gruesas cortinas. Mientras se movía para retroceder, una voz fue débilmente perceptible. Magnan se paró, la cabeza quieta por medio de las cortinas.

—¿Qué está pasando ahí? —Chirrió Zorn. Él y Retief subieron detrás de Magnan.

—… un soplo de aire —estaba diciendo Magnan.

—¡Bien, venga con nosotros, Magnan! —gritó la voz del embajador Crodfoller.

Magnan avanzó un pie, luego apartó las cortinas y entró.

—¿Dónde ha estado usted, señor Magnan? —La voz del embajador era áspera.

—Oh… un ligero accidente, señor embajador.

—¿Qué les ha ocurrido a sus zapatos? ¿Dónde están sus insignias y condecoraciones?

—Me… me eché bebida encima. Quizas más vale que suba a mi habitación y me ponga otras medallas.

—Un diplomático de profesión nunca es descuidado con el licor, Magnan —el embajador resopló—. Es una de sus principales normas profesionales. Le hablaré sobre esto luego. Había esperado su asistencia a la ceremonia de la firma, pero en las circunstancias haré caso omiso de eso. Más vale que se vaya quietamente, por la cocina.

—¿La cocina? Pero, está atestada… Quiero decir…

—Un ligero menoscabo del prestigio social no perjudicará en esta ocasión, señor Magnan. Pero tenga la bondad de marcharse antes de que llame la atención. El acuerdo todavía no está firmado.

—El acuerdo… —balbuceó Magnan, pugnando por ganar tiempo —, muy hábil, señor embajador. Una solución muy acertada.

Surgió de repente el ruido de una orquesta, lanzando un son de trompetas.

—¿Qué está diciendo su amigo? —Gruñó Zorn. Se movió inquietamente, su oreja contra el vaso—. No me gusta esto.

—Tenga calma, Zorn. El señor Magnan está haciendo un pequeño salvamento de emergencia con respecto a su profesión.

La música se extinguió con un repique.

—… Dios mío —la voz del embajador Crodfoller era débil—. Magnan, usted será condecorado por esto. Gracias a Dios que usted ha llegado hasta mí. Gracias a Dios, no es demasiado tarde. Encontraré alguna excusa. Enviaré un telegrama en seguida.

—Pero, usted…

—Está bien, Magnan. Usted ha llegado a tiempo. Diez minutos más y el acuerdo habría sido firmado y transmitido. Las ruedas habrían sido puestas en movimiento. Mi carrera hubiera sido arruinada…

Retief sintió un pinchazo en la espalda. Se volvió.

—Engañados mutuamente —dijo Zorn con suavidad—. Basta por la palabra de un diplomático.

Retief miró al arma de cañón corto sujeta a la mano de Zorn.

—Veo que usted defiende sus apuestas, Zorn.

—Esperaremos aquí hasta que haya cesado la agitación adentro. No quisiera llamar la atención ahora.

—Su política es todavía miserable, Zorn. El cuadro no ha cambiado. Su golpe no ha cuajado.

—Omítalo. Atacaré un problema a la vez.

—Magnan tiene la costumbre de abrir la boca en el momento más inoportuno.

—Es una suerte que yo lo haya oído. De modo que no habrá acuerdo; armas, ni lucrativa ocupación para el Zorn del Partido Democrático, ¿en? Bien, todavía puedo manejarlo en la otra dirección. ¿Qué tengo que perder?

Con un movimiento demasiado rápido para seguirlo, la mano de Retief descendió contra la muñeca de Zorn. El arma de este cayó al suelo con estrépito mientras la mano de Retief se afianzaba en el brazo de Zorn, retorciéndolo.

—En respuesta a su última pregunta —dijo Retief—: el cuello.

—Usted no puede hacer nada, bribón —dijo Zorn con voz entrecortada.

—Shoke estará aquí dentro de un minuto. Dígale que se ha deshecho todo.

—Retuerza con más fuerza, señor. Desgájelo del hombro. No le diré nada.

—Las bromas se acabaron, Zorn. Cancélelo o lo mataré.

—Le creo. Pero no tendrá mucho tiempo para recordarlo.

—Toda la matanza será para nada. Ustedes habrán muerto y los rotunos se meterán en el vacio espacio del poder.

—¿Y qué más da? Cuando yo muera, termina el mundo.

—Supongamos que le haga otro ofrecimiento, Zorn.

—No creo que valga más que el último.

Retief soltó el brazo de Zorn, lo rechazó, y agachándose, recogió el arma.

—Podría matarlo, Zorn; usted lo sabe.

—Adelante.

Retief volteó el arma y la aguantó.

—Yo soy un jugador también, Zorn. Estoy apostando a que usted escuchará lo que tengo que decir.

Zorn agarró la pistola y retrocedió. Miró a Retief.

—Esa no es la apuesta más hábil que usted haya hecho nunca, pero prosiga. Tiene quizás diez segundos.

—Nadie lo ha engañado, Zorn. Magnan hizo una plancha; lástima. ¿Es esa una razón para destruirse a usted mismo y a muchas otras personas que apostaron sus vidas por usted?

—Jugaron y perdieron. Mala suerte.

—Quizás no han perdido todavía, si usted no desiste.

—Vaya al grano.

Retief habló encarecidamente por un minuto y medio. Zorn se mantenía firme, la pistola apuntada, escuchando. Luego los dos se volvieron mientras se acercaban unos pasos a lo largo de la terraza. Un hombre corpulento con un delantal amarillo subió hacia Zorn.

Zorn metió el arma en la pretina.

—Deténgalo todo, Shoke —dijo—. Diga a los muchachos que quiten los cuchillos; propale el aviso de prisa: se ha deshecho todo.

—Quiero alabarlo, Retief —dijo expansivamente el embajador Crodfoller—. Usted se inmiscuyó muy bien en los asuntos de la noche pasada; realmente, apenas noté su presencia.

—He estado examinando la acción del señor Magnan —dijo Retief.

—Un hombre excelente, Magnan. En una muchedumbre, es virtualmente invisible.

—Sí, sabe cuándo desaparecer.

—En muchos aspectos esto ha sido un procedimiento modelo, Retief —el embajador pasó la mano por su panza contentamente—. Observando las costumbres sociales y locales y uniéndome armoniosamente a la corte, he conseguido establecer unas excelentes, amistosas y operantes relaciones con el Soberano.

—Entiendo que el acuerdo ha sido aplazado por unos días.

—El Soberano es astuto —el embajador rió entre dientes—. Por… una especial investigación que he estado dirigiendo, supe anoche que él había esperado, como diría yo, «dar a uno el cargo» en el Cuerpo.

—Santo Dios —dijo Retief.

—Naturalmente, esto me colocaba en una difícil situación. Era mi tarea reprimir esta jugada sin dar ninguna indicación de que estaba enterado de su existencia.

—Una espinosa situación, a la verdad.

—De una manera muy accidental, informé al Soberano de que ciertos artículos fueron incluidos en las condiciones del acuerdo habían sido borrados y otros sustituidos. En ese momento lo admiré, Retief. Tomó la cosa serenamente —apareciendo del todo indiferente— perfectamente disimulando su muy seria contrariedad. Por supuesto, difícilmente podía proceder de otra manera sin reconocer de hecho su intriga.

—Lo vi bailar con tres muchachas, cada una de las cuales llevaba un racimo de uvas encima del cuerpo; es muy ágil, a pesar de su corpulencia.

—No se debe desestimar al Soberano. Recuerde, bajo esa apariencia de frivolidad, él había absorbido un penoso golpe.

—Me había embaucado —dijo Retief.

—No se lamente; confieso que al principio yo, tampoco, percibí su astucia —el embajador hizo una seña con la cabeza y echó a andar a lo largo del pasillo.

Retief se desvió y entró en un despacho. Magnan levantó la vista desde la mesa escritorio.

—Ah, Retief —dijo—. He estado pensando preguntarle. Acerca de los… los cañones; ¿está usted…?

—Creía que eso había de ser nuestro pequeño secreto —Retief se acodó en la mesa de Magnan y lo miró.

—Bien, naturalmente yo… —Magnan cerró la boca y tragó—. ¿Cómo es, Retief —dijo vivamente—, que usted estaba enterado de este asunto de los cañones, cuando el embajador mismo no sabía nada?

—Sencillo —dijo Retief—. Yo lo forjé.

—¿Usted, qué? —Magnan parecía estar violento—. Pero el acuerdo… ha sido revisado. El embajador Crodfoller ha sido puesto en el registro.

—Lástima. Me alegro de no haberle informado de ello.

Magnan se reclinó cerrando los ojos.

—Fue una gran acción de usted aceptar toda la… culpa —dijo Retief—, mientras que el embajador estaba hablando de condecorar

a la gente.

—¿Y qué me dice de ese tahúr, de Zorn? —Magnan abrió los ojos—. ¿No se turbará cuando sepa que el acuerdo se ha deshecho? Al fin y al cabo, yo… es decir, nosotros, o usted, le habíamos más o menos prometido…

—No hay que inquietarse. Hice otro arreglo. El asunto de hacer cañones de componentes ordinarios no fue completamente imaginario. Se puede hacer realmente, usando partes de una anticuada unidad de distribución.

—¿De qué le aprovechará eso? —susurró Magnan, con aire nervioso—. No expediremos unidades de distribución anticuadas.

—No necesitamos hacerlo. Según me ha informado Zorn, están ya instaladas en la cocina del palacio, y en unos cuantos otros sitios.

—Si esto transpira… —Magnan se puso una mano en la frente.

—Tengo su palabra de que la matanza de los Nenni queda anulada. Este lugar está maduro para un cambio; quizás Zorn sea lo que se necesita.

—Pero ¿cómo podemos saberlo? —dijo Magnan—. ¿Cómo podemos estar seguros?

—No podemos. Pero no es cosa del Cuerpo ingerirse en los asuntos internos de Petreac.

Retief se asomó, cogió el encendedor de la mesa de Magnan, y encendió un cigarro, echando una nube de humo hacía el techo.

—¿Bien? —dijo.

—Bien —Magnan le miró e hizo una ligera señal de asentimiento.

—Más vale que me vaya a mi escritorio —dijo Retief—. Ahora que el embajador percibe que estoy recobrando juicio al fin.

—Retief —dijo Magnan—, le suplico que esta noche no entre en la cocina; ocurra lo que ocurra.

Retief arqueó las cejas.

—Lo sé —dijo Magnan—. Si usted no se hubiera interpuesto, nos habrían degollado a todos. Pero al menos… —hizo una pausa—, habríamos muerto de conformidad con el reglamento.

FIN